

Lena Wolf

JUEGOS SALVAJES

Lena

JUEGOS SALVAGES :

Lena

Prólogo

—¡Porque te quiero! ¿!Vale!?! —su profunda voz resonó fuerte y furiosa por toda la estancia desgarrando cada rincón—. Porque yo sí me he enamorado de ti —reconoció entonces en un susurro apenas audible—. Porque no soporto ver cómo te hacen daño, cómo tú misma te lo haces... Joder Lena, ya no puedo aguantarlo más.

Lena sintió como él clavaba su mirada en ella y se estremeció por completo, si sus palabras habían arañado su alma, esa mirada la estaba confundiendo aún más, quiso replicar, quiso chillarle ella también, quiso rebatir sus argumentos, pero la había desarmado y supo que no tenía nada que decir. No podía. Notó como la agarraba de los hombros y con un ligero pero firme tirón, la acercó hacia su pecho, enterrando después la cara entre su cabello. ¿Estaba llorando? El corazón de Lena se rompió.

—Tienes que irte —dijo entonces él apartándola de golpe—, lárgate de este piso, deja la ciudad, termina la carrera, busca un buen trabajo y alguien que te quiera, te respete y te haga feliz. Olvídate de nosotros y de todo lo que has vivido aquí. Por favor Lena... —volvió a alzar la mano, con el dinero que ella había rechazado tan solo un momento antes— Vete, por favor.

Capítulo 1

(Siete meses antes)

Lena no podía creer lo que veía ante sus ojos. Sus cosas, sus queridas, escasas y preciadas pertenencias, esparcidas sin orden y con bastante furia por toda la habitación. Se afanó en agacharse y recoger uno de los libros que había quedado cerca de los pies de la cama, y mientras lo hacía, otros dos salieron disparados desde las manos de la que, hasta entonces, había sido su amiga y compañera de piso, para rebotar contra el colchón y precipitarse al suelo.

—No puedes hacerme esto —gruñó entre dientes, pero ahí terminó su alegato, no tenía nada más con lo que defenderse ni más argumentos que dar salvo los ya expuestos. Apelar a la humanidad, a la caridad y a su tan preciada amistad, aunque sabía que nada de lo que dijera, cambiaría la situación en la que ahora se encontraba.

—Lo siento mucho Lena, he tenido muchísima paciencia contigo y lo sabes, pero he encontrado a alguien para alquilarle la habitación, alguien que sí va a pagarme. Te lo dije hace semanas.

—Ya... pe-pero... ¡Pensaba que éramos amigas!

—¡Y lo somos! —se afanó en puntualizar— ¡Claro que lo somos! Cuando quieras quedamos para tomar un café y ponernos al día de todo, pero necesito a alguien que pague su parte de los gastos.

—Joder Vicky, es invierno, hace frío y sabes que no tengo dónde ir... No tengo a nadie y no es una forma de hablar, es literal, nadie.

—De verdad que lo siento, pero no soy una jodida ONG, llevo meses advirtiéndotelo.

—¡Vete a la mierda! —y a punto estuvo de acompañar esa recomendación turística con un lanzamiento de libro, que era lo único que tenía entre las manos.

—Sal esta noche, emborráchate, échale el ojo a algún tío y vete a su casa, y ya mañana con la cabeza fría decides si volver a follártelo o cambiar a otro...

—Eres una hija de puta —y notó como podía hasta masticar su enfado.

—Entonces de ese café ni hablamos ¿no? —resopló— Mira Lena, de verdad que lo siento, en serio, sé que es una cabronada, pero tú te lo has buscado, recoge lo que necesites y puedes venir a por el resto otro día.

Salió del apartamento cargando una bolsa de deporte que había llenado con algo de ropa, un par de libros y poca cosa más. Era viernes noche y hacía ya bastante frío, aunque ese año el invierno estaba siendo bastante amable con sus cálidas temperaturas. Sintió ganas de llorar, sin embargo, hacía ya tiempo que se había prometido a sí misma que no volvería a hacerlo, aunque para ser sinceros, la vida no le estaba poniendo demasiado fácil el poder cumplir con su palabra. Caminó un par de manzanas en dirección al centro, sin rumbo fijo, realmente no tenía donde ir. No había usado esa frase para ablandar el corazón de Vicky, ni había exagerado un ápice su situación. No tenía familia y contaba con muy pocos amigos. Siempre había tenido dificultades en entablar relaciones de confianza con la gente, y después de lo de Vicky... Puede que sus escasas habilidades sociales, fuera porque su padre la abandonó antes de que su memoria pudiera fijar su cara o su voz, mucho menos ningún recuerdo al que aferrarse, o bien pudiese ser que su extrema desconfianza hacia el ser humano se debiera a ese desfile de hombres que pasó, año tras año por su casa, y por entre las piernas de su madre. Cada nueva ilusión de formar parte de una familia, se esfumaba como el conejo en la chistera de un mago. Hasta que cumplidos los diecisiete, decidió poner fin a todo eso marchándose de casa para vivir por su cuenta.

En esos años había pasado malos momentos, otros peores, pero desde hacía un tiempo la suerte parecía sonreírle con un trabajo suficientemente

estable, como para alquilar una habitación y con las ilusiones de haberse podido matricular por fin, en la universidad. Soltó un bufido maldiciéndose por no haber previsto que la buena suerte no existía, o si lo hacía estaba claro que ella estaba condenada a no alcanzarla jamás. Todos a su alrededor parecían fallarle en algún momento u otro. Y por si todo eso no fuese suficiente, empezaba a llover, como si el tiempo se hubiera confabulado en su contra. Resopló enfadada, corrió hacia una cafetería cercana y entró antes de quedar totalmente empapada. Rebuscó en sus bolsillos, le quedaba muy poco de su finiquito y no sabía si malgastarlo en algo tan mundano como un café o una caja de cigarrillos, aunque ambas cosas le apetecieran mucho.

—¿A ti también te ha pillado el chaparrón?

—¡Ja! —soltó una risotada al tiempo que se giraba hacia su interlocutor, un chico de más o menos su edad y bastante bien parecido— En realidad no... me gusta eso de bailar bajo la lluvia —le dedicó la más dulce y seductora de sus sonrisas— iba al gimnasio —mintió al tiempo que alzaba la bolsa de deporte.

—No puedo competir con una sesión de *spinning*...

—Puedes intentarlo —le atajó.

—Probaremos suerte entonces, ¿un café? —propuso el joven.

—¡Ves! Has acertado, un café sería perfecto. Soy Lena, por cierto —alargó su mano y él la encajó.

—Marc.

La tormenta había amainado a altas horas de la madrugada, dando paso a una mañana fría pero soleada. Lena se revolvió entre las sábanas de esa nueva cama, buscando el contacto del cuerpo caliente que dormía plácidamente a su lado. Al menos Marc, había resultado ser un amante complaciente y atento, aunque con algunas peculiaridades a la hora del sexo, pero en general parecía un buen tío. Lena se reprendió por estar valorando la posibilidad de aprovecharse de ese pobre hombre, aunque su situación era, cuanto menos,

desesperada. Pero sabía que no tenía derecho a hacer eso. Se acurrucó junto a él y volvió a cerrar los ojos para seguir durmiendo un poco más.

—¡Joder! —exclamó Marc saltando de la cama— Mierda, mierda... ¡Mierda!

—Buenos días a ti también... —sonrió algo aturdida pero dispuesta a hacer de esa mañana una buena mañana—. Oye Marc, supongo que suena a cliché, pero... no suelo hacer estas cosas... es que...

—Oye Lena, pareces una buena tía —le cortó—, y te juro que yo tampoco suelo hacer esto, nunca, en realidad es la primera vez... pero...

—Pero...

—Tengo novia —soltó de pronto—, de hecho, hoy tengo la prueba del menú... Nos casamos en primavera. No me puedo creer que me haya quedado dormido...

¿Novia?, ¿menú?, ¿boda? Esos conceptos se mezclaron y agitaron como una coctelera en la mente de Lena, que no podía creer que hubiera pensado que ese era un buen tipo. Y por si fuese poco, se lamentaba de que se había quedado dormido, no de haber sucumbido al placer de la carne, engañando con ello a su futura mujer con una completa desconocida.

—Es lo que tiene follar toda la noche, que da sueño —gruñó molesta y salió de la cama buscando su ropa que había quedado esparcida por la habitación.

—¿Estás enfadada? —preguntó, pero ante la cara de la chica rectificó de inmediato— Estás enfadada, claro que estás enfadada.

—Pues sí, ¡por supuesto que lo estoy! Eres un asco de tío —soltó terminando de ponerse los pantalones.

—Puede ser... no lo sé... Dicen que es sano hacer una locura y vivir una aventura antes de dar el sí quiero, ¿no? —y aguardó una respuesta que no llegó

—. Oye, tengo que irme —cogió la chaqueta de encima de la silla—. Esto...
—la apremió para que ella hiciera lo mismo.

—Al menos hazme un café.

—¿Café? Joder... —miró el reloj— toma —sacó un billete del bolsillo—
en la cafetería de la esquina hacen un *cappuccino* buenísimo. De verdad que
lo siento, pero tengo mucha prisa.

—Yo también, ¿crees que no tengo nada mejor que hacer que ver esa cara
de gilipollas? —tomó al vuelo el billete que él tenía en la mano y salió del
apartamento, dando un sonoro portazo.

¿Cómo había podido pensar que ese era un buen tío? Siempre había tenido
muy mal ojo para los hombres. Seguramente había heredado alguna deficiencia
congénita de su madre, que le hacía ir a buscar a los tipos de peor calaña.
Tenía que ser eso. ¿Dónde estaban esos hombres tiernos que salían en las
novelas románticas? ¿En qué lugar se escondían esos tipos duros que
resultaban ser encantadores al final? Pero lo que la tenía más preocupada,
¿cómo había caído tan bajo? Sin duda había tocado fondo, pensó mirando el
billete que tenía en la mano.

Resopló con hastío y se cambió la bolsa de deporte de hombro, era casi
medio día y aún no sabía qué hacer, no tenía plan alternativo ni ningún as en la
manga. Después de esa montaña rusa sentimental en la que se convirtió su
vida los primeros años fuera de casa, pensaba que había encontrado la
estabilidad, entonces había llegado ese maldito despido y el dinero se había
acabado con mucha rapidez, demasiada quizá. Había calculado que podría
aguantar sin trabajo un año, quizás un poco más, pero nunca había sido buena
con los números.

—Necesito un piso —susurró sentándose en uno de los bancos del parque
— trabajo y dinero. Fácil.

Decidió ir caminando hasta la zona universitaria, muchos estudiantes

colgaban anuncios de alquiler de habitaciones, o incluso algunos trabajos temporales, no gran cosa, sin embargo, estaba en una situación extrema.

Repasó uno a uno todos los carteles de ese tablón y apuntó un par de números, hacía ya diversas semanas que le habían cortado la línea telefónica, así que no tenía más remedio que...

—¡Perdona! —llamó la atención de un grupo de chicos que pasaba por su lado— Lo siento, me he quedado sin batería y el coche no me arranca... ¿Alguno podría dejarme el teléfono, por favor?

No le pasó inadvertida la mirada que le dedicó uno de ellos, por suerte, o tal vez por desgracia, siempre había tenido eso a su favor. No era una chica explosiva, pero sí solía llamar la atención de los hombres, a pesar de no proponérselo. Puede que fuese por sus profundos ojos castaños, por sus largas pestañas, o por esa aura casi infantil que acompañaba y armonizaba su rostro siempre sin maquillar. Uno de los chicos sacó su *smartphone* de uno de los bolsillos y ella se lo arrebató con velocidad de entre las manos, alejándose un par de pasos después.

Realizó tres rápidas llamadas, no podía demorarse demasiado, no hizo preguntas y evitó que los propietarios se las hicieran, simplemente consiguió las direcciones que apuntó en una libreta y después devolvió a ese chico su teléfono, dándole sus más sinceras gracias y declinando con amabilidad, su invitación para salir a tomar algo.

El primer piso estaba bastante cerca del campus, cosa que le parecía una ventaja y un inconveniente al mismo tiempo. Lo ocupaban dos chicas encantadoras, pero ya había tenido bastante mala experiencia con arrendatarias de su mismo sexo, además solían ser por lo general, menos receptivas a realizar favores o actos de buena voluntad. El segundo piso estaba en un barrio de las afueras, uno de esos a los que llamaban emergentes, con ese regusto a mezcla de sabores y olores. El apartamento, estaba en un primer piso de un edificio de tan solo dos plantas, que antaño debió haber sido una fábrica o puede que un almacén. Comprobó de nuevo la dirección, antes de tocar al timbre de esa gran puerta de metal a la que le hacía falta una mano

de pintura.

—¿Sí? ¿Quieres algo?

Lo primero que llamó la atención de Lena cuando ese joven abrió la puerta, fue sin duda, su voz. Pero esa pasó a un modesto segundo plano cuando su mirada se posó en ella, tenía los ojos de un tono marrón verdoso hipnotizador. Se tuvo que obligar a parpadear, para parecer una persona normal.

—Esto... sí, hola... Soy Lena, he llamado hace unas horas por el alquiler de la habitación.

—Oh... bueno —el chico pareció dudar un instante—, debe haber habido un mal entendido, estábamos buscando a un chico.

—Vaya —se lamentó ella— y si no es mucha indiscreción puedo preguntar ¿por qué?

—Puesss... bueno, a ver, ¿quieres pasar? —dijo él haciéndose a un lado para flanquearle el paso—. Por cierto, yo soy John.

—Un placer John.

—No te ofendas, pero somos tres chicos, y la verdad es que no nos habíamos planteado la posibilidad de meter a una chica en casa.

—Pues somos bastante más limpias.

—Pero tardáis una eternidad en el baño.

Lena se sorprendió al escuchar esa segunda voz que procedía de su espalda, y que a diferencia de la de John, no era nada dulce, y el tono le había parecido amigable, a decir verdad, con una sola frase, ese chico había conseguido incomodarla.

—Él es Heit —le indicó John—. Ella es... Lena, ¿no? —esperó confirmación— Lena ha venido a ver el piso —informó al recién llegado.

—Por mí no hay problema, enséñaselo —y dicho eso desapareció por la puerta del final del pasillo, que Lena supuso era uno de los dormitorios.

—No se lo tengas en cuenta, está cabreado por tener que compartir habitación. ¿No tendrías inconveniente en vivir con tres tíos?

—A no ser que seáis unos psicópatas... —John sonrió y negó con la cabeza— Entonces no le veo problema.

—Pues ven, te enseñaré esto. No es muy grande pero la zona es inmejorable.

El piso le pareció perfecto. Como había supuesto se trataba de una vieja nave industrial reconvertida en cuatro apartamentos. Ese en concreto tenía una gran zona de salón comedor, con una barra que separaba la cocina, práctica y funcional. Todo con ladrillo visto y vigas metálicas cruzando de lado a lado. En un amplio distribuidor, que los chicos tenían decorado con numerosas estanterías llenas de películas y libros, desembocaban el resto de estancias. Tres habitaciones y un baño de buen tamaño.

—Esta sería la habitación —informó el chico abriendo la puerta—, antes era la de Heit, pero cuando decidimos meter a alguien más hicimos un sorteo y bueno... de ahí que mis compañeros no anden de muy buen humor últimamente.

—Lo entiendo.

—Es más fácil alquilar una habitación individual que una compartida.

—Imagino.

Lena observó esa habitación, era fantástica, pero tenía que ser realista, y una cosa era convencer a alguien que le cediera una habitación por un pequeño, pero indeterminado período de tiempo a cambio de nada, y otra muy

diferente era convencer a tres, eso parecía una tarea hercúlea.

—¿Te gusta?

—Me encanta —reconoció.

—¿Quieres un café? —ella asintió y lo siguió hacia la cocina— ¡Heit! —gritó John por encima de su hombro— Voy a hacer café y a hablar con Lena.

Pocos segundos después apareció el otro chico por el hueco de la puerta, se acercó a la nevera de dónde sacó una botella de leche que dejó en la barra en la que tenían dispuestos unos taburetes. Lena se fijó un poco más en él, sus ojos eran azules y su pelo castaño claro casi rubio caía desordenado por su rostro. A pesar de ser sábado por la tarde y estar en casa, vestía con un pantalón de traje y una camisa de un tono gris que hacía resaltar mucho más el color de sus ojos. Sin duda era muy atractivo. Lena no pudo evitar quedarse embelesada observándole. Parecía un modelo de pasarela, y desprendía un *sex appeal* arrollador.

—Son tres cientos al mes y ahí entran todos los gastos, menos la comida— dijo Heit clavando su mirada en ella.

—¿Tres cientos? —repitió.

—¿Te parece mucho? —John tomó asiento a su lado y le acercó la taza de café.

—No, supongo que me parece razonable.

—Solemos hacer un bote común y compramos la comida de ahí, por no tener que estar separando latas y botellas... Para nosotros es más fácil así, pero bueno, eso cómo tu quisieras hacerlo.

—Genial.

—¿De qué trabajas? —quiso saber Heit.

—Bueno ahora mismo no tengo empleo fijo.

—¿Estudias?

Lena sabía que ese momento tenía que llegar, era normal que los chicos quisieran saber algo más de ella. Demoró su respuesta ahogándola en un sorbo de café, y el sabor amargo le recordó que ese líquido era lo único que había ingerido en todo el día. Estaba perdida, en cuanto dijera que no tenía empleo ni dinero la echarían de ahí, y era totalmente lógico. Si su amiga no había tenido compasión, ¿por qué deberían tenerla ellos? Estaba irremediabilmente perdida y abocada a vivir de nuevo en la calle.

Alzó la mirada, ambos chicos la observaban aguardando la respuesta. Tomó aire.

—Estudiaba magisterio, pero tuve que dejar la carrera —resopló y dejó la taza sobre la mesa—. Chicos, no os voy a mentir, ahora mismo no tengo cómo pagar la habitación.

Ambos chicos se miraron.

—¡Ja! Lo sabía, tengo un sexto sentido para esas cosas —soltó Heit—. Entonces ¿para qué cojones nos haces perder el tiempo?

—Bueno, no tengo cómo pagar ahora, pero...

—Lo siento mucho Lena —lamentó John.

—Estoy buscando trabajo, es solo cuestión de semanas, de verdad —suplicó.

—¿Y mientras tanto?

¿Mientras tanto? Lena no se lo había planteado, o sí, muy en el fondo sí se había hecho un par de consideraciones sobre ese tema.

—Puedo encargarme de la casa —ofreció algo dubitativa pero esperanzada— limpiar, hacer la compra, cocinar... Por favor, es solo cuestión de tiempo.

—Buscamos alguien que pague un alquiler, no una chacha.

El sonido de la puerta de entrada sorprendió a los tres, sobre todo a Lena, pues su mente se había quedado bloqueada en esa tajante negativa que le habían dado ambos chicos, y el tercero de ellos llegaba en ese preciso momento, acompañando su saludo inicial con un sonoro portazo.

—¿Qué pasa cabrones? —soltó nada más entrar a la cocina— ¡Hostia! Perdón, no sabía que teníamos visita.

—Ella es Lena, ha venido por la habitación, pero no hemos llegado a un acuerdo —explicó John— Él es Max, el tercero en discordia.

—Pues que lástima, molaría vivir con una tía.

—Bueno —Lena tomó el último trago de café— supongo que debería irme.

—¿No te gusta la idea de vivir con tres sementales? —bromeó el recién llegado.

—El problema —expuso Heit bajando de la encimera donde se había sentado— es que aquí nuestra amiga Lena no tiene ni dinero, ni trabajo. No tiene nada que ofrecer.

—¡Ja, ja, ja! —soltó Max en una estruendosa risotada, nunca se había caracterizado por su suavidad, pero sí por su sinceridad y buen humor— Para mí una pava como tú, tiene mucho que ofrecer y dos poderosas razones con las que convencerme —soltó en una carcajada al tiempo que llevaba ambas manos a la altura de su pecho para hacer un gesto obsceno.

—Bueno, les he ofrecido a tus compañeros encargarme de las tareas de la casa hasta que pueda pagar el alquiler.

—Yo para me laven la ropa tengo a mi madre, pero por una mamada me plantearía dejar que te quedaras —soltó con total naturalidad, como si dijese

algo de lo más normal.

—¡Qué cabrón! —rió con ganas Heit— Quiero cambiar mi respuesta, por una mamada, yo también me lo plantearía.

—Estáis locos —sonrió John—. No les hagas ni caso —se disculpó quitando importancia a los comentarios de sus compañeros.

—¡Hostias! Yo te conozco —exclamó entonces Max mirándola fijamente —, ¡claro que te conozco! Hace tres semanas en el baño del Tropical, un polvazo increíble.

—¿Qué? —chilló ella— ¡No!

—¡Ooohhh sííí! Llevabas un pedal impresionante.

—Me confundes con otra.

—Y una mierda, jamás olvido un buen polvo.

—Esto no puede ser —susurró Lena llevando ambas manos a su cara y cubriéndose con ellas, la vergüenza que sentía.

—Ahora sí que sí, voto por que se quede, siempre y cuando me deje repetir de vez en cuando —soltó llevando la mano a la entrepierna.

—Lo siento —Lena se puso de pie con tal rapidez, que parecía que la había alcanzado un rayo— tengo que irme.

Tropezó con el taburete y casi se fue de bruces al suelo, todo su cuerpo temblaba y en su mente no paraba de repetirse, como si de un bucle se tratara, ¿por qué me tienen que pasar estas cosas a mí?

—¡No! No te marches, venga, negociemos... —dijo Max deteniendo su torpe huida al interponerse entre ella y la puerta— Venga nena, ¡piénsatelo! — y dicho esto, llevó una de sus manos directamente a sus nalgas que manoseó sin ningún tipo de reparo—. ¿No quieres repetir?

El gesto de Max la cogió totalmente por sorpresa, y a pesar de que no era

la primera vez que un hombre se creía con el derecho de poder toquetearla, esta vez el gesto la molestó de sobremanera. Su mano, en un acto reflejo y casi involuntario se alzó, y con toda la rabia que había acumulado las últimas horas, se estampó contra la mejilla de ese chico, con tal rapidez que cortó el aire y el sonido al golpearle, resonó en toda la cocina. Se hizo el silencio, y solo se rompió segundos después cuando John y Heit estallaron en una carcajada que inundó todo el apartamento.

—Vaya leche te ha dado —se burló Heit.

Max se hizo a un lado totalmente herido, no en el rostro, sino en el ego, esa chica no solo le había golpeado, sino que lo había hecho delante de sus dos mejores amigos, sería la burla durante años. Observó como Lena salía de manera apresurada hacia la puerta de entrada, o en ese caso, de salida.

—Eres una perrita muy desobediente —gritó Heit para que ella pudiera escucharle— si te quedas aquí, tendremos que enseñarte buenos modales.

Lena cogió la chaqueta y la bufanda del perchero, no podía creer que alguien pudiera tener tal desfachatez, menos aún, que ella hubiese sacado el genio suficiente como para abofetearle, en ese sentido, se sentía orgullosa de sí misma. Cargó la bolsa de deporte sobre uno de sus hombros y se dispuso a abandonar ese apartamento, cuando una mano la agarró por el antebrazo. Gruñó y se giró airada pensando que era uno de esos dos imbéciles, pero en vez de ellos se encontró con el sereno rostro de John. Si su voz era dulce y su tono calmado, sus ojos eran un remanso de paz. Y a pesar de que su primer impulso había sido soltar ese agarre, golpearlo o insultarle también, no reaccionó.

—Espera —susurró él y esa simple palabra flotó en el aire hasta llegar a ella— ¿tienes dónde ir?

¿Dónde ir? No, no lo tenía, pero no pensaba quedarse allí ni un segundo más de lo necesario. John inquirió con la mirada y Lena sintió como un escalofrío la recorrió por entero. Quiso replicar, o puede que soltarle alguna bordería que dejara claro lo imbéciles que eran todos los hombres sobre la faz de la tierra, pero cuando fue a hacerlo, las palabras se le atravesaron y se negaron a salir.

—¿Qué? Sí, claro... ¿Qué te has creído? —pero supo de inmediato que su tono había carecido de convicción, y la mirada de él se lo confirmó.

—Puedes quedarte aquí, al menos esta noche, es tarde y hace frío.

—¿Quedarme aquí? Gracias por el ofrecimiento John, pero no.

—¿Por ellos? —sonrió—. No te preocupes, ladran mucho pero no muerden. Son buenos tíos, en serio —añadió viendo la cara de incredulidad de ella—. Venga Lena, no puedo dejarte marchar.

—Prefiero dormir en la calle —dijo muy seria.

—No puedes hablar en serio, no lo permitiría.

—Ya, pero...

—Mira —tiró de su bolsa hasta arrancársela de las manos y cargarla él—, date una ducha, cena algo y descansa, mañana es domingo, tienes todo el día para pensar en qué hacer ¿vale? Bueno, no sé por qué pregunto, no acepto un no por respuesta.

—No creo que a ellos les haga mucha gracia.

—De ellos me encargo yo. Ven...

—¿Tan evidente es que no tengo dónde ir?

—Has venido hasta aquí, aun sabiendo que no puedes alquilar la habitación, o eres una aprovechada, o estás en una situación desesperada, y a mí me pareces una buena tía.

Dejó a Lena en la habitación y sacó del mueble del baño un par de toallas limpias, en la cocina se escuchaban los berridos de Heit y Max. John la miró un segundo más, era una chica guapa, pero parecía muy joven, estuvo tentado de preguntarle la edad, pero supuso que, si había estado en la universidad, era mayor de lo que en apariencia aparentaba.

Cuando entró en la cocina los encontró a los dos sentados en la barra que separaba esta del comedor, riendo mientras compartían una lata de cerveza. Ambos lo miraron de manera inquisitiva. Se conocían desde hacía muchos años, con Heit desde el colegio y con Max unos años después, y aunque habían pasado temporadas separados, siempre les había unido una gran amistad, a pesar de ser tan diferentes entre ellos.

—Eres un buenazo —se burló Max.

—No podía dejar que se marchara, está claro que no tiene donde ir.

—Pero eso no es nuestro problema John —ahora había sido Heit el que había hablado— yo no quiero una chacha. Decidimos alquilar la habitación para sacarle algo de dinero y poder ir más desahogados.

—Lo sé, pero...

—Que sí, que vale, que no podías dejar que durmiera en la calle, lo entiendo, pero mañana se larga.

—A no ser que lleguemos a un acuerdo —rio Max.

—Sois un par de cerdos —les reprendió John, pero no pudo evitar que se le escapara una pícara sonrisa— aunque reconozco que la idea tiene mucho morbo... pero ¡no! Me lleváis por mal camino.

—Por mal camino te llevas tu solito, no nos echéis la culpa a nosotros.

—Está buena eehhhh —susurró Max y no pudo evitar cierto deje de orgullo— Si ya os dije que me había follado un pibonazo, panda de descreídos. Pues que sepáis que tiene un tatuaje bastante sugerente bajo la teta derecha...

—¿En serio? —se interesó Heit—. Joooooooder, yo quiero ver eso —Heit se levantó del taburete y salió apresuradamente hacia el baño donde el sonido

del agua había empezado a sonar.

—¡Qué cabrón! —Max le siguió a empellones por el pasillo.

—Preguntadle de qué quiere la pizza —les gritó John.

El agua caliente la reconfortó y arrastró en parte, el cansancio que sentía, que era mucho, más emocional que físico. Y cuando todo que ese agotamiento hubo desaparecido, le cedió el paso a la sensación de hambre, estaba hambrienta y sus tripas se encargaron de recordárselo. No había comido nada desde la cena anterior con Marc, el gilipollas prometido. Salió de la ducha y se enrolló una de las toallas en el cuerpo y pasó la otra por el pelo. Desde fuera alguien golpeó la puerta, para ser fieles a la verdad, más bien parecía que alguno de ellos había chocado bruscamente contra ella.

—¡Oye! —gritaron desde fuera, y por el tono despectivo de la voz supo que era Heit— Aquí hay unas normas, la puerta del baño siempre abierta.

Lena abrió mucho los ojos y a punto estuvo de soltar una grosería, pero tuvo la cabeza suficiente de reprimir ese primer impulso, no podía tentar a la suerte, al menos esa noche tenía un techo bajo el que dormir.

—¡Eh! —reconoció entonces la grave voz de Max— Que te estamos hablando a ti princesa, tienes que dejar la puerta abierta, una norma es una norma.

Lena convirtió sus manos en puños sintiendo cómo la rabia y las ganas de soltarles una bordería, se la comían por dentro.

—Ahora ya lo sé para la próxima —se obligó a decir con tono de voz calmado.

—No habrá próxima —le escupió Heit.

Lena dejó caer la toalla al suelo y con la piel aún húmeda, empezó a vestirse con prisa mientras los chicos desde el otro lado seguían insistiendo en que abriera la puerta y les dejara pasar.

—John quiere saber de que quieres la pizza —dijo Max de pronto.

—¿La pizza? —se detuvo ella a medio ponerse el pantalón, totalmente descolocada del cambio de conversación tan radical.

—Ya sabes, eso redondo que comen las tortugas ninja.

—Sé que es una pizza, gracias —respondió molesta aún desde dentro del baño.

—Abre la puerta y así podremos hablar mejor—sugirió Max.

—Me da igual, me gustan todas.

—Eso es bueno, que te guste todo y no le hagas ascos a nada —soltó entre carcajadas Heit.

Lena terminó de enfundarse el jersey y sin más abrió la puerta, ambos chicos se tambalearon al hacerlo y Max a punto estuvo de caer al suelo por el traspies.

—Eres un... —empezó Lena, pero su frase se vio interrumpida cuando Heit alzó su dedo para señalarla. No era ese gesto el que había hecho morir sus palabras antes si quiera de pronunciarlas, sino su mirada, tan fría que la intimidaba.

—Cuidado mona... —amenazó.

Heit la observó unos instantes más, antes de desaparecer en dirección al

final del pasillo, hacia la habitación que, por culpa de un sorteo, ahora tenía que compartir con Max. Odiaba haber perdido su intimidad. Si al menos la compartiera con John... Él era más silencioso, Max era un buen amigo, pero no se caracterizaba por su delicadeza en nada, ya fuera hablando como poniéndose un calcetín. Cerró la puerta tras de sí y se tumbó en la cama mirando al techo. Les había costado mucho decidir alquilar uno de los dormitorios, ellos se conocían de hacía mucho tiempo, eran como la noche y el día pero a pesar de todo, habían logrado encajar bien. Meter a un cuarto en discordia no les hacía gracia a ninguno, lo habían decidido para poder ir más desahogados a final de mes, pero si encima este cuarto era una tía... Eso solo podía terminar en tragedia. La puerta se abrió para cerrarse instantes después, y el sonoro bostezo de Max rompió la tranquilidad. Este se dejó caer pesadamente sobre el colchón y gruñó una maldición, cuando se clavó algo en la espalda.

—¿Has probado en recoger alguna vez? —le amonestó Heit— Eres un cerdo.

—Recoger... ¿Es eso de colocar las cosas en su sitio? No, creo que no. Al final resultará que sí necesitamos una chacha.

—Habla por ti —se molestó él.

—¿Te imaginas que dijera que sí?

—Sí a ¿qué?

—A lo de quedarse y... ya sabes.

Heit no pudo más que soltar una carcajada ante el gesto de su amigo, pues quería ser discreto en sus palabras, pero estaba claro que no lo había pretendido en la elección de movimientos para darse a entender.

—Polvo mañanero, pues anda que no llegaría yo cada día relajado al curro —rio Heit y se giró hacia su compañero.

—Brutal —reconoció Max levantándose de la cama por incomodidad—

Es guapa.

—Nada del otro mundo.

—¿En serio? —no pudo evitar alzar una ceja, era imposible que Heit no viera que esa chica era un auténtico bombón.

—No es mi tipo.

—Cierto, a ti te van más, las que no tienen cerebro ni carácter y se dejan hacer de todo.

—Ahí le has dado —sonrió con maldad Heit—. Lena parece que tiene mucho pronto, pero oye, todo se puede moldear.

—Hablas como un villano de película —soltó confundido, a veces no sabía si su amigo hablaba de verdad o simplemente bromeaba—. ¿Vienes?

Heit negó con la cabeza y Max salió de nuevo para ir al salón, al menos en el sofá no había objetos punzantes que se clavaran en su cuerpo. Se paró frente a la habitación vacía y se sintió tentado de entrar y hablar con la chica, pero pensó que era mejor dejar eso para John, era el más conciliador de los tres. Justo al pasar frente a la puerta de entrada, escuchó el sonido de pisadas y segundos después llamaron al timbre.

—¡La pizza! —gritó abriendo la puerta muerto de hambre.

Empezaron todos a cenar en un incómodo silencio, Max de vez en cuando miraba de reojo a Lena, la recordaba más alta, y menos delgada, pero si ella llevaba unas cuantas copas de más, él no se había quedado corto esa noche. Cogió un trozo de pizza y mordió, le jodía comer en silencio, era algo que odiaba desde siempre, escuchar a los otros masticar.

—Entonces... —dijo sin terminar de tragar— No tienes dónde ir.

Lo dijo sin más, no era una pregunta, ni era una duda que quisiera resolver, una simple afirmación hecha con total espontaneidad para romper el silencio incómodo, con una conversación aún más embarazosa. La verdad es que debía ser muy triste despertar un día y no tener a nadie a tú alrededor. Él siempre había contado con sus padres, y Heit y John que eran como sus hermanos. Lena se sintió algo incómoda, su situación ahora conocida por los tres, la hacía débil a la hora de negociar. Y si bien esa vulnerabilidad podía valerle con John, dudaba que jugara en su favor con los otros dos chicos.

—Digamos que estoy pasando por una situación complicada —dijo de la manera más neutral posible, intentando dejarse algún as en la manga.

—¿Y tus padres?

—Max —le reprendió John.

—Prefiero no hablar de ellos —bufó la chica cortando así el conato de conversación.

—Pues es una putada —siguió el joven haciendo caso omiso de la mirada de disconformidad de John—, una tía sola, sin un lugar dónde vivir... La calle es dura.

—¿Has vivido en la calle? —inquirió Lena clavándole una mirada, que debió ser tan fría que el chico se estremeció— imaginaba... —soltó con desdén.

—Incluso así, no hace falta ser muy listo para suponer que es mejor vivir en un piso, que en un cajero —Heit lo dijo sin más, sin tan siquiera alzar la mirada de su plato dónde había dejado los bordes de su segundo trozo de pizza.

Tenía razón claro estaba, cualquier cosa era mejor que la calle, incluso era mejor que volver a casa de su madre, con la que no había vuelto a hablar, bien podía ser que ya no viviera ni en el mismo sitio o que estuviese muerta, nunca se lo había planteado. Conocía la calle y conocía los recursos que el Estado, ponía a disposición de gente como ella, y con ese conocimiento podía afirmar

que, cualquier cosa era mejor.

—¿Hablábais en serio? —por fin, había reunido el valor suficiente para preguntarlo— ¿De verdad dejaríais que me quedara a cambio de...?

—Sexo —la ayudó Heit viendo que ella rehuía decir la palabra—. Sí —afirmó simplemente Heit.

—¡Por supuesto! —remarcó un divertido Max.

—Estoy alucinando —susurró sacudiendo la cabeza totalmente desconcertada— ¿Tú también?

Lena miró entonces a John, que seguía con la mirada fija en su plato, dejó la comida y tomó su lata de refresco, de donde dio un largo trago. Sabía que todos aguardaban su respuesta, pero él no tenía claro cuál debía ser. Le parecía una absoluta locura y sabía que sus compañeros hablaban en broma, ¿o no...? Con ellos nunca se sabía, pero lo que más le incomodó, fue que la chica se lo estuviera planteando, porque eso era lo que parecía hacer, planteárselo. Realmente su situación tenía que ser muy desesperada, para barajar esa posibilidad. Resopló y dejó el refresco frente a él. No la conocía de nada, eran perfectos desconocidos, podían ser unos psicópatas, como ella había apuntado esa misma tarde, incluso así...

—Yo nunca haría nada, que alguien no quisiera...

—Eso no es lo que te ha preguntado John —le increpó Heit.

—Lo sé.

—La cuestión es esta... —Heit se hizo con la situación— Tú necesitas un sitio donde vivir y nosotros digamos que... nos ha atraído la idea, de tener alguien a quien usar.

—Usar —repitió Lena en un susurro casi atemorizada de lo que eso podía significar, para alguien *a priori* tan frío como él.

—Un polvo lo podemos echar cuando queramos —puntualizó—, al menos

por mi parte, busco algo más que simple sexo ¿o no? —miró a Max que casi se atragantó.

—Un rollo a lo 50 sombras de Grey —respondió este.

—Eso es una mariconada —se carcajeó Heit— pero bueno, sí, para que me entiendas, un rollo así.

—Vosotros mandáis y yo simplemente obedezco, ¿es eso? ¿Te das cuenta de que es una locura? Por no decir totalmente denigrante.

—Bueno, ahí ya entra el valor que le des tú, a tener un sitio donde dormir y comida que comer...

—Por cuanto estoy dispuesta a vender mi alma al diablo —susurró.

—Más bien tu cuerpo, a mí tu alma me importa más bien poco.

—Convertirme en vuestra puta, a cambio de una habitación. Gracias, pero no.

—¡Oh venga! —gruñó Max— follaste conmigo por nada, follar por conseguir algo parece hasta más lógico ¿no?

—Eso es prostitución.

—O un acuerdo entre amigos que se lo quieren pasar bien.

—Nosotros no somos amigos.

—Podemos llegar a serlo —Heit decoró esa afirmación con una sonrisa más fría que el hielo, se notaba a la legua que no estaba muy acostumbrado a sonreír.

—Bueno, ¿por qué no terminamos de cenar y dejamos que Lena descansa un poco? Mañana será otro día —les cortó John.

Heit observó cómo la chica se marchaba a su habitación, y sonrió.

—Eres como un parásito —le recriminó John, aunque no pudo esconder cierta admiración en el tono de esas palabras, siempre le había fascinado lo

frío y distante que podía llegar a ser Heit—. Esa chica lo está pasando mal y vas a aprovecharte de eso.

—Que ella lo pase mal, no es mi problema.

—Ya, pero no está bien.

—Bien, mal... —susurró moviendo ambas manos— John, eres enternecedor, pero así no se puede ir por la vida, yo lo veo un trueque justo y como bien ha dicho Max, ha follado por nada, seguro que más veces de las que te quieras imaginar. Nosotros le ofrecemos el poder hacerlo por algo, le damos sentido a su promiscuidad.

—No, si encima vas a pretender, que te dé las gracias —rio Max sentándose al lado de sus amigos.

—Créeme que, si se queda, va a terminar haciéndolo.

Capítulo 2

Fue una noche larga para los cuatro. Lena, a pesar de que no tardó mucho en dormirse, lo hizo envuelta en pesadillas. Heit simplemente se dejó mecer por la idea de que ella dijera que sí. Max y John tenían sentimientos encontrados, y cada uno desde su habitación, y antes de dejar que el sueño les venciera, confeccionó su propia lista de pros y contras, y con ella se dejaron abrazar por Morfeo.

Cuando John abrió los ojos esa mañana, le sorprendió notar el olor a café recién hecho que procedía de la cocina, y no pudo evitar sonreír. Se levantó arrastrando un poco los pies, el día anterior había sido, cuanto menos intenso, y se sentía algo cansado. Se enfundó en un vaquero roído y se cubrió con una camiseta de manga larga rematando el atuendo de domingo, con una sudadera que había conocido mejores días. Pasó las manos por su pelo y salió de la habitación. Todo estaba en silencio, salvo el ligero sonido de la cafetera dejando salir el preciado café. Se cepilló los dientes y se mojó un poco la cara para despejarse.

Lena estaba en medio de la cocina, había dejado 4 tazas sobre la barra americana, una frente a cada taburete y en medio un plato con tostadas calientes.

—Café recién hecho —anunció sonriente Lena al ver a John.

—Vaya, podría acostumbrarme a esto —bromeó.

El chico caminó un par de pasos hacia ella que acababa de dejar la cafetera sobre un trapo, y sin pensarlo demasiado, besó la comisura de sus labios. Lo hizo como si fuese lo más normal, después le dedicó una tierna sonrisa y se separó para sentarse y servirse algo de café. El corazón de Lena latía a mil por hora. No era una exageración, literalmente su corazón

bombeaba a un ritmo frenético y desacompasado. ¿La había besado? Le observó servirse el café y cómo lo aderezaba, con un poco de leche para después morder una de las tostadas. Cuando se dio cuenta, estaba parada en medio de la cocina, totalmente estática como una figura de cera, y observaba a ese hombre con total devoción. ¿Realmente él la había besado? Se ahogó con ese simple pensamiento y se regodeó en la calidez que había dejado en su corazón, ese gesto a simple vista tan simple.

—¡Café! —chilló Max cuando irrumpió como un tráiler sin frenos— ¡joooooder ¡y tostadas! ¡Dime que sabes hacer galletas! —Lena no atinó en responder, solo movió un poco la cabeza en señal de afirmación— de puta madre. ¡Tú te quedas! —y se sentó sin añadir nada más.

—¿Te pongo un poco? —le ofreció John clavando su mirada en ella y alzando un de las tazas.

—Sssssí...

Se sentó al lado de este y empezó a dar pequeños sorbos al café, mientras observaba como los dos chicos hablaban animadamente sobre algo de un 4x4. Cuando estaban a punto de terminar entró Heit, al igual que el día anterior, iba impolutamente vestido y peinado. Miró a su alrededor y se dirigió al frigorífico de dónde sacó una botella de agua.

—He preparado café —susurró algo temerosa.

—¡Felicidades! Sabes usar una cafetera.

—No seas borde —le reprendió John.

—Cierto, no debo ser borde —la miró y forzó una sonrisa— ¿Has decidido ya qué vas a hacer? No es que tenga prisa en echarte, pero...

—Joder Heit —se quejó John de nuevo.

—Hostia, a ver si ahora no voy a poder decir nada en mi propia casa —gruñó— además, en eso quedamos ¿no? Una noche para que se decidiera.

—Bueno... le he dado muchas vueltas —empezó Lena—, no sé ni por qué, debería decir que no, en realidad debería mandaros a la mierda a todos y largarme de aquí.

—Pero te atrae la idea —tanteó Heit— no puedes evitarlo. Tiene su morbo.

—Fijo que te pone cachonda imaginártelo... —soltó Max que recibió de inmediato un manotazo de John, para que no añadiera nada más.

—Lena, tómate tu tiempo para decidir, no te sientas obligada a hacer nada ni aceptar nada que no quieras —le recordó John.

—Bueno no tiene muchas más opciones —se mofó Heit, que hasta el momento, había mostrado empatía cero con ella.

Lena se sintió humillada, pero en el fondo tenía razón, hasta la había tenido Max con su burda apreciación la noche anterior, había hecho muchas locuras a lo largo de su corta vida, sobre todo cuando el alcohol había entrado en la ecuación. Al menos ahora, era consciente de las opciones de las que disponía, y eligiera lo que eligiera las consecuencias solo serían imputables a ella. Recogió las tazas ante la atenta mirada de los tres y después salió para encerrarse en la habitación. Estaba confundida y no sabía qué hacer.

En la cocina los tres chicos se miraron sin saber muy bien qué decir, la «broma» se les había escapado de las manos, si es que en algún momento había sido simplemente eso. Heit dejó lo que quedaba de agua en la nevera y se sentó frente a sus compañeros.

—Si no paga, folla —soltó sin más.

—¿Piensas lo mismo? —inquirió John mirando a Max.

—Sí, creo. Sí ¿no? De gratis no va a quedarse, eso está claro. Además, y sin querer ofenderla, una tía normal ante la mínima insinuación de lo que le hemos propuesto, ya se habría largado.

—Eso es verdad —reflexionó John.

—En el fondo le gusta la idea —Heit estaba convencido de que a Lena, le atraía su propuesta.

—O puede que realmente no tenga muchas más opciones —rompió una flecha en su favor John.

—Convéncela —le instó Heit.

—¿Yo? —John se sorprendió ante tal petición.

—Eres el más «sensible» de los tres, este es un bestia —dijo Heit señalando a Max, que asintió orgulloso ante la definición de su amigo— y a mi esa tía me importa una mierda en cambio a ti, parece preocuparte y ella lo sabe. Dile que pondremos normas y ella marca los límites.

—¡Sí! ¡Eso! Lo de la palabra de control y esas chorradas... y que en cuanto quiera se puede largar... o pagar el alquiler.

John los miró a ambos, parecían querer llegar hasta el final con esa locura, porque no dejaba de ser eso, una idea de lo más demente. Pero realmente había sido ella la que había ido hasta allí, sin tener dinero ni trabajo, era a la que no le había importado ver el piso, sabiendo que eran tres tíos y realmente, a pesar de lo ofendida que había parecido cuando Max la había tocado, no se había marchado. Estaba hecho un lío.

—Pero esto es una locura —verbalizó— es que parece el inicio de una peli porno.

—Pero de las buenas —bromeó Max— de las que tienen hasta diálogos.

—Haremos un contrato —continuó Heit— que quede todo claro entre todos... Un pacto entre amigos que se lo quieren pasar bien, con un poco de sexo de vez en cuando.

—¿Y cuándo encuentre trabajo? —preguntó Lena sorprendiéndoles a los tres desde la puerta.

Por unos segundos todos se miraron, el silencio les envolvió, como una

manta en invierno, un mutismo pastoso e incómodo.

—Pues si tú quieres todo terminará —reaccionó con rapidez Heit, al que nunca le había gustado que le cogieran por sorpresa.

—Puede que entonces no quieras dejarlo —se mofó Max—, después de ser nuestra perrita no podrás parar, pedirás siempre más y más... Te va a gustar.

—Eres un puto engreído de mierda —espetó la chica—. No follarás tan bien, cuando no recuerdo el polvo y mucho menos a ti —replicó, pues no pudo ni quiso disimular su enfado y en cierto modo, su desconcierto. ¿Qué hacía aún ahí? ¿Por qué no se había marchado ya?

—Puede que folles con demasiados, como para poder llevar el control de todo lo que pasa entre tus piernas —atacó un Max visiblemente molesto.

—O puede que seas decepcionante.

—No te preocupes, la próxima vez haré que te acuerdes de mí, gritarás mi nombre.

—Eres un... —pero se obligó a callar.

John y Heit habían seguido la conversación entre divertidos y expectantes, Max siempre era así y más de una vez se había metido en problemas por ser demasiado bocazas. Lena le aguantó la mirada sin parpadear. Max tenía los ojos de un negro muy profundo, sus facciones eran mucho más cuadradas y marcadas que las de sus dos compañeros, llevaba el pelo algo largo, lo tenía muy oscuro, y se rizaba al final. Se notaba que parte de su día lo dedicaba al gimnasio, pues bajo el fino jersey que llevaba, se adivinaba un cuerpo bien definido, mucho más voluminoso que el de los otros dos.

—¿Un qué...? —la retó con los dientes apretados.

—Firmaremos un contrato como ha propuesto Heit —interrumpió entonces John enarcando una ceja— algo entre nosotros, algún tipo de acuerdo en donde

todo esté claro. Un juego.

—Me lo tengo que pensar.

—Claro, tómate tu tiempo.

—No demasiado, si llega alguien que pague... —amenazó Heit— y esta zona está de lo más demandada.

—¿Y eso de los límites? —preguntó ella.

—Tú los pones, pero que sean unos límites reales —Heit alzó la mano para que John no le interrumpiera como iba a hacer—. No, no me vale que me diga nada de azotes, o nada de mamadas... tienen que ser cosas que no podrías soportar jamás, bajo ningún concepto. Todo el mundo soporta un bofetón o un pequeño correctivo.

—¿Correctivo? Tú has visto mucho porno japonés de ese —se carcajeó Max.

Lena se levantó y se acercó a la ventana del salón, ya era casi medio día y fuera se adivinaba la típica mañana invernal, soleada pero frío. Por un segundo pensó en su madre, aunque no sabía el porqué de ese pensamiento, pues procuraba no pensar nunca en esa mujer. Pensó en las dos únicas relaciones más o menos estables que había tenido, poco duraderas, nada placenteras, y ambas terminaron francamente mal. Y sin saber muy bien el porqué, pensó en Marc, el chico de la pasada noche. Ese que se la folló durante horas, el día antes de hacer la prueba del menú para su boda. Y llegó a la conclusión que el amor era una mierda, no existía y tener la insana esperanza de que algún día llegaría su príncipe azul y la rescataría, era casi peor que firmar un contrato de sumisión con esos tres hombres. Al menos ellos eran reales y tenían algo que ofrecerle.

No sería por una larga temporada, pensó. Había inundado la ciudad con sus currículos, por lo que no sería difícil encontrar trabajo pronto y poder pagarse la habitación. Y después estaba John. Un escalofrío la recorrió ante ese pensamiento pero no podía evitarlo, aparentaba ser tan tierno, que estremecía. Max era un gigantón gilipollas, pero al que creía que podría dominar, parecía de los que perdían la fuerza por la boca. Sin embargo,

Heit... no había mostrado el más mínimo atisbo de simpatía ni de empatía, absolutamente nada. Todo lo contrario, parecía que la aborreciera sin tan siquiera haberla conocido, le daba muy malas vibraciones.

—¿Estás bien? —John apareció justo a su lado y le dedicó una sonrisa, entendía que Lena pudiera sentirse algo aturdida en esos momentos.

—Bueno, pensaba.

—Si decides quedarte, mañana puedo acompañarte a buscar tus cosas... No creo que todo lo que tengas, esté en esa bolsa de deporte.

—Tampoco es que tenga mucho más, pero eso sería genial, si decido quedarme.

—Claro, si decides hacerlo.

—¿No trabajas?

—Soy estudiante de último año de medicina —dijo con cierto deje de orgullo.

—¡Vaya!

—Max curra en una tienda de informática y Heit... bueno la verdad es que no tengo ni puta idea de qué hace él. Trabaja en una empresa bastante importante pero nunca habla de su trabajo.

—Yo quería ser profesora.

—Bueno, nunca es tarde —volvió a sonreírle—. Deberías pensar, si es que vas a quedarte —volvió a añadir—, en lo que ha dicho Heit, tus límites, eso que jamás consentirías.

—No te creas, llevo un rato dándole vueltas. No es fácil.

—Supongo que no lo es —John se giró cuando Max llamó su atención desde la cocina—. Vamos a preparar algo para comer ¿vale?

Comieron hablando de temas banales, sin importancia, el trabajo, estudios, amigos. Lena observó a esos tres hombres, tan diferentes entre sí y se preguntó

cómo habían llegado a ser amigos, a compartir piso, puede que algún día se lo preguntara, y con esa idea se dio cuenta que, sin quererlo, ya había tomado una decisión. Se intentó convencer a sí misma que lo hacía porque necesitaba un sitio donde vivir, pero en el fondo, muy muy muy en el fondo, temía que por algún extraño motivo, su propuesta realmente le llamara la atención. La verdad era que se excitaba un poco, cuando pensaba en cómo podía terminar todo eso, y a pesar de que no tenía ningún tipo de experiencia sexual que pudiera considerarse cercana al sado o la dominación, sí había fantaseado a veces con eso. Solo le faltaba saber cuál podría ser su límite. Le preocupaba el tema de los azotes, o del dolor físico, aunque supuso que, hasta cierto punto, lo podría soportar. No quería quemar naves innecesarias, pues sabía que seguramente la retorcida mente de Heit podría llegar más allá, y unos simples azotes podían ser el mejor de los casos.

—Lena... eh, ¡Lena! —le gritó Max parado frente a la nevera— Que si quieres un yogur.

—Sí.

Se levantó de la mesa todavía meditando en todas sus opciones, quería elegir correctamente, pensarlo bien, y tomar la decisión más inteligente. Diversas «filias» recorrían su mente, y retazos de películas porno se desarrollaban como flashes que no podía evitar. Se fue en silencio hasta la habitación y se tumbó sobre el colchón, quedándose dormida y debía reconocer que algo excitada.

En ese mismo instante, en la otra habitación, Heit se sentó frente al ordenador y resopló, sonrió y dejó volar la imaginación. Empezó a teclear con celeridad y tan concentrado estaba en su tarea que no escuchó la puerta, ni los pasos de sus amigos a su espalda.

—Ríete tú de la crisis del papel en blanco —se mofó John—. Te veo inspirado.

—¡Buah! Te mentiría si no te dijera que he soñado con esto un montón de

veces.

—Y te la has cascado otras tantas —soltó Max.

—También —reconoció— creo que ya está. Una puta obra de arte. ¿Queréis leerlo?

—Hombre, deberíamos —John se sentó y esperó a que la impresora escupiera los papeles—. Vamos a ver... —no pudo evitar soltar alguna carcajada mientras leía, otros párrafos hicieron que temiera por dónde se estaba metiendo esa pobre chica—. Jo-der —atinó a decir al final.

—¿Te parece bien?

—No será a esto a lo que te dedicas en tu empresa, ¿no?

—¿Tú crees? —interrogó Max entornando los ojos, la verdad era que llevaban tiempo intentando adivinar cuál era realmente la función de Heit en ese gran *holding*.

—Dejaros de gilipolleces. Bien, ¿no?

—A mí me parece perfecto.

—Si ella acepta, por mí no hay problema —dijo John dejando el documento sobre la mesa—. Solo si ella acepta —resopló.

—A ver, ¿qué?

—Me siento como si la estuviéramos coaccionando o algo así.

—Bueno ella lo ha intentado con nosotros ¿no? —Max y John lo miraron sin entender qué quería decir— ¡Oh venga!, se presenta aquí, con esa cara de no haber roto nunca un plato, sin dinero ni trabajo, intentando enternecernos con su lacrimógena historia para así poder vivir por la jeta... ¿Eso no es manipulación? Nos coaccionó a acogerla en el mismo instante que entró por la puerta, aun sabiendo que no tenía derecho a hacerlo pues está claro que quien alquila una habitación, lo hace por dinero.

—Bueno visto así...

La impaciencia les podía, sentados los tres en la mesa del comedor,

aguardaron a que Lena saliera de su habitación. Max fumaba un cigarrillo y Heit había optado por servirse un par de dedos de Whisky, el único que parecía mantener la calma en esa situación era John. Ella se sentó en la mesa en total silencio, no sabía qué decir en esa situación, cogió los papeles que Heit le tendía y los leyó con detenimiento. A pesar de intentar templarlos, los nervios la traicionaron y las letras empezaron a bailar ante sus ojos, hasta que se dio cuenta que eran las hojas de papel, que temblaban al mismo ritmo que lo hacían sus manos.

—Tranquila —susurró John dejando caer la mano en su rodilla y apretando para infundirle valor.

—¿Te parece todo bien? —preguntó Heit.

—Supongo...

—¿Has decidido donde tienes los límites?

—Sí —asintió aún algo temerosa, pero el contacto de John de nuevo le hizo coger fuerzas para continuar—. Nada de... excrementos.

—Vale —respondió Heit.

—Nada de sangre, ni cortes ni...

—No somos unos sádicos —se defendió John.

—No practicaré sexo en público, ni podéis grabarme en vídeo ni hacer fotos de nada —todos asintieron, por el momento todas sus peticiones les parecieron aceptables y hasta obvias—. Oh y nada de animales.

—Vaya... pobre Rob, ya había pactado algo con el perro del vecino —se burló Max, que se había mantenido callado hasta el momento.

—Creo que eso es todo —resopló intentando así alejar, el manojito de nervios en que se había convertido.

—Lo he añadido todo —Heit volvió a acercarle el documento para que lo comprobara—. Solo queda firmar.

En ese salón se hizo el silencio. El primero en rubricar su nombre en el papel fue Heit, después Max, para pasárselo finalmente a John. Lena les miró a los tres que la observaban expectantes, incluso John parecía nervioso por ver si lo haría o se echaría atrás. Tomó aire de manera pausada antes de acoger el bolígrafo entre sus manos, miró y remiró el papel, donde las firmas de los chicos esperaban la suya. Dudó, ¿quién en su sano juicio no lo haría? Se preguntó, qué sería lo primero que la obligarían a hacer, y quién sería el primero en beneficiarse de ese pacto. Alzó la vista y volvió a pasearla por los rostros de los tres chicos que la observaban, se detuvo en los detalles de la mirada de cada uno de ellos, y tan solo con eso obtuvo la respuesta. Suspiró y supo, en el momento de garabatear su nombre, que su vida acababa de cambiar para siempre. Nunca sería lo mismo, con total seguridad después de eso no volvería a ser la misma.

—¡Guay! —exclamó Max cogiendo el documento— por el poder que me ha sido otorgado por la impresora láser que robé en la tienda y el boli de la pizzería de la esquina, yo te declaro oficialmente nuestra perra. Felicidades, ¡puedes empezar por comernos la polla!

Su mundo se derrumbó en ese instante. Hacía años que se había jurado a sí misma que no volvería a llorar, pero en ese momento, dos gruesas lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. ¿Miedo?, ¿nervios?, ¿la certeza de haberse equivocado? Tragó como pudo la angustia que atenazaba su garganta, y se obligó a pensar en ese tiempo pasado que tampoco fue mucho mejor.

No se dio cuenta de que John había abandonado el salón, cuando se giró en busca de la tranquilidad que le ofrecían sus ojos, simplemente no lo encontró.

—Joder, pues yo si llora no puedo eehh, no me empalmo —se quejó Max.

—Pues a mí me pone mucho verla llorar, por mí no pares de hacerlo nena... Sabía que eras una llorona —dijo con desdén Heit—, no vas a durar con esto ni dos días, ya lo verás.

—Tú no me conoces de nada —escupió entre sollozos.

—Conozco a las niñas como tú. No aguantarás.

—Eso ya lo veremos «amo» —arrastró entre dientes esa última palabra, que le quemó la garganta al salir.

La angustia y las ganas de chillar no fue lo único que esa tarde tuvo que tragar. Las lágrimas no dejaron de caer desde sus ojos en ningún momento, pero parecía que eso no importaba a Heit, al contrario, pareció disfrutar mucho con eso.

—Una mamada mediocre. Podemos mejorarlo —dijo con desprecio al terminar.

Salió del salón dejándola ahí, aún arrodillada en el suelo y llorando, pero enseguida se repuso, se levantó y enjuagó sus lágrimas. Respiró profundo y salió del salón para encerrarse en su habitación cuando recordó otra de las normas, no podía cerrar las puertas. Era una locura y empezaba a arrepentirse de haber aceptado. Apretó los dientes, pero las palabras de Heit volvieron a su mente, «no aguantarás ni dos días» iba a demostrarle que eso no iba a ser así.

Le pareció que se ahogaba, se tumbó en la cama, lloró, chilló amortiguando sus gritos en la almohada, se levantó como un resorte y salió al pasillo. Al lado de la puerta de entrada estaba Heit, parecía esperarla, con unas llaves en la mano. Sus miradas se encontraron un segundo, la de él totalmente opaca, la de ella enrojecida por el llanto. Heit le tendió un juego de llaves y la vio desaparecer escaleras abajo en dirección a la calle.

—¿Se ha marchado? —inquirió Max desde la cocina.

—Pero volverá.

En la habitación, John miraba el ordenador. Intentaba concentrarse en lo

que estaba estudiando pero no podía, no había manera de centrarse. Bajó de nuevo la tapa y cogió el contrato que acababan de firmar. Era una locura. Una locura muy morbosa. No podía mentirse a sí mismo, Lena era muy guapa y pensar en ella, en qué hacer con ella, o qué podrían hacer sus amigos...

—Joder —gruñó mientras se recolocaba su creciente erección.

—Yo estoy igual —rio Max entrando en su dormitorio— no puedo parar de pensar en tooooooodas esas cosas que las tías no dejan hacerse nunca... y me estoy poniendo malo.

—Bueno, pues creo que Heit ya ha terminado.

—Heit es un cabrón —escupió sin más.

Y por el tono y la expresión de su rostro, John no pudo determinar si Max estaba o no bromeando. Sabía que Heit era un tanto peculiar, era consciente de ello, pero no creía que fuese a hacer nada, además sabía respetar un contrato. Max se sentó en la cama y suspiró.

—Se ha pirado.

—¿Lena?

—Sí. Heit dice que volverá.

—Lo hará, aunque solo sea a recoger sus cosas —y no pudo evitar cierto tono de desencanto.

—¿Estudiabas? —dijo de pronto percatándose, que a lo mejor le había interrumpido.

—No, lo intentaba, pero...

—Ya.

Pasaron aún un par de horas antes de que ella regresara. Lo hizo en

silencio, cabizbaja, entró en el piso arrastrando los pies y se dirigió al salón, donde todos se encontraban. Había estado llorando, sus ojos estaban enrojecidos y todo el rostro acalorado. Max quiso decirle algo, pero supo de inmediato que no podría encontrar las palabras adecuadas, así que calló.

Después de cenar, poco a poco la casa se fue quedando tranquila, los chicos fueron desapareciendo hacia sus habitaciones y cerca de la media noche, solo Lena estaba en el salón. Se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo, que había sacado de un paquete que había encontrado en un cajón. Había escuchado eso de que una decisión puede marcar el resto de tu vida y ella, estaba segura que la que había tomado esa misma tarde, para bien o para mal, sería un antes y un después en su persona.

Se acurrucó bajo la manta y perdió la mirada más allá de la ventana, fuera llovía pero ahí, sentada en ese sofá acompañada del humo del cigarro, se estaba bien. Sabía que el precio a pagar era tener que complacerles, cumplir sus deseos... Lena se estremeció al pensar en Heit.

Apagó el cigarrillo y dobló la manta para dejarla en el respaldo donde la había encontrado y se fue a su habitación. Rebuscó en su bolsa hasta dar con una camiseta limpia y, a pesar de que imaginaba que ellos dormían, se cambió de ropa fuera del ángulo de visión. Ya en el baño, se lavó e hizo sus necesidades, algo que sin duda, no iba a poder hacer con la puerta abierta si ellos estaban por la casa.

A la mañana siguiente Heit se levantó temprano, saltó de la cama con las energías renovadas y, por que no reconocerlo, poder darse una ducha el primero. Al pasar frente la puerta de Lena ella no estaba allí, dudó un instante, pues no se escuchaban ruidos en el resto del piso, sonrió, por un lado satisfecho de haber acertado con ella, por el otro decepcionado de no haber sacado nada más que una mamada. Aunque ya era más, de lo que podrían decir sus amigos.

—Buenos días amo Heit —le saludó Lena saliendo del baño justo cuando él se disponía a entrar.

Heit se sorprendió al verla, la siguió con la mirada hasta que la perdió cuando entró en la cocina. Sacudió la cabeza confundido, nunca se equivocaba con la gente, solía calarla a la primera y estaba seguro que Lena no soportaría la presión, ¿qué hacía aún en el piso?

—¿Entras o entro? —preguntó John plantándose frente a él.

—¡Joder! Pensaba que era el primero en levantarme.

—Hoy todos hemos madrugado.

—Ya veo ya, eso de tener mascota nos afecta...

—Que gilipollas eres —gruñó Max tras él.

—El que faltaba —Heit entró y les cerró la puerta en las narices.

—Pues nada... me ducho después —dijo John que se encaminó hacia la cocina, donde empezaba a oler a café— ¡Buenos días!

Desayunaron con rapidez y sus amigos salieron hacia sus respectivos trabajos. Era una sensación extraña, rozando lo irreal, tenerla ahí, saber que estaba en la casa, saber que... John se tiró en la cama con las manos enlazadas en la nuca, quería dejar de pensar pero no podía. Le intrigaba saber, qué la había llevado hasta esa situación y a la vez prefería no conocerla. Los chicos se habían marchado, pero él había decidido quedarse, ¿por qué? Suspiró y se levantó sobre el colchón.

Tras la puerta se escucharon pasos y los suaves golpes de nudillo, antes de que Lena preguntara si podía pasar. John se tensó no sabía aún, qué era lo que pretendía de ella, lo que quería, lo que deseaba...

—¿Querías algo? —preguntó John haciéndola pasar y cerrando la puerta.

—Supongo que no...

—Si necesitas cualquier cosa... —se volvió a ofrecer él, pero ella negó con la cabeza.

La habitación de John estaba pared con pared con la suya, y era exactamente igual, la misma distribución, aunque la de John estaba ligeramente decorada. En una de las paredes lucían perfectamente colocados un sinfín de libros, y sobre el cabezal de la cama, habían colgadas algunas fotografías de lo que supuso era su familia.

—Podemos ir a por tus pertenencias, si quieres.

—Sí, estaría bien.

—Pasaremos por la facultad entonces y cogeré algunas cosas que me hacen falta —comentó John, Lena simplemente asintió algo ausente—. Todo bien, ¿verdad?

—Sí.

John la miró y ella a su vez le miraba a él. Era guapa, no podía negarlo, su cabellera iba aclarándose a medida que se acercaba a las puntas, llevaba el pelo hasta media espalda, y sus ojos traspiraban inocencia, aunque según Max, inocente era más bien poco. Estaba algo delgada para su gusto, lo que la hacía parecer aún más niña. O puede que él ya fuese algo mayor.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó para poder así matar su curiosidad, y porque no decirlo, temor.

—Veintidós.

John siguió observándola con detenimiento, Lena aguardó sin moverse plantada en medio de la habitación. No pudo evitar que su mirada se desviara a la entrepierna de él, que se notaba abultada bajo los vaqueros. No le había gustado cómo la había tratado Heit la noche anterior, y sin duda tenía miedo de lo que pudiera hacerle el salvaje de Max, pero sentía curiosidad por John. Mucha. Tragó saliva con dificultad, estaba nerviosa a la par que expectante, él

no apartaba la mirada de ella, como si examinara la mercancía y eso empezó a calentarla.

—¿Quiere que haga algo... «amo»?

—¿Amo? Eso suena ridículo... —contestó él acercándose un paso a ella y alzando una mano, acarició con la yema del dedo la curva de su mandíbula— Yo prefiero que sigas llamándome John.

—Está bien —dijo con dificultad, pues su respiración empezó a agitarse, sobre todo cuando ese dedo acarició su cuello y bajó hasta el borde del jersey—. ¿Quieres que haga algo, John?

—No... —dudó, no quería hacerlo, estaba mal, pero verla ahí tan sumisa le estaba volviendo loco— Sí —rectificó entonces—, ¡joder! —exclamó—, Lena todo esto es... una puta locura. ¿Estás bien? —volvió a preguntar, ella asintió con un gesto— Puedes parar todo esto cuando quieras —le recordó.

John deslizó ambas manos por su costado hasta alcanzar el borde de la gruesa prenda de lana, sin que ella diera muestra de impedirselo, y con los ojos imantados en los suyos tiró hacia arriba, ella se movió lo justo para ayudarle a desnudarla. Llevaba un sostén blanco con una pequeña tira de blonda decorando la copa, la verdad es que no era muy erótico, pero no importó. John estaba ya encendido, muy excitado ante la perspectiva.

—Eres preciosa —le susurró acercando los labios al lóbulo de su oreja.

Aprovechó para besar su cuello. Pudo notar como la piel de su cuerpo se erizaba y toda ella se estremecía. Con gran agilidad, la despojó de esa prenda blanca que cubría sus pechos y se deleitó con la visión de sus pezones erectos que pronto atrapó entre sus dientes, primero uno, después otro... Los dientes de John ejercían el punto de presión justo para hacerle sentir algo de dolor y placer a la vez. Era una locura, pero no podía dejar de jadear. De un firme empujón, la lanzó sobre la cama y sin perder tiempo arrancó de un tirón sus

pantalones, dejándola prácticamente desnuda, a excepción de las braguitas.

John luchó consigo mismo, todo eso parecía irreal, demente, no se conocían, no sabía nada de ella, no quería saberlo, pero él era su dueño, y verla ahí tumbada, con las mejillas sonrosadas por el placer y los ligeros suspiros que escapaban de entre sus labios... Eso era demasiado. Se tumbó a su lado y acarició su cuerpo, era suave, templado, y temblaba a medida que él intensificaba las caricias. Era todo un espectáculo. No era la primera vez que acariciaba un cuerpo femenino, pero ese momento tenía un componente altamente erótico que no había encontrado con ninguna otra mujer, y ese era que Lena le pertenecía. No del modo romántico, sino que era su posesión, y sin saber muy bien porqué, eso le excitaba. Ella era suya, bueno suya y de sus dos amigos.

Introdujo poco a poco la mano bajo la tela de la ropa interior y, abriéndose paso entre los labios, buscó su clítoris que se afanó en acariciar. Lena hacía ya rato que había perdido el mundo de vista. Estaba mojada, la humedad empapaba sus muslos y ahora también los dedos de John. No sabía si podía correrse, en el contrato ponía que tenía que pedir permiso para hacerlo, pero en una de esas caricias no lo pudo evitar. Llevó ambas manos a su boca para silenciar los gritos de placer pero aun así, estos inundaron la habitación. John sonrió satisfecho.

—Lo siento —se disculpó embargada por una profunda culpabilidad, a pesar de haberlo intentado no había podido retener el orgasmo.

—Tranquila, no pasa nada —susurró él todavía tendido a su lado.

—Yo... es que...

—Sssshhh —la hizo callar poniendo un dedo en sus labios— Está bien así, me ha encantado.

Lena se sintió avergonzada, por no haber sido capaz de cumplir. Pero John a su lado parecía totalmente relajado, a pesar de que él no había terminado, de hecho no había ni empezado. Lena se dio cuenta de que jamás se había corrido con tanta facilidad, era la primera vez que un hombre era capaz de catapultarla

con tanta agilidad al mundo del placer. Cuando pudo reaccionar, llevó una de sus manos a la entrepierna de él, pero John detuvo su conato de caricia antes de empezar.

—No hace falta.

Y buscó sus labios para depositar en ellos un beso.

—Pppero...

Él sonrió, se levantó de la cama y tirando de su mano hizo que ella hiciera lo mismo, la observó una vez más con esa media sonrisa socarrona plantada en el rostro, enarcó una ceja satisfecho. Ella seguía de pie, frente a su cama, con los brazos cubría un poco su desnudez y había bajado la mirada al suelo. Verla tan entregada, no hacía más que acrecentar sus ganas de poseerla, así que haciendo un gran esfuerzo de contención recogió su jersey del suelo y se lo lanzó.

—Ves a ducharte —le ordenó.

La mañana con John pasó relajada y distendida, recogieron todas las pertenencias del piso de Vicky y antes de regresar al apartamento, pararon para comer. Como ya había intuido, John era totalmente encantador. Diferente a todos los hombres con los que había intimado, que solo se preocupaban de ellos mismos y de nadie más, John no, no era así. Una vez en el apartamento se dispuso a empezar a colocar sus cosas en su nueva habitación, esa por la que no pagaba dinero, pero sí un alto precio, aunque ella aún no era del todo consciente de ello.

Max llegó y como siempre, cuando él entró por la puerta, la tranquilidad se esfumó por la ventana. Era ruidoso, mal hablado y parecía carecer de

modales. Lena lo miró horrorizada cuando irrumpió en su habitación y sin mediar palabra, la agarró con fuerza del pelo e hizo que se arrodillara frente a él. El resto fue historia. Gruñó como un animal justo en el momento de mayor placer, y una vez terminada la faena soltó una honda carcajada, parecía complacido con el rato que habían pasado juntos.

—Joder nena, en serio, yo me voy a acostumbrar a esto...

Lena no dijo nada, permaneció quieta, de rodillas en el suelo esperando a que él diera alguna orden. Max se sentó en el borde de la cama y palmeó a su lado para que ella lo acompañara, cosa que hizo de inmediato. La observó un momento, aún se sentía extasiado por el orgasmo. No había sido ni de lejos, la mejor mamada que le habían hecho, pero había tenido algo... y es que el poder que sentía sobre ella, le volvía loco. Llevaba todo el día en el trabajo pensando en Lena, en lo que quería hacerle, en qué ordenarle, saberse su «dueño» no hacía más que aumentar su libido. Nunca había sido muy amante de los temas de sado y demás, pero reconocía que, el saberse con el control, le excitaba de sobremanera y a la vez le asustaba y desconcertaba.

—¿Eres mi perrita? —inquirió en un susurro, se sentía ridículo, pero se estaba empalmando con eso.

—Ssssí.

—Dilo —exigió.

Lena tomó aire, tentada estuvo de mirarle a la cara, pero algo se lo impidió, seguramente la vergüenza. Así que descendió la mirada y la clavó en la punta de sus pies.

—Soy tu perrita.

—Me encanta —clavó los labios en el hueco de su oído de un modo que él

pensaba que era erótico, pero que para ella fue molesto y hasta doloroso.

Antes de poder alcanzar la puerta del baño se cruzó con John, él sonrió y a Lena no le hizo fala mucho más. Después de lo de esa mañana, de lo atento que había sido con ella, de lo encantador que era... y porqué no decirlo, necesitaba quitarse el mal sabor de boca que le habían dejado sus dos compañeros, pues cada uno en su estilo ya le habían mostrado qué era lo que podía esperar de ellos. Pero John era diferente. Así que, a pesar de la duda inicial, Lena se escabulló al interior de su habitación. El resto fue historia.

Max vio desde el extremo del pasillo como Lena salía de la habitación de John y cruzaba medio desnuda, hasta el baño. La puerta se cerró para segundos después volverse a abrir, desde el interior pudo escuchar como la chica maldecía por tener que dejar la puerta abierta. Max sonrió y no pudo evitar correr a la habitación de John para saber qué había pasado, pero cuando estaba a punto de llegar la puerta se abrió y ambos chicos a punto estuvieron de colisionar, lo que habría tenido consecuencias nefastas para John, ya que era la mitad que Max.

—Te la has follado —y a pesar de que pretendía que fuese un susurro, Max siempre empleaba un tono de voz bastante fuerte.

—Ssssh —chistó mirando hacia el baño, Lena se había metido dentro de la ducha y había corrido la cortina—. Tenemos que poner una mampara de esas de cristal.

Max miró hacia el interior de baño y asintió, siguió a su amigo hasta la cocina, lo observó paciente sacar una lata de la nevera, después de haber pasado unos segundos interminables eligiendo qué quería beber.

—Pero diiiiiimeeeeeeee....

—No... no me la he follado, habíamos quedado que ninguno lo haríamos hasta hacernos las pruebas.

—Pues la tía ha salido con una cara de placer que...

—Hay otras maneras de complacer a una chica, deberías probar.

—Uy qué pereza, eso era antes cuando tenía que procurar quedar bien.

—Eso de los preliminares no es lo tuyo.

—¿Cenamos o qué? —dijo Heit entrando en la cocina— ¿Dónde está Lena?

—Se está duchando.

—Pues tengo hambre... que prepare algo —dijo saliendo hacia el salón.

Max y John se miraron pero no dijeron nada, aunque sabían que pensaban lo mismo, Heit no le iba a poner las cosas fáciles a Lena, estaba claro.

Capítulo 3

Los primeros rayos de sol empezaron a colarse insolentes por la ventana, haciendo que Lena tuviera que girarse para que no impactaran directamente sobre su rostro. Estaba cansada y no se quería levantar. No había pasado buena noche y notaba como sus músculos estaban agarrotados y su cabeza algo embotada. Pero el despertador sonó. Sacó la mano de debajo de las mantas para apagarlo y por poco se le cayó el teléfono al suelo. Gracias a John, hacía unos días que había recuperado la línea, mucho mejor si tenía que llamar por algún trabajo.

Tiró de su camiseta y la dejó caer sobre la cama revuelta y rebuscó en el armario algo que ponerse. Max la vio desde el pasillo parada frente a su armario, ataviada tan solo con la ropa interior, mientras su mirada se había perdido en las profundidades de su ropero.

—¿Has llegado ya a Narnia? —bromeó plantándose en su puerta.

—Estoy en una difícil encrucijada, vaqueros blancos o negros.

—Con el blanco se te transparenta el tanga, pero el negro te hace un trasero que...

Plantó ambas manos en las nalgas de ella y las manoseó un poco. Lena apenas se inmutó, después de los primeros días en donde su brusquedad la cogía siempre por sorpresa, ya se había ido acostumbrando a esas muestras de cariño que, algún día, terminarían con ella en el hospital. Pues si de algo carecía Max era de delicadeza. Pellizcó su piel hasta hacerla enrojecer ligeramente para después agarrarla por las caderas y acercarla hacía él, clavándole así su erección.

—Eres mi putita —susurró— y tengo muchas ganas de que nos metamos en la cama y no salgamos de ella —gruñó apretando con más fuerza su agarre.

Así era él y Lena se dejó hacer. A Max le gustaba mostrar que tenía el dominio, que era él quien mandaba y ella la que obedecía sin rechistar. Le excitaba que Lena le llamara señor o le pidiera permiso para hacer las cosas, disfrutaba exhibiendo su poder. En la cama había resultado ser el más conformista de todos, sexo salvaje corto pero contundente. Algún que otro moratón por sus brutales caricias, pero en el fondo se notaba que era un buen chico.

—Creo que prefiero que te pongas falda —susurró acariciándola con su aliento— y sin ropa interior.

Lena asintió y cuando le dejó un poco de espacio deslizó la prenda íntima hasta el suelo y una vez fuera, cogió un vestido para ponérselo y sobre él, un fino jersey.

Se giró sobre sí misma para ver si Max aprobaba su elección, y este le hizo saber su conformidad con un silbido seguido de una fuerte nalgada.

—Haz el desayuno.

—Voy.

Era viernes. Le gustaban los viernes porque eran tranquilos, y porque John solía quedarse en casa para estudiar, al menos así había ocurrido los tres viernes anteriores. Sonrió ante la idea de pasar la mañana a su lado. Cogió la cafetera y preparó el café, y justo cuando estaba dejándolo sobre la barra entró él, arrebatadoramente atractivo como siempre, pero con esa mirada de desprecio que le dedicaba cada mañana. Heit era único para incomodarla. No solo con sus miradas, también con sus palabras, sus gestos y su forma de humillarla. Si algo excitaba a Heit, era ejercer todo su poder y control, hacerla

sentir un mero objeto, a veces ni sexual, simplemente algo de su posesión y que podía usar cómo y cuándo gustara.

—Ya sabéis lo que opino de que los animales coman en la mesa —soltó cuando entró John.

—Lo sabemos —respondió sin hacerle el menor caso. Se dirigió directamente a Lena y la besó en los labios, algo que había hecho cada mañana—. Buenos días.

—¿Qué tengo que hacer para que a mí también me saludes con un beso? —Max entró como una apisonadora.

—Seguramente hacer que se corra —apuntilló Heit sin levantar la mirada de la *tablet*.

—Ah claro... ppfff que pereza ¿no? —susurró mirando a su amigo— Casi que pasamos de besos.

Lena cogió la cafetera y la retiró del fuego, se sintió fuertemente tentada a arrojársela a la cabeza a ese imbécil, pero en vez de eso se obligó a respirar, calmarse y servirle el desayuno.

—Que capullo —le dijo John con una sonrisa—. Bueno, tomo café y me voy —anunció.

—¿Te vas? —Lena no pudo evitar preguntar.

—¿!Perdona!? ¿Qué forma de dirigirte a tu dueño es esta? —gruñó Heit casi fuera de sí.

Lena bajó la mirada ante la reprimenda, tenía razón, había sido muy irrespetuosa, pero la noticia de que ese viernes John no estuviera en la casa la había cogido por sorpresa. John soltó una risotada viendo la tristeza de Lena, dejó el café en la encimera y se acercó a ella para depositar un beso en su mejilla.

—Tengo que ir a la facultad —le anunció—, pero mejor ¿no? Así tienes la mañana libre para buscar trabajo.

—La estáis mal criando —se quejó Heit cuando John pasó por su lado para salir—, y cuanto mejor te traten ellos —le advirtió a Lena agravando el tono de su voz— peor voy a hacerlo yo. ¿Crees que esto ha sido difícil hasta ahora? Yo te voy a enseñar lo que es ser una perra bien adiestrada.

Las palabras de Heit le helaron la sangre, y así se quedó, quieta, plantada en medio de la cocina, sin saber muy bien qué hacer. Heit conseguía asustarla, porque sabía que nunca hablaba en balde, que lo que decía lo cumplía, y cuando amenazaba no solía echarse atrás. Por eso Lena tenía sumo cuidado en hacerlo todo bien ante su presencia. Obedecerle, nunca mirarle a los ojos, ser en definitiva, una chica sumisa y obediente.

La nalgada de Max la hizo reaccionar.

—Joder, debería pedirme vacaciones —gruñó con su profunda voz— es imposible que me concentre en el trabajo sabiendo lo que me espera en casa —se acercó a la chica y deslizó la mano desde la cara interna de su muslo hasta llegar a su entrepierna, sonrió al notarla caliente y sin la molesta capa de la ropa interior—. Tengo que irme, pero llegaré antes de comer.

John vio desde el salón como Max salía de la cocina para ir a por su mochila, llevaba una sonrisa de oreja a oreja, seguramente la perspectiva de pasar toda la tarde con ella, era lo que tenía a su amigo tan contento. No así Heit, que parecía más osco cada día. Terminó de guardar un par de libros en su cartera y comprobó que llevaba la documentación antes de salir del apartamento, seguido de Heit, y poco después Max. La casa quedó sola y el silencio la envolvió.

Lena terminó de recoger los vasos del desayuno, mientras paseaba de manera lánguida por el apartamento. Los primeros días en cuanto ellos se

hubieron marchado, había salido corriendo de allí, necesitaba salir a la calle, sentir el aire fresco, caminar por las calles y llorar. Llorar tranquilamente mientras sus pasos la llevaban por toda la ciudad. Dejó currículos, habló con dueños de bares y cafeterías, recorrió el centro comercial tienda a tienda. Pero después de esas más de tres semanas empezaba a desesperarse. Su acuerdo finiquitaría cuando ella pudiera pagar su parte del alquiler, necesitaba casi desesperadamente, un trabajo.

Max llegó al medio día. Había pedido a una de sus compañeras, que le sustituyera la última hora, alegando que tenía un asunto familiar urgente que atender. No comió, y fue directo a casa, pero al llegar, la encontró vacía. Miró en su habitación, pero Lena no estaba, y no pudo evitar que el enfado creciera dentro de él. Después de una hora parecía un animal salvaje recién enjaulado. Caminaba de un lado al otro del salón, empujando los muebles o las cosas que osaban interponerse en su frenético caminar.

El sonido metálico de unas llaves hizo que un gruñido se escapara de su garganta, quedó de pie, en medio del salón mirando en dirección a la puerta.

—¿Dónde cojones estabas! —vociferó nada más verla aparecer.

—Lo siento —se apresuró a decir ella— salí y... y...

Pero las palabras quedaron cortadas cuando de dos grandes zancadas Max se situó frente a ella.

—¿Qué es esto? —preguntó tirando de los leotardos que cubrían sus piernas— creí haberte dicho que con falda y sin ropa interior.

—Bueno... —empezó ella no muy segura de si continuar— en realidad llevo falda y voy sin braguitas es solo que...

No terminó de hablar cuando Max la agarró con fuerza por la muñeca y la

arrastró hasta la mesa donde la empujó con fuerza, dejando su cuerpo aplastado sobre la dura y fría madera. Estaba muy enfadado, y, aunque no quisiera reconocerlo, celoso. John había sabido ganarse su cariño, y Heit su respeto, pero él... él no había logrado nada con ella. Cuando se dio cuenta tenía una mano en medio de su espalda y la empujaba contra la madera con extrema violencia, ella parecía resistirse, se movía intentándose soltar, insubordinación, eso no se lo haría a ninguno de sus dos amigos, y ese pensamiento le encendió aún más. Golpeó con tanta fuerza su nalga derecha que Lena se quedó inmóvil presa del terror.

—Me has desobedecido —gruñó con los dientes apretados.

Lena luchaba por no perder el equilibrio, pues en esa posición solo la punta de los pies eran lo que le hacía mantener el contacto con el suelo. Él clavó las uñas en medio de la costura de esos horribles leotardos y tiró con fuerza para desgarrarlos, soltó un poco su agarre y se desabrochó el pantalón, lo justo para poder liberar su polla y se clavó en ella de una sola y ruda estocada. Lena gritó, por la sorpresa y el dolor, pero eso no le importó al chico, que siguió con sus brutales acometidas. La alzó por las caderas evitando así que ella rozara el suelo, ahora él la mantenía suspendida, y ella estaba totalmente a su merced. Se movía como loco a su espalda, más duro, más rápido, más profundo, estaba enloqueciendo con eso.

—¿Quién es tu dueño? —gritó en pleno éxtasis.

—Usted amo —susurró Lena que apenas podía respirar.

—Soy tu amo —siguió él— yo soy tu amo, dilo perrita, yo soy tu amo...

—Usted es mi amo —chilló ella entonces a plena voz.

Eso fue demasiado para Max que con un gruñido gutural se corrió en su interior. Aún tardó un poco en apartarse de ella, cuando lo hizo la observó, despeinada y con las mejillas húmedas pero sonrosadas, la miró a los ojos y

ella descendió la mirada. Al menos ahora sabía quién mandaba.

—Dúchate.

Ella asintió y se perdió por el pasillo en total y absoluto silencio. Así era como debía ser, pensó él satisfecho con su actuación.

—Joder, que hambre.

Lena caminó renqueante hasta la puerta del baño. Max había sido más rudo de lo normal, mucho más salvaje y despiadado, con ese polvo le había hecho daño tanto por los azotes, como también con las primeras embestidas, pues ella no estaba receptiva en un principio, pero casi sin pretenderlo ni entenderlo, se había excitado al final. Sus duras acometidas, sus rugidos guturales, esa tensión, la sensación de haber perdido la voluntad... Lena sintió como de nuevo nacía el calor entre sus piernas y se obligó a desterrar esos pensamientos de su cabeza. Tenía que salir de esa casa o terminaría volviéndose loca. Dejó que el agua caliente arrastrara todo lo que la angustiaba en ese momento, se dejó caer por los baldosines hasta quedarse sentada en la porcelana, mientras el agua seguía empapándola. Cerró los ojos y no pudo evitar ponerse a llorar de nuevo. Era una maraña de sentimientos encontrados, por un lado, odiaba el trato al que había llegado con esos chicos, odiaba ser su puta, porque no dejaba de ser eso, su ramera, y sabía que eso estaba mal. Pero tenía un «pero» que la estaba torturando, y no era otra cosa salvo que a veces, disfrutaba con ellos. Al menos su cuerpo lo hacía, se excitaba, se encendía y muchas veces, le costaba mantener el control. Había momentos en que era como si se escindiera y su alma abandonara su cuerpo, como si flotara, era una sensación que no había experimentado nunca antes y que le gustaba, tanto que le daba miedo no poder poner fin a eso. A veces todo su cuerpo era puro placer, y eso le encantaba. Nunca había disfrutado tanto con el sexo como esas últimas semanas, y eso estaba angustiándola aún más. Pero pensar en ellos, en el sexo, no saber nunca dónde y cuándo, de qué manera...

ser arrinconada en cualquier lugar de la casa, a veces era un polvo rápido, otros podían demorarse horas. Se estaba volviendo loca.

John entró al apartamento, era casi media tarde, de lejos se escuchaba el sonido del agua correr, y desde el salón las voces que provenían del televisor. Dejó su bolsa al lado de la puerta y dirigió su rumbo hacia el baño, la puerta estaba abierta así que, en su interior solo podía encontrarse Lena. Entró sin decir nada y descorrió la opaca cortina, tenían que comprar al menos, una que dejara entrever el cuerpo de la chica. Lena seguía sentada dejando el agua correr, pero había llevado una de sus manos a su húmeda entrepierna y en esa posición, algo indecorosa, había empezado a acariciarse. John se sorprendió y se excitó al instante, no le hizo falta nada más, verla ahí mientras buscaba su propio placer fue suficiente para que una parte de su cuerpo reaccionara sin control. Lena no supo que el chico la observaba, hasta que este emitió un sonido ahogado seguido de un bufido.

—¡John! —se sorprendió ella y apartó rápidamente las manos de su sexo.

—No pares —le exigió con voz encendida.

Lena dudó un instante, pero no tuvo que hacer que John se lo pidiera dos veces, volvió a descender sus manos y a buscar su clítoris para acariciarlo, ahora sí con pasión. John empezó a masturbarse mientras miraba como ella a su vez también se tocaba, y en su rostro se empezaban a vislumbrar los primeros signos de placer. Era preciosa, ahí desnuda, jadeando, empapada por el agua y sus propios fluidos, acariciaba su centro de placer con verdadera maestría y supo, por su respiración que estaba próxima al orgasmo.

—Aún no —ordenó.

Lena aflojó un poco el ritmo pues estaba tan encendida que sabía que no podría aguantar mucho más. John seguía tocándose, su rostro transmutó y en sus ojos se deslizó la sombra del placer. Lena supo que él también estaba

cerca y así se lo hizo saber él, cuando le ordenó que se corriera, que gimiera para él. Lena no solo cumplió sus órdenes, sino que en pleno éxtasis susurró su nombre con un hilo entrecortado de voz. John se corrió sobre ella, y cuando abrió los ojos la vio sonreír.

—Joder Lena... vas a volverme loco —le confesó aún aturdido por el orgasmo.

La observó un instante más, antes de salir apresuradamente en dirección a su dormitorio. Se cruzó con Max, o eso creyó, pues debía reconocer que estaba tan confuso que no era consciente de nada. Max lo miró a su vez con curiosidad, dudó si seguirlo, pero cuando Lena salió del baño supo a que se debía el «atontamiento» de su amigo. Lena se sorprendió de verlo y descendió rápida la mirada hacia el suelo y pasó por su lado deprisa, para meterse en la habitación. El chico rebufó con molestia, pasó las manos por su media melena y volvió a resoplar, algo que solía hacer muy a menudo cuando estaba molesto con algo o, como en ese caso, cuando sabía que se había equivocado.

Se había comportado con ella como un verdadero imbécil, dejándose llevar por el mal humor y lo había pagado con ella.

—¿Estás bien? —le preguntó desde el quicio de la puerta.

—Sí amo.

Esa palabra le dio escalofríos en ese momento.

—No... no hace falta... —dijo él negando con la cabeza— Oye Lena... lo siento, estaba cabreado, no te he hecho daño, ¿verdad? —Ella negó—. Mejor... —resopló algo más aliviado—. Con John ¿bien? —y ella no pudo evitar una sonrisa que a Max le dolió, debía reconocerlo—. Claro —siseó entonces molesto—, con él siempre va bien —dijo sin poder evitar que en su voz se mezclaran los celos y el enfado.

Lena fue consciente del cambio en Max, era un tipo de contrastes, como había supuesto el primer día, ladraba mucho sin embargo era, quizás, el más inofensivo. Y esas semanas no habían hecho más que confirmárselo. Lena seguía en ropa interior frente las puertas abiertas del armario, Max la miró unos segundos más y desapareció. Ella aguardó un poco y cuando todo estuvo en calma, se vistió.

Esa noche cuando Heit llegó, ya todos habían cenado. El trabajo se le había complicado y por si eso fuese poco, un accidente había ocasionado que pasara más del doble del tiempo de lo habitual, en la carretera. Tiró su chaqueta sobre el sofá y se dejó caer en una de las dos butacas, estaba cansado, miró a su alrededor, Max jugaba a la *Playstation* y tan siquiera alzó la mirada para saludarle.

—¿Ya te la has follado hoy? —preguntó, aunque en realidad, no le importaba nada lo que habían estado haciendo con la chica.

—Aja... Sí, ¿por?

—Curiosidad, ¿hay cena?

—La hay amo —respondió Lena a su espalda.

—¿Y a qué esperas para traérmela?

Max esperó a que Lena se alejara, puso en pausa su juego y se acercó a Heit.

—¿Vas a ser siempre tan gilipollas con ella?

—No es mi novia, ni la tuya y tampoco la de John, creo que los dos habéis olvidado qué hace aquí...

—Sé lo que hace aquí, eso no quita que no puedas tratarla un poco mejor.

—Yo firmé un contrato donde especificaba que podía follármela,

humillarla, y hasta castigarla si lo creía necesario, en ningún momento leí que tuviera que hablarle bien o ser simpático con ella.

—Pero...

—El problema lo tenéis vosotros, os estáis confundiendo y la confundís a ella...

Max se retiró de la discusión, cuando Lena entró en el comedor pero no había dicho la última palabra, ni mucho menos. Conocía a Heit desde hacía muchísimos años, eran buenos amigos desde el instituto, pero siempre le había disgustado el aura oscura que le envolvía, esa alma negra que parecía poseer. Cuando eran unos adolescentes esa mente retorcida le fascinaba, pero ahora con la edad, solo veía en eso un verdadero problema. Heit no había tenido ni una sola relación, solo le preocupaba su trabajo, como él mismo decía, todo se podía comprar y vender, no arriesgaba nada si no sabía que lo tenía ganado de antemano, si los riesgos eran mayores que los beneficios, directamente no jugaba. No le gustaba perder. Nunca lo hacía.

Heit clavó su mirada en Max, sabía perfectamente que ese grandullón bocazas no había terminado, era la clase de tío que moría por la boca, parecía un tipo duro, pero cualquiera se lo podía merendar, en el fondo, era un blando. El truco estaba en hacerle creer que él estaba al mando.

Desde la cocina, Lena fue testigo de ese duelo, palabras cruzadas y pudiera ser que cierto rencor acumulado con el paso de los años, de eso no podía estar segura, pero si algo sí sabía, era que ella podía convertirse en esa moneda de cambio por la que todo fuese a estallar. Si ella había cometido un error al firmar ese contrato y dejar que esos tres hombres manejaran su vida y su cuerpo, ellos habían rubricado la que sin duda sería, la sentencia de muerte a sus años de amistad.

La noche transcurrió irrealmente tranquila. Lena nunca conseguía conciliar del todo el sueño los domingos por la noche, pues sabía que Heit sería el primero en usarla. Desde que había firmado ese contrato, todos los lunes, sin excepción, Heit llegaba tarde al trabajo. Y ese lunes, no fue diferente, él se metió entre sus sábanas con urgencia, y sin esperar invitación, ni tan siquiera un tácito consentimiento, se introdujo dentro de Lena sin ningún preliminar. Un

polvo rápido, duro y sin una sola pizca de cariño o suavidad, una muestra más de lo que obtenía de él. Los primeros días Lena intentó participar en ese acto sexual, pero pronto comprendió que eso solo hacía enfurecer a Heit. Entendió que era mejor estar quieta y dejarlo hacer. Era como si ella no estuviese allí. Era extrañamente molesto, pero solo eran los lunes. Ni siquiera le daba los buenos días, o le decía una sola palabra, simplemente se metía bajo sus sábanas, entre sus piernas, se corría y después la dejaba allí sin más.

Esa mañana en concreto, le fue más difícil de aguantar. Podía ser por la mala noche que había pasado, o porque él estuvo más brusco de lo normal. Lo cierto era que, cuando él salió de la habitación, a Lena le costó un poco recuperar el aplomo. Lloró en silencio mientras se cubría el cuerpo con la ropa y tuvo que hacer un gran esfuerzo, para que las lágrimas dejaran de surcar sus mejillas.

Puso la cafetera en el fuego y sacó de uno de los estantes una caja donde habían guardado las galletas del desayuno. El primero en aparecer fue Max, su gran bostezo parecía que lo iba a partir en dos, Lena sonrió amargamente ante ese estúpido pensamiento.

—¿Galletas? —preguntó rascándose de manera casi compulsiva uno de sus brazos— Compra magdalenas.

—De acuerdo —susurró y dudó si añadir el «amo» o «señor» como él solía pedirle, pero aguardó a esperar su reacción, que no llegó.

—Buenos días —dijo John entrando con su habitual buen humor.

Lena aguardó con disimulado entusiasmo el beso, ese que cada mañana depositaba él delicadamente sobre sus labios, y cuando llegó, intentó atesorar cada sensación que este le provocaba.

—Me largo —Max embutió las dos últimas galletas en su boca antes de salir—, hazthar lah nosche —y miles de migas salieron despedidas cual proyectiles desde su boca.

—Cerdo —gruñó Heit entrando en ese momento— tienes menos modales que un mono del zoo.

—Y el mismo pelo —rio John divertido.

—Que os jodan.

—Esta noche seguiremos —dijo Heit a Lena, y su tono fue cercano a una amenaza, o así lo sintió ella— es una pena que no pueda quedarme, hoy tengo ganas de hacerte llorar.

No hacía falta ser demasiado perspicaz, para saber que no se refería a lágrimas de placer.

Su malestar fue en aumento a medida que transcurría el día. La sensación de mareo, de flotar en una nube, o puede que mejor fuese decir de ser zarandeada en un barco a la deriva. No consiguió comer apenas nada, intentó dormir un poco, pero le fue imposible, y su cuerpo cada vez se resentía más, como si acabara de correr una carrera. Cuando llegó Heit todo fue a peor.

La tarde había ido cayendo lentamente dando paso a un gélido atardecer. Max introdujo la llave en la cerradura, intentó hacer el menos ruido posible, algo impensable con esa puerta metálica y corroída por el tiempo. Dejó la chaqueta en el perchero y caminó sigiloso hacia su habitación, pero cuando iba a entrar se paró de golpe, no sabía dónde habría elegido Heit celebrar su «maratón», eso de compartir habitación era una auténtica basura. Pegó la oreja a la madera a ver si escuchaba algo, cerró los ojos como si así pudiese oír mejor, y dio un grito cercano al pánico cuando una mano le golpeó en el hombro.

—¿Qué haces?

—¡Joder! Casi me matas... Intentaba saber si ya habías terminado.

—He terminado —pasó las manos por su pelo mojado, y ajustó mejor la toalla que llevaba sujeta a la cintura—. Tío, ¿me dejas pasar? Voy a congelarme.

—¡Perdona! —reaccionó Max apartándose de la puerta— John no viene a

cenar, puede que ni a dormir, me ha llamado hace un rato... —observó como Heit dejaba caer la toalla y empezaba a vestirse— ¿Pido comida china? Me apetecen rollitos.

—Vale.

—Está bien.

Max salió en dirección al comedor, metió por curiosidad la cabeza en la habitación de Lena, pero no estaba allí. Cuando entró en el salón con los ojos ya puestos en el cajón donde guardaban las publicidades de los restaurantes más cercanos, algo llamó su atención.

—¡Lena!

Hecha un ovillo estaba ella en el sofá.

—Joder —gruñó Max desconcertado de verla desnuda y tiritando— ¡Eh! ¿Estás bien? —preguntó sentándose a su lado y poniendo la mano sobre su espalda— mierda, estás ardiendo.

Tiró de ella un poco, pero parecía no reaccionar, o no del todo. Se arrodilló al lado del sofá y cogiéndola por las mejillas buscó su mirada, perdida en un punto inconcreto y lejano, puede que incluso fuera de ese salón.

—Tssss —chistó— Nena... soy yo, Max, ¿me oyes? —se percató entonces no solo de las marcas que decoraban sus muñecas y tobillos, sino del enrojecimiento de algunas partes de su cuerpo, como sus nalgas, la cara interna de los muslos o en los pechos— ¡¡HEIT!! —gritó con fuerza mientras cargaba a Lena entre sus brazos.

—¿Se ha dormido? —inquirió el aludido entrando en el salón ya

pulcramente vestido y peinado.

—¿Sé puede saber qué le has hecho? ¡Está ardiendo! ¿No te has dado cuenta que tiene fiebre?

—¿Fiebre? Pensé que le ponía cachonda que la ataran —soltó con mofa.

Si Max no hubiese tenido ambos brazos ocupados con el cuerpo de Lena, le habría golpeado. Heit lo supo cuando la ira de su ya de por sí oscura mirada se clavó en él. Así que prefirió callar, y apartarse de su camino. Observó como ambos desaparecían al traspasar la puerta del baño.

—¿Pido la comida? —preguntó Heit algo confundido y sin saber qué hacer.

—¡Vete a la mierda! —fue la respuesta que recibió.

Max depositó con todo el cuidado del que fue capaz a Lena dentro de la bañera y encendió el monomando buscando la temperatura perfecta del agua, ni muy fría ni muy caliente. Mojó a la chica y cogió jabón para limpiar los restos de... Prefería no pensar de qué eran. Pasó las manos con delicadeza por sus tobillos y muñecas, pues en algunos puntos la piel estaba un poco irritada. Cuando Lena estuvo limpia, la cogió de nuevo y la secó para llevarla después a su habitación, donde la metió en la cama tapándola con las mantas. Después llamó a John.

Se impacientó cuando, por tercera vez, el teléfono daba como respuesta que estaba apagado o fuera de cobertura.

—Lena... —susurró agachándose al lado del colchón— Voy a ir a por un antitérmico y agua. ¿Vale? —ella asintió.

Heit estaba sentado en el salón, pasaba de un canal a otro sin control, sin fijar la atención en nada en concreto, tenía hambre, esperaba que el repartidor

no tardara demasiado. La apisonadora Max entró y sin tan siquiera mirarle, fue directo al armario donde guardaban algunos medicamentos, rebuscó hasta dar con lo que estaba buscando y se dispuso a salir de nuevo. Heit le había observado en todo el proceso, la entrada, su tropiezo con una de las sillas, como había tirado tres de las cinco cajas de dentro del mueble... Era un desastre de dimensiones descomunales.

—He pedido la comida.

—Se me ha quitado el hambre —gruñó, y fue a salir, pero se lo repensó—
¡Cómo has podido!

—No sé si es una pregunta o...

—¡Está enferma!

—Llama al veterinario, es lo malo de las mascotas...

—Joder Heit, me estás dejando a cuadros. ¿Siempre has sido así?

—¿Así cómo?

—Así de hijo de puta.

—Supongo —el timbre sonó—. ¡La comida! —se alzó del sofá con un bote—. Dale un paracetamol y déjala descansar, mañana estará «follable» de nuevo —le dijo al pasar por su lado.

La noche transcurrió de manera lenta, casi interminable. Max se levantó diversas veces para comprobar cómo se encontraba ella, y cada vez que regresaba a la habitación y veía a Heit dormir tan plácidamente, le entraban ganas de formar un tremendo follón para despertarlo, o de asfixiarlo con una almohada, ambas ideas le gustaban casi por igual. Cuando llegó la mañana se sentía agotado, y tardó varios minutos en despegar literalmente, los ojos. La casa no olía a café. Se levantó a trompicones, tropezando con las deportivas tiradas en medio de la habitación, maldijo y salió de la habitación. Lena seguía recostada, aunque despierta.

—¿Estás mejor? —dijo entrando y sentándose en la cama.

—Sí, muchas gracias... —su voz fue un susurro y bajó la mirada al hablar.

—Bueno, tú hoy quédate en la cama y descansa, ¿de acuerdo?

—Oh no, no... no hace falta.

—¡Basta Lena!

—Pero el amo John...

—John no está, y Heit creo que tampoco, así que aquí hoy mando yo y te digo que te quedes descansando.

Lena le siguió con la mirada hasta que hubo salido de la habitación. Intentó colocarse algo mejor en la cama, le dolía la cabeza y sentía como si todas las articulaciones de su cuerpo estuvieran abotargadas, por encima de eso estaba el recuerdo de la pasada noche con Heit. Miró las marcas de sus muñecas, rozó con la punta de su dedo la parte más enrojecida de su piel. Puede que si hubiera conseguido estarse más quieta...

—Te traigo café —la voz de Max la hizo regresar al presente.

—No... no hacía falta.

—Yo creo que sí —le sonrió—, si necesitas algo más, estaré por aquí.

Se encontraba algo desconcertada, pero el cansancio de esa mala noche ganó la batalla y pronto se quedó dormida de nuevo. Cuando volvió a abrir los ojos, supo que habían pasado horas dado que el sol entraba ya por el oeste, lo que indicaba que debía ser media tarde. Intentó incorporarse un poco, cuando lo vio allí sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una de las puertas del armario. Leía un libro. Siempre le habían fascinado los hombres lectores. Se estremeció.

—Ho... hola —susurró.

—¡Eh! —exclamó Jon dejando el libro a un lado— ¡Por fin! ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor.

—Genial, ¿me dejas hacer prácticas de médico contigo? —ella sonrió— Vamos a ver... ¿te duele algo? —Lena negó con la cabeza.

John pasó las manos con delicadeza por su garganta, y descendió un poco, la ayudó a recostarse de nuevo y levantando un poco la camiseta le palpó el abdomen. Lena reaccionó a esas caricias, sus mejillas se sonrosaron y su respiración se entrecortó. Tuvo que hacer un gran esfuerzo, para no delatar lo que esas manos le estaban provocando.

—Estás genial, por lo que dice Max solo fue un pico de fiebre, seguramente el estrés y el cansancio. ¿Te tenemos muy cansada Lena? —preguntó con una voz tan seductora que a Lena se le erizó la piel— ¿Necesitas que... que bajemos el ritmo?

—¡No! —respondió con tanta premura, que hasta ella se sorprendió.

John sonrió contento, en las pocas semanas que Lena había aceptado vivir con ellos se había creado un vínculo, un algo entre los cuatro sin lo cual, puede que ya nada volviera a ser igual. No era solo por el sexo, aunque sí era lo principal. Pero estaba seguro que tanto Max como Heit sentían lo mismo, y Lena... Bueno, estaba claro que ella estaba muy necesitada de cariño y se había aferrado al que ellos le daban, con uñas y dientes.

Después de asearse y caminar un poco, Lena se fue al salón. Cuando entró, la mirada de Heit la atravesó de lleno, como si le hubiera disparado, esa era la sensación, siempre que la miraba de ese modo, ella sentía hasta el dolor que desprendían sus ojos. Fue entonces cuando Lena comprendió que Heit no era un sádico perverso, sino un hombre herido. Esa revelación hizo que todo a su alrededor se tambaleara, de manera literal.

—Cuidaaadooo —exclamó Max que la llevaba sujeta por la cintura— venga siéntate.

—Lo malo de dormir cuando se tiene que estar despierto, es que se está despierto cuando deberías estar dormido —soltó Heit mirándola fijamente, sin querer ahorrarle la mirada de desprecio.

—Joder, ¿desde cuando eres tú un filósofo? —se burló Max.

Lena observó con disimulo al protagonista de sus más recientes pesadillas, intentando evaluar hasta qué punto, su conclusión era la acertada, y supuso que jamás lo sabría. Heit parecía tan inaccesible, tan hermético, que tuvo la sensación de que jamás le terminaría de conocer, y eso, extrañamente la entristeció.

Capítulo 4

Todo había sucedido muy rápido, ella estaba en el sofá leyendo un libro, cuando todo se había precipitado aunque por suerte, después el tiempo se había aliado con ellos ralentizándose. Lena en ese instante sentía que ya no podía más, todo su cuerpo, sus músculos... toda ella pedía a gritos detener esa espiral de sexo y descontrol, su cabeza le instaba a detener todo eso, pero no podía, no quería. Sintió las manos de John aferrándola por la cintura, marcando el ritmo en el que, a horcajadas sobre su cintura, quería que se moviera. Los dedos de Max se enredaron entonces en su pelo, obligándola a alzar la cabeza, sus ojos se cruzaron un instante, antes de atrapar su sexo con los labios y succionarlo con fruición.

Iba a desfallecer en cualquier momento. Pero a la vez, no quería perderse nada, ni un detalle, quería vivirlo todo con tanta intensidad como fuera capaz.

Sus pezones estaban siendo fuertemente castigados por Heit, ese punto de dolor, hacía que todo fuera más real. Incrementó el ritmo de la mamada y un gruñido gutural escapó de la garganta de Max. Ya no recordaba las veces que cada uno de ellos se había corrido, las que ella misma se había rendido al placer.

Esa maratoniada sesión de sexo empezaba a llegar al final, durante horas ellos habían disfrutado de su cuerpo, por turnos o a la misma vez, el salón se había convertido en un auténtico lupanar. Sus abotargados sentidos después de la ingesta de alcohol, mezclado con el cansancio, hacían que en ese momento, todo a su alrededor diera vueltas sin parar. No se dio cuenta, hasta que su espalda chocó contra la pared, que John se había levantado con ella asida con las piernas a su cadera. Cada nuevo envite, hacía que su espalda rebotara contra el hormigón por encima de su hombro, pudo ver como los otros chicos se habían dejado caer en el sofá. Solo quedaba John, que la penetraba con fuerza, como si le fuera la vida en ello, el chico enterró el rostro entre su enmarañado cabello y mordió su cuello con fuerza. No sería la única marca de

dientes que tendría Lena al terminar. Dos fuertes embestidas más y se vació en su interior.

Cuando los pies de Lena rozaron el suelo, supo que sus piernas serían incapaces de sostener el liviano peso de su cuerpo. Se dejó caer poco a poco, apoyada con la espalda en la pared hasta sentarse, echó para adelante la cabeza y cerró con fuerza los ojos. Escenas de lo que en ese salón durante horas había sucedido, se reprodujeron con total claridad.

Les costó un buen rato, recuperar la normalidad de sus aceleradas respiraciones y el desacompasado ritmo de sus corazones. El primero en alzarse fue Max, tenía los brazos cansados y las piernas doloridas, así que no quería imaginar cómo se sentía Lena, a la que miró durante un instante. Marcas en sus muñecas y tobillos, evidenciaban el rato que había permanecido atada a la mesa. Se arrastró como pudo hasta la salida del salón, quería ser el primero en darse una reconfortante ducha.

—Tráeme una birra —gruñó Heit desde algún punto inconcreto del sofá.

—No soy tu jodida criada —respondió.

—Cierto... ¡Lena!

Max miró a la chica, que hizo el esfuerzo de intentar levantarse, pero estaba claro que eso le iba a costar. Dudó si echarle una mano, pero finalmente se perdió por el pasillo con el punto de mira en una muy merecida ducha.

—Ya voy yo —dijo John levantándose del suelo, donde llevaba un rato tendido.

—Déjala a ella, es la que se lo ha pasado mejor de todos.

John la miró y no pudo evitar esbozar una sonrisa. La verdad era que Lena había estado muy entregada durante toda la tarde, y realmente sí pareció disfrutar. Aunque ahora estuviera agotada, su cara era de satisfacción. Le

tendió la mano para que se levantara y palmeó con fuerza su culo para hacerla mover.

—Tráeme una a mí también.

Por la noche, en la intimidad de su habitación, Lena no pudo evitar repasar mentalmente todo lo que había sucedido, y casi sin quererlo, se durmió con una dulce sonrisa en los labios.

Cuando ese lunes por la mañana Heit pasó de largo de su puerta, se le encogió el corazón. Lena se incorporó en la cama apoyando la espalda contra el cabezal y con la mirada fija en esa puerta que, desde hacía ya más de tres meses, jamás se cerraba. Ya no lo necesitaba. Ahora necesitaba que estuviese siempre abierta, como había aprendido a estar siempre que ellos la necesitaban. Fuera para lo que fuese. Por eso, ver pasar de largo a Heit le partió el corazón. Era como el ritual que daba inicio a la semana, pues todos y cada uno de ellos sin excepción, se había colado entre sus sábanas. Lo que al principio le había resultado extraño, molesto e incluso humillante, había dado paso a otro tipo de sentimientos, desembocando en una auténtica necesidad de él.

Saltó de la cama, cuando escuchó la puerta de la calle cerrarse con gran estruendo. Se quedó plantada frente su dormitorio mirando en esa dirección, apretando los labios con fuerza para retener en su interior los sollozos que empezaban a escapar. Heit se había marchado sin siquiera decirle nada. No se dio cuenta que Max a su vez, la observaba a ella desde el otro lado del pasillo.

Era preciosa. Cualquiera diría, a esas alturas, que uno ya estaría harto de follar siempre con la misma chica. Max fijó sus ojos en la parte baja de su espalda, en la delgada tira negra que rompía la palidez de sus muslos, ascendió la mirada a esa camiseta fina de tirantes bajo la que se adivinaba la desnudez de Lena. Uno de los requisitos era ir escasa de ropa, siempre accesible. Parecía absurdo, pero después de todo ese tiempo seguía excitándole. Puede que incluso más que al principio.

—¿Y el café?

John estaba plantado frente a Lena, Max tuvo que pestañear un par de veces para obligarse a regresar a la realidad. Observó a la chica correr hacia la cocina, entonces su mirada se cruzó con la de su amigo, parecía tan extrañado como él mismo, del comportamiento de Heit de esa mañana. John alzó los hombros mostrando así su desconcierto, y se encerró en el baño.

—Mierda —gruñó Max—. Joder no tardes mucho eeehhh, me estoy meando —recordó que era a donde se dirigía, cuando se había topado con Lena y su tanga. Ese pensamiento no ayudó.

Lena les vio desayunar sumida en ese mar brumoso en que la había dejado Heit. Era malo tenerle cerca, era cruel, rudo y disfrutaba humillándola, pero... Lena no pudo evitar sentir qué, la indiferencia de esa mañana había dolido más que los azotes o el sexo salvaje que a veces practicaban. Cuando John se despidió de ella y cerró la puerta tras de sí, no pudo evitar llorar.

Después de ordenar la cocina y organizar el salón, volvió a su habitación. De entre los cajones de la mesilla de noche sacó un grueso de papeles, no recordaba la última vez que había repartido algún currículum, o la última llamada de teléfono que había respondido. Resopló dejándose caer en la cama, cerró los ojos y se puso a pensar. Lo hacía muy a menudo los últimos días, daba vueltas y más vueltas a toda la situación, a lo que estaba viviendo desde hacía más de tres meses, pero lo peor, venía cuando terminaba alzándose de la cama con la certeza de que no tenía ni idea de en qué punto se encontraba. Había sucumbido a sus instintos más primarios, relegando la razón a ese recóndito lugar donde se emparejan las cosas que a uno le molestan.

No pensaba, solo actuaba. Movida por todo lo que ellos le hacían sentir, que no necesariamente tenía por qué ser bueno. Había aprendido que el dolor, ese que todo el mundo rehuía, a ella le hacía sentir llena de vida.

Max fue el primero en regresar, como casi cada día. Cuando él llegaba, la casa se llenaba de sonidos de toda clase. El abrir y cerrarse de un cajón, podía parecer un derrumbamiento cuando era Max el que lo realizaba. Pero a veces también llenaba la casa de melodía, cuando sentado en el salón, sacaba su guitarra y se ponía a tocar. La primera vez que le vio rasgar las cuerdas del instrumento se sorprendió, no parecía la clase de chico que sabía de música. Al principio ella escuchaba sin osar interrumpir, ni siquiera se atrevía a aparecer en el salón, pero con los días, ese momento se convirtió en algo de los dos. Se sentaba mirándole en silencio, escuchaba cada acorde, cada canción que tocaba que a veces reconocía y otras no. Cuando John o Heit llegaban a casa, ella se levantaba y Max la veía desaparecer en dirección a su habitación, mientras enfundaba de nuevo la guitarra. Jamás tocaba delante de nadie, pero Lena era diferente, ella era especial, y cuando se sentaba y le escuchaba, él se sentía algo más cerca de ella, de un modo incluso más íntimo que en el propio sexo. Descubrió que había canciones que hacían que su tersa piel se erizara, otras sin embargo, ayudaban a que su mente divagara, y mientras él desgranaba las notas de una nueva canción, la mente de Lena se evadía lejos de ese lugar, puede que a un tiempo pasado, o bien podría ser a un futuro, Max no se atrevía a preguntarle, por miedo a que no le gustaran las respuestas. Le asustaba pensar en todo lo que ella había vivido hasta llegar allí, y le atemorizaba que soñara con un futuro lejos de ellos, un futuro sin él.

Ese día concreto no fue diferente a otros, se sentó en el sillón y de pronto los primeros acordes inundaron el salón. Lena parecía mucho más ausente de lo normal, más pensativa, o puede que algo apagada, ¿triste? Sí, sumida en una profunda tristeza.

—¿Todo está bien? —se atrevió a preguntarle dejando a un lado el instrumento.

—Esta mañana Heit se marchó sin decirme nada, sin...

La mención de su amigo lo puso en alerta y le enfureció a la vez. No entendía a Heit, estaba siendo innecesariamente cruel con ella, pero si se detenía a pensarlo un poco, mucho menos entendía a Lena.

—Oh, ya entiendo, te falta un polvo —escupió con su habitual brusquedad.

Lena levantó la cabeza ante el comentario de Max, no eran las palabras en sí, esas podía esperarlas, no se caracterizaba por saber elegirlas con demasiada fortuna, fue el tono lo que la cogió desprevenida, esa mezcla de rabia e indignación. Le miró a los ojos, tan oscuros como una noche sin luna, quiso decirle algo, pero no dejó que las palabras salieran de entre sus labios, que ahora se mantenían apretados. Observó con resignación, como él guardaba el instrumento en la funda, tan solo había tocado una canción, dudó unos instantes, no sabía si levantarse y dejarle solo o quedarse ahí, dudó aún un poco más hasta que fue a ponerse en pie, pero Max la empujó ligeramente haciendo que volviera a caer sobre el sofá. Entendió que era lo que pretendía y no dijo nada, ni se movió, salvo por un casi imperceptible separar de piernas.

Un destello de duda cruzó la oscura mirada del chico, Lena observó como todo su cuerpo, su muy bien definido físico se tensaba, sus dos manos se tornaron puños y entonces por un momento, temió que la fuera a golpear. La lucha interna a la que se veía Max sometido en ese momento era titánica, solo él podía ser consciente de cuán difícil era. Se obligó a respirar, sentía rabia y esa se volvía poder, control... y esa autoridad le excitaba. Le excitaba mucho, seguramente demasiado. Bajó la vista hacia ella, tomada por sorpresa, su largo pelo se desparramaba sobre su rostro, alzó la mirada. Sí, en ella podía verse temor, pero a su vez algo parecido a la excitación.

El corazón del chico se aceleró como los compases en una canción de *heavy metal*, y cuando Lena humedeció sus labios de manera casi instintiva, Max supo que no podía aguantar y se lanzó sobre ella, atrapando entre besos sus carnosos labios. La besó con pasión, fundiéndose en ella, mientras sus manos agarraban sus mejillas, que poco a poco se iban encendiendo en color y temperatura.

Ninguno de los dos escuchó el chasquido metálico de la puerta, ni el caer del maletín de Heit sobre el suelo. Cuando el recién llegado traspasó la puerta del salón les sorprendió en una espiral de pasión, ambos abducidos por el

poder de los besos, Max parecía entregado a ellos, disfrutándolos como un niño paladea su caramelo. Para Heit los besos eran una debilidad, demasiado dulces, demasiado tiernos e intimistas. El sexo tenía que ser solo sexo y los labios servían para algo mejor que para besar. Sus miradas se cruzaron en ese momento y Max se apartó como un resorte de ella.

—Por mí podéis seguir.

Max se levantó y se recolocó la ropa.

—No quisiera interrumpir los planes que tuvieras con ella.

—Para nada —respondió Heit con indiferencia— la verdad es que empiezo a aburrirme de esto.

Esas palabras se clavaron en el corazón de Lena, que sintió una punzada de verdadero dolor, y no pudo evitar una mueca de desilusión, puede que de tristeza.

—Me voy a ir al gimnasio —gruñó molesto Max—. Necesito descargar tensión.

—Como quieras —rió entonces Heit, consciente que había logrado con su comentario molestarlos a ambos—, aunque por mí no hace falta, de verdad...

Lena observó como Max se perdía hacia el fondo del pasillo, a su vez Heit lo hizo tras la puerta de la cocina, se alzó del sofá donde aún estaba medio tendida, se sentía abrumada. Por un lado, le ardían las mejillas y sentía el calor en el interior de sus muslos, por otro un nudo en la boca del estómago. Dudó un poco ¿ir tras Max para terminar lo que había empezado?, ¿seguir a Heit y demostrarle que ella podía darle todo lo que podía desear? Ahí estaba, de pie y aturdida, sin saber qué hacer. Pero Max decidió por ella, cuando salió

del apartamento dando un sonoro portazo.

—Putá nenaza —siseó Heit desde el quicio de la puerta de la cocina, Lena se sobresaltó al escuchar su voz— y tú —dijo con tono despectivo—, eres una perra con suerte, está claro que Max no sabe ser un buen dueño.

Lena volvió a perder la mirada en la puerta por donde había desaparecido el aludido, y de pronto, como empujada por una mano invisible, se giró y dio un par de pasos hacia Heit. Cada vez que sus profundos y azules ojos se clavaban en ella, no podía evitar ese pequeño escalofrío que recorría todo su cuerpo. Era, sin lugar a dudas, el más atractivo y oscuro de los tres. Ese bulbo del cual no había descubierto ni la primera capa.

Heit la observó con curiosidad contenida como caminaba de manera casi sugerente y con las mejillas encendidas. Sin duda Max había hecho el trabajo previo, pues la chica estaba, bajo su criterio, caliente como el sol en verano y totalmente mojada. Podía olerla desde ahí. Su rostro se torció en esa sardónica media sonrisa, que no podía evitar poner cuando estaba a punto de hacer algo malvado y divertido a la vez. Cuando ella estaba a punto de rozarle, simplemente la empujó para quitársela de encima, lo hizo con desprecio, como si le diera asco siquiera tocarla.

—Lo decía en serio —susurró— me aburres —y dejó que esas palabras flotaran en el aire y se clavaran en su interior. Los ojos de Lena se humedecieron—. Creo que hoy voy a cederte a alguno de ellos...

—Pe-pero... —titubeó.

—¿Te he dicho que me hables?

—No señor.

Lena alzó la mano para rozar su antebrazo y él se la sacudió de encima con un simple manotazo.

—Amo, déjeme...

La puerta se abrió, John entró de manera sonriente como cada tarde cuando volvía de la facultad. Le gustaba llegar a casa, darse una ducha, relajarse y... Lena. Pero ese día se podía notar la tensión en el ambiente, aunque no supo discernir si era sexual u hostil. Con Heit podían ser cualquiera de las dos, y con una intensidad parecida.

—Que bien que llegas —el tono de Heit era jocoso, tomó a Lena del brazo zarandeándola y la empujó en dirección al recién llegado— a ver si puedes encargarte tú de ella, la muy perra anda necesitada.

—¿En serio? —sonrió burlón John acogiendo a Lena entre los brazos.

—Venga Lena, menea tu culo para John, puede que él si quiera terminar, lo que Max ha dejado a medias.

—No —respondió ella apartándose. La negación escapó de entre sus labios sin control, y cuando lo hubo hecho supo que era su sentencia. Los ojos de Heit se iluminaron de pura ilusión.

—¿Qué has dicho? —la retó caminando un paso en su dirección.

Lena dudó un instante, pero algo dentro de ella se removió, no podía soportar su rechazo.

—He... he dicho que... que no.

—¡Vaya! Tenemos a una perrita desobediente, qué graciosa —el desdén de sus palabras era más que evidente.

—Venga Lena déjalo —le advirtió John tomándola del brazo, para intentar evitar que hiciese algo de lo que pudiera arrepentirse.

Pero Lena estaba totalmente fuera de sí, y a pesar de sentir miedo, se zafó de John y caminó de nuevo en dirección a Heit, esperando que no volviera a repudiarla. No podría soportar un nuevo rechazo por su parte. Pudo ver, sin lugar a dudas, como Heit disfrutaba con eso, era una manera más de ejercer su poder sobre ella, y Lena sintió como la rabia crecía en su interior.

—Vete a tu habitación —gritó él lleno de ira.

—Vete tú a la mierda —espetó ella de pronto. Sin más. Cinco palabras cargadas de intención y frialdad.

Dolió. Cuando la mano de John se estampó en su mejilla le dolió. No la bofetada en sí, sino que hubiese sido él quien se la propinara. John, su John... Lena rompió a llorar, como jamás en su vida había llorado, pues a su alrededor su nuevo mundo se había desquebrajado por completo. Sintió miedo, un terror aciago que no sabía muy bien de donde salía pero que para su sorpresa, nada tenía que ver con su integridad física, sino con que ellos decidieran romper el contrato, dejarla. No temía perder el techo bajo el que ahora dormía. Lo que verdaderamente le asustaba, era perderles a ellos. ¿Cómo había podido hablarle así a Heit? Porque se lo merecía, Heit era un gilipollas. ¡No! él era su amo, le debía obediencia... la mente de Lena se tornó un torbellino de pensamientos, sentimientos, sensaciones... Si ellos decidían castigarla estaban en su derecho. Heit le había dado una orden y ella habría tenido que obedecer. Ella era suya...

—Lo siento —consiguió decir entre sollozos.

Heit no podía creer que Lena hubiera reunido el valor suficiente para responderle, si John no se hubiera adelantado, él mismo la habría golpeado. Y no habría sido un simple bofetón. Sus manos se cerraron en dos puños, tragó la bilis que subía por su garganta y dio un paso hacia esa insolente.

—Vete a tu habitación —atajó John.

Lena asintió con un golpe de cabeza y huyó por el pasillo, Heit vio como la muy ladina se escapaba como una rata cobarde. John se interpuso en su camino.

—Debe ser castigada.

—Está bien.

—Lo digo en serio —gruñó Heit— esa puta desagradecida —dijo alzando la voz para que ella lo escuchase— maldita zorra... Esto es culpa vuestra —susurró clavando la mirada en John— es nuestra sumisa, nuestra esclava... es...

—Es lo que cada uno queremos que sea Heit, tú disfrutas humillándola, yo prefiero follármela sin más. ¿Qué tiene de malo?

—Voy a castigarla por su insolencia —repitió.

—Me parece bien, así que lo que tú decidas haremos.

Las horas pasaron lentas en esa habitación. Desde que Max había vuelto del gimnasio, algunos gritos se habían alzado sobre el creciente cuchicheo de voces. Lena medía la estancia a grandes zancadas visiblemente nerviosa, se sentía como un preso esperando su condena. ¿Iban a golpearla? Lo merecía. Ellos, los amos, merecían su respeto. Se maldijo una y mil veces por haber osado ser tan insolente, para justo después reprenderse por la locura que significaban sus pensamientos. Era pura contradicción. Debería irse de ese piso, y a la vez, deseaba no marcharse nunca. Les necesitaba. De vez en cuando, reunía el valor suficiente para aventurarse un par de pasos más allá del espacio que delimitaba su dormitorio. Intentaba, aunque sin éxito, escuchar lo que en la cocina los chicos discutían. Las voces de Heit y Max eran las que más se alzaban, pero a pesar de escuchar palabras sueltas, no podía saber con certeza lo que allí hablaban.

En la cocina, John observaba la escena en un discreto segundo plano. Veía

absurda tal discusión, pero sabía que con sus dos amigos eso era inevitable. Siempre habían sido como la noche y el día, y cada pequeña desavenencia suya, podía terminar en una batalla dialectal y casi siempre sin una resolución. Pero en ese caso era diferente...

—No, esto es una puta locura, no voy a castigarla por haberle hablado mal a Heit, si te ha respondido te jodes... Azotarla está mal—sentenció Max.

—Te la tiras en contra de su voluntad, no vayas ahora de digno.

—No me toques los cojones Heit... —amenazó—. Di algo John, ¡joder! —imploró mirándole.

—Lena le ha faltado el respeto y debe ser castigada.

—No puedes hablar en serio —exclamó Max llevándose las manos a la cabeza.

—Max, firmamos un contrato, sé que es una locura, pero ella accedió, las normas son las normas... Creo que hemos sido muy permisivos con Lena yo el primero, no quiero echar balones fuera, pero ella accedió al juego de la sumisión... Siempre puede negarse.

—No contéis conmigo —gruñó antes de abandonar la cocina.

De Heit podía esperar, pero ¿John? Se había vuelto total y completamente loco si terminaba accediendo a eso. Él era el primero que disfrutaba ejerciendo control sobre ella, la verdad era que todo ese rollo de la sumisión y el *bondage* resultaba muy excitante, pero tenía claro que era un juego, puede que un juego poco habitual, pero un juego al fin y al cabo. ¿Y si ella se negaba? ¿Qué harían? ¿Echarla? Resopló y pasó ambas manos por su rostro. ¿Cómo iban a echarla del piso?

—Tienes que hacerlo —la voz de Lena le sorprendió cuando ya alcanzaba su habitación— Por favor Max...

—¿Estás loca? —exclamó y de un empujón la metió de nuevo en su habitación, entrando él también y cerrando la puerta tras de sí.

—Amo...

—Déjate de amo y de pollas...

—Max, por favor.

—¿Sabes lo que están hablando en la cocina?, ¿me estás pidiendo que te azote? —Lena asintió— ¿Es que en esta casa nos hemos vuelto todos locos?

—Si no lo haces será mucho peor. He hecho mal al desobedecer a Heit, y merezco ser castigada.

—Lena —dijo él tirando de su mano y sentándola a su lado en el colchón, donde se acababa de dejar caer— esto es un juego, puedes pedirnos que paremos en cualquier momento, si tú quieres todo esto puede terminar, y por mis muertos te juro que nadie va a echarte de esta casa...

—Por favor, amo... debo ser azotada.

—Lena, no lo entiendo —sintió una total desazón en medio de su pecho, realmente ella le pedía que la castigara. Si eso era un juego, habían llegado demasiado lejos.

—Si no lo haces, Heit será mucho más cruel... Por favor.

—¡Niégate joder! —exclamó— Es un juego, un puto juego... di que no.

—Por favor...

Max salió de la habitación sin decir nada, no podía hablar, apenas pudo llegar a la habitación sin marearse. Todo estaba fuera de control, se les había ido de las manos o realmente todos habían enloquecido, todos menos él.

Esa misma noche, el ambiente de ese salón podría haberse cortado con un cuchillo. Lena tragó saliva, sabía que iba a doler, no era la primera vez que la azotaban en esa casa, pero en esa ocasión era diferente.

—Es normal que tengas miedo —susurró John adivinando sus pensamientos— pasará rápido, solo tienes que aguantar.

—No tengo miedo, confío en vosotros.

Ambos se miraron unos instantes, John sintió una ligera punzada en la boca del estómago y se dio cuenta que sus manos temblaban. Lena caminó hacia donde Heit esperaba. Parecía feliz, y por un segundo, eso la hizo feliz a ella. John se acercó y la recostó sobre el sofá, la despojó de la ropa interior, aprovechando el momento para acariciar sus muslos.

—Esto va a doler—susurró Heit a su espalda.

Lo peor fue el ruido de la fusta rompiendo el aire. Ese momento previo al golpe en sí, la anticipación al dolor. Lena contuvo la respiración, hasta que el grito hizo que soltara todo el aire de sus pulmones. Los ojos se le llenaron de lágrimas y todo su cuerpo se estremeció.

—U- uno —susurró con los dientes apretados, sintiendo el dolor en sus nalgas y sus mandíbulas.

Heit enloqueció con eso, no solo había accedido al castigo, sino que encima Lena estaba contando los fustazos. No lo entendía, siempre había sido capaz de calar a la gente, pero Lena le tenía total y absolutamente desconcertado. El segundo fue peor. Más airado, más certero y ella ya sabía que debía esperar. Dolor. Así que se replegó un poco, incluso antes de notar el cuero sobre su piel.

—Dos —dijo con un hilo de voz para el desquicie de Heit.

A pesar de que había decidido disfrutar del momento, las ansias fueron aún mayores, descargó los tres golpes restantes de manera furiosa, alzando el brazo y volviéndolo a hacer descender con toda la fuerza que le era posible,

sin importar siquiera donde se estrellaba la fusta. Se apartó para observar su obra y sintió, al ver la piel enrojecida de la chica, como todo su ser reaccionaba, y más cuando algo llamó su atención. Volvió a acercarse a Lena y llevó uno de sus dedos a su hendidura que penetró con total facilidad.

—¡Joder! —exclamó aún con el dedo en el interior de ella haciéndolo girar— eso sí que no me lo esperaba, estás mojada como una perra —le escupió con desdén.

Lena apretó un poco más la cara contra el cojín que había estado mordiendo para no gritar, y cuando Heit introdujo un dedo en ella enrojeció de ira. No contra ellos, ni contra él, sino contra ella misma pues tenía razón. Desde el primer golpe, y a pesar del dolor, su cuerpo había reaccionado de tal modo, que no lo podía controlar. Le dolía, claro que sí, pero también estaba sumamente excitada y el dedo de Heit moviéndose en su interior no hacía más que aumentar dicho estado de locura.

A su espalda él se apartó, con el dedo en alto en señal de triunfo y pasó el testigo a John que se situó tras ella y desde esa posición miró a sus compañeros, los ojos de Heit tenían un brillo especial, no así Max, más alejado y mirando hacia otro lado, con el cuerpo en tensión, como si estuviera a punto de estallar.

La piel de Lena estaba enrojecida en su totalidad, John caviló un poco antes de decidir dar el primer azote, que procuró bajara un poco por la pierna, donde parecía que estaba mejor.

—Sigue contándolos si quieres— le instó John, consciente que puede que eso fuera lo que lo hacía más soportable para ella.

—U-u-uno... —farfulló.

El siguiente golpe subió un poco hacia sus riñones. A pesar de intentar no hacer extremada fuerza, la piel de Lena reaccionaba igual.

—Dddddoss.

John respiró profundamente, no quería hacerle daño, pero a la vez, no podía evitar que todo eso le excitara de sobre manera. Titubeó un poco antes del tercer golpe, que fue algo más rudo que los anteriores.

—Trreessss...

—Dale las gracias a John —susurró Heit agachándose al lado de ella— está siendo muy misericordioso contigo.

—G-gra-gracias John.

Eso le encendió, los dos últimos golpes, si bien no fueron tan rabiosos como los de Heit, no se quedaron atrás. Cuando el sonido del último azote rompió el silencio del salón, la fusta cayó de sus manos y no pudo evitar mirar, entre horrorizado y sumamente excitado, como las nalgas de Lena estaban al rojo vivo. Se acercó a ella, que sollozaba en silencio, con el rostro enterrado entre los almohadones, y con delicadeza colocó la mano sobre su irritada piel, notando el calor que desprendía. Sus nalgas ardían y esa sensación le provocó, se imaginó haciéndoselo por detrás y esa perversión le aterró, porque temió no poder refrenar ese impulso. Se apartó de ella con rapidez, desconcertado y apabullado de todo lo que Lena y esa situación despertaba en él.

—Tu turno —anunció Heit que, habiendo recogido la fusta del suelo, la tendía ahora en dirección a Max—, disfrútalo.

¿Cómo podía alguien disfrutar con eso? Max notó como ese trozo de madera quemaba entre sus manos. Observó el pequeño cuerpo de Lena, tan expuesto, tan rojo, tan frágil. No era más que una niña, una chica que había

tomado una muy mala decisión. Resopló angustiado. Cuando John se hizo a un lado tuvo una perspectiva mejor del estropicio que sus dos «amigos» habían causado en su bonito cuerpo. Se acercó a ella y agarrándola con delicadeza de las caderas, cambió su posición, procurando que no tuviera que soportar tanto su propio peso.

—¿Estás bien? —susurró cerca de su oído, ella asintió con un simple movimiento de cabeza— Puedo no hacerlo— pero ella no respondió.

A pesar de que John no había imprimido demasiada fuerza en sus cinco latigazos, la piel de Lena se había roto en alguna de las zonas, soltando pequeños hilos de sangre.

Max sostuvo entre sus manos esa fusta que, como por arte de magia y sin que él hubiese hecho nada para ello, empezó a quemarle. Era una sensación extraña pero real, ardía, sostener la madera hacía que todo él prendiera. A su espalda Heit se impacientó, lo supo por el chasquido de su lengua y no pudo soportarlo más. Él no era así, esa no era la clase de hombre que quería ser.

—¡Ni de coña! —exclamó y quedó patente el tono de enfado grabado en su voz. Se giró, arrojando la fusta contra un atónito Heit.

—Quedamos en que...

—Me importa una mierda en lo que quedáramos. No voy a hacerlo.

Max se giró para ayudar a Lena a alzarse, pero antes de poder alcanzarla, alguien le agarró a él y tiró con fuerza de su brazo.

—¡Tienes que hacerlo!

—¡Lo único que voy a golpear, es a ti como no me sueltes! —bramó furioso.

La situación se tensó de pronto, si es que había estado relajada en algún momento. Max empujó a Heit y este, hizo el conato de ir a golpearle, pero John se interpuso entre ambos con ambas manos alzadas, intentando calmar los ánimos.

—¡Eres una puta nenaza! —exclamó Heit.

—¿Por no querer pegarle? —inquirió Max más sorprendido que otra cosa — ¿Se puede saber que clase de tara mental tienes tú?

—Venga Max —rogó John y cuando fue a tocarle, este se sacudió con violencia, haciendo que John cayera al suelo.

—¡Maldita sea! —profirió que de nuevo se lanzó hacia adelante, con clara intención de golpear a Max.

Las voces habían ido *in crescendo*, así como los ánimos de todos, que se habían crispado hasta pisar la delgada línea, que jamás les permitiría volver atrás. Lena lo sabía, y también era consciente, de que no podía permitir que eso ocurriera.

—¡Intragástrico! —gritó con todas las fuerzas que pudo y una vez dicha esa palabra, rompió a llorar, presa del mayor desconsuelo que había sentido en su vida— Intragástrico —repitió con un hilo de voz.

De pronto, los gritos cesaron y todo a su alrededor se detuvo. Los chicos se miraron entre ellos sin entender que acababa de pasar, desconcertados. Heit observó a Lena, que se había medio incorporado y los miraba con el rostro desencajado y los ojos llenos de lágrimas. Ninguno de los tres atinó a saber qué hacer, ni si quiera se atrevieron a parpadear, mientras el silencio solo se rompía por el llanto de ella, que se clavó en sus oídos y se introdujo en su organismo, invadiéndolos por dentro.

Lena acababa de decir su palabra de seguridad, haciendo que todo se detuviera. Con una sola palabra, había logrado que todo a su alrededor, a punto de salirse de control, se detuviera de pronto.

—Lena... —susurró Max qué, siendo el que había quedado más cerca de ella, alargó la mano para rozarla.

No supo qué hacer cuando Max rozó su brazo, solo sintió más ganas de llorar y parecía, que había pasado de prometerse no hacerlo nunca, a verter lágrimas a todas horas. Vio el desconcierto en la mirada de todos y como el silencio se había condensado a su alrededor, ninguno de ellos parecía poder reaccionar hasta que John se movió, la ayudó a incorporarse, parecía que las piernas no quisieran responderle, la alzó con delicadeza para llevársela del salón, mientras ahí plantados, un nuevo duelo se forjaba. Sin movimientos ni palabras, pero si las miradas fuesen armas, Max y Heit posiblemente estarían entonces mal heridos.

Ya en el baño, John abrió el grifo del agua caliente e introdujo a Lena bajo la trayectoria del agua, viendo que parecía no poder sostenerse, no le quedó más remedio, que entrar en la bañera con ella. Pronto empezó a notar como la ropa mojada se pegaba a su cuerpo.

—Puede que te escueza un poco —le anunció con voz temblorosa antes de que su mano llena de jabón, se acercara a sus nalgas castigadas.

Mientras con el brazo izquierdo mantenía sujeta a la chica, con la mano derecha enjabonaba delicadamente su piel. No entendía lo que acababa de ocurrir, no entendía a Lena, por más que lo intentara era incapaz de seguir la lógica mental que imperaba en la cabeza de esa chica. Intentó con todas sus fuerzas, desterrar todo eso de su mente y centrarse en lo que tenía entre manos, pero estaba confuso y encendido como nunca y no quería terminar haciendo algo, de lo que se arrepintiera, pues lo que le pedía el cuerpo era cogerla con fuerza y no dejarla ni respirar. El calor de sus nalgas, tan lastimadas,

traspasaba la tela de su pantalón, cosa que jamás pensó que pudiera ponerle tan a tono. Ver su piel enrojecida... Se obligó a apartarse de ella y buscó dentro de su agitada mente, algo en lo que pensar, se centró en el dolor que debía sentir, y en que tenía que curarla un poco para que se recuperara antes.

—Venga, vamos —tiró de ella para ayudarla a salir y apagó el grifo—
¿Puedes caminar? —ella asintió.

El dolor que sentía la aturdía, miró a John, la camiseta blanca se pegaba a su torso, y a pesar de que no llevaba el pelo demasiado largo, algún mechón caía sobre su cara llegando a rozarle los ojos, esos inusuales, tan profundos, tan transparentes, como si fueran incapaces de mentir. Notó cómo él la guiaba asida de la mano, dejando la marca de las pisadas mojadas en el camino hacia la habitación.

—¿Cómo está? —Max se encontraba esperando en el pasillo.

—Bien —respondió John y se hizo a un lado, cuando Max cogió a Lena en brazos—. Llévala a su cama, ahora voy.

Cuando entró en el salón ahí estaba Heit, sentado en una silla cerca de la ventana, sorbía un refresco y fumaba un cigarrillo, a pesar de que, en esa casa, estaba prohibido fumar, prohibición que últimamente todos incumplían. John arrugó la nariz, no le gustaba el olor a tabaco, pero pensó que no era el mejor momento para decirle nada.

—Estás empapado —la afirmación de Heit, llegó entre calada y calada mientras John cogía un par de cosas, para curar las nalgas de Lena—. Ha sido divertido.

John dejó uno de los botes sobre la repisa del mueble, mientras metía las

tijeras en el bolsillo de su pantalón.

—Sí —respondió en un bufido, no lo podía negar, aunque la palabra «divertido» no habría sido la que él hubiera elegido, sumamente excitante se adecuaba mejor—. Tienes que hablar con Max, es solo una tía...

—Es solo un objeto —rectificó el chico aplastando el cigarrillo en un improvisado cenicero.

—Lo que tú digas —gruñó Jon—. Es una tía, es un objeto, es solo algo pasajero —dijo remarcando las dos palabras— en algún momento se marchará...

—Bla bla bla —hizo mofa Heit poniéndose en pie— las tías van y vienen, los colegas son para siempre, es eso ¿no?

—Me alegra que lo entiendas —no pudo evitar usar el mismo tono de condescendiente que había usado Heit hacía un momento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Heit aunque no esperaba una respuesta— ¿Qué mierda hacemos ahora?

—No... no lo sé —dudó John y después de decir eso abandonó el salón.

Heit tomó el último trago de refresco y fue a la cocina a tirar la lata, en el fondo del apartamento se escuchaban cuchicheos. Se sentó en uno de los taburetes que separaba la cocina del salón. Él no tenía tan claro que Lena fuera a marcharse, al menos no en breve. El brillo de sus ojos cada vez que era sometida la delataba, había descubierto una faceta suya que seguramente desconocía, pero estaba claro que ella ahora disfrutaba con eso. En el fondo, pensó entonces Heit, le habían hecho un favor. No había titubeado ni una sola vez y durante la tarde, había encajado los golpes sin apenas gimotear, es más, ¡los había contado! Lena era un misterio indescifrable y no había cosa que le jodiera más, que aquello que no podía comprender, pues si no entendía algo, era fácil ser cogido por sorpresa. Necesitaba anticiparse y Lena, se lo impedía una y otra vez, cuando pensaba que iba a tirar hacía un lado, ella cambiaba, le sorprendía y aparecía por otro. Era caótica en su proceder y eso le tenía

desorientado. Había aguantado los golpes, cada uno de ellos, y de pronto: Intragástrico. Curiosa elección de palabra. Y con ese pensamiento y más perdido que en cualquier otro momento de su vida, cogió la chaqueta y abandonó el piso.

La noche no fue especialmente fácil para Lena. Se despertó incontables veces, cada vez que algo rozaba su amoratada piel. No había podido verse, pero estaba segura que sus nalgas estaban en carne viva, al menos así lo sentía ella. Y a pesar del cansancio, durmió poco y mal. En su mente se reproducían una y otra vez los azotes, el sonido del cuero rasgando el aire, el momento exacto en que se estrellaba en su piel, la lacerante punzada de dolor que nacía ese entonces en el punto en concreto donde había impactado, y de ahí se expandía por todo su cuerpo. Dolor. Jamás habría pensado que podría ser tan excitante. ¿Se estaba volviendo loca? ¿Siempre había sido así?

Capítulo 5

—¡Vístete! —gritó Max haciendo que abriera los ojos de pronto— Hoy eres mía —y desapareció.

Esa afirmación la hizo volar. Se levantó de la cama, no sin dificultad, habían pasado ya unos días sin embargo, seguía algo dolorida. Después de lo que pasó esa tarde, no habían vuelto a hablar del tema, como si no hubiese existido, ni una sola mención a que ella usara la palabra de seguridad. Pero a pesar de no haberlo hablado, algo sí había cambiado, sobre todo en la actitud de ellos. Abrió el armario y del interior sacó uno de los pocos vestidos que tenía. Después de asearse un poco, entró en la cocina, donde ya olía a café.

—Heit no ha dormido aquí —informó Max— y John se ha ido hace ya unas horas, tenía algo que hacer.

Lena se sintió mal, ¿dónde estaba Heit? ¿Estaba enfadado con ella? Desde esa tarde apenas la había mirado.

—¡Lena! —Max estaba frente ella intentando llamar su atención— Hoy he pedido el día libre en la tienda, podemos dar un paseo, ir a comer, de compras... ¿Te apetece?

No pudo evitar su sorpresa, y su rostro, siempre tan expresivo, la delató. Max sonrió satisfecho ante esa reacción de felicidad. Por un momento, había temido que ella no quisiera o no le apeteciera. Aún no habían hablado de lo que había pasado y no sabía muy bien, cómo comportarse con ella.

La mañana pasó muy deprisa, al principio Lena se sentía algo incómoda, un poco fuera de lugar, pero Max se portaba con ella de manera tan natural, que pronto empezó a olvidar quien era ella y quien él. Se sentaron en una terraza al sol, por suerte el invierno empezaba a quedar atrás, los días poco a poco iban siendo algo más largos y ya se notaba el calor. Primavera. La estación favorita de Lena desde que tenía uso de razón. Le gustaba los días calurosos y las noches frescas, y el estallido de luz y color previos al sofocante verano.

La mano de Max por momentos sujetaba la suya, el chico hablaba y reía, ella lo miraba casi embelesada, vistos desde fuera, eran como cualquier pareja de enamorados de ese bar, una pareja normal.

—¿Eres feliz? —soltó con su habitual espontaneidad.

La pregunta quedó suspendida en el aire ante el asombro de Lena, que por un momento, no supo ni cómo responder. ¿Era feliz? Ni siquiera se lo había planteado, jamás había sentido nada por nadie comparable a lo que sentía por ellos tres. Haría cualquier cosa por los chicos.

—Yo...

—Lena... —Max sujetó su mano entre las suyas y la acercó hasta sus labios, depositando un beso en la punta de sus dedos. El corazón de Lena dio un vuelco— Lo que pasó el otro día... —ella negó con la cabeza— Yo...

—Max —dudó un poco, no sabía muy bien cómo encarar el tema, a pesar de llevar desde ese día intentando pensar en ello— no pasó nada.

—¿Por qué dejas que él te trate así?

—¿Heit? —un inoportuno camarero que dejó las bebidas en la mesa, propició el pretexto perfecto para soltarse de Max, no quería que el temblor de su pulso pudiera delatarla — Yo... la verdad es que... no lo sé —resopló.

—Me cuesta mucho entenderte Lena, en realidad, no sé ni si quiero hacerlo.

—Tú me has preguntado si soy feliz... —susurró buscando sus ojos— Mi respuesta es sí —dijo ganando convicción a cada palabra que dejaba libre—. Mi vida no ha sido nada fácil hasta llegar aquí, aunque no te lo creas, me han llegado a tratar peor de lo que Heit podría hacerlo jamás. No tenía nada y ahora os tengo a vosotros, a los tres. No puedo explicarlo porque ni yo misma lo entiendo, es una locura, pero...

—Pero...

—No quiero perder lo que hay entre nosotros.

—Es una locura —le confirmó él y ella sonrió— ¿Por eso la dijiste, la palabra de seguridad?

—Estabais a punto de... y no sabía cómo detener eso... Yo... lo habría aguantado Max, deberías haberlo hecho.

—No podía —dijo con un gran pesar en la voz, como si de un momento a otro, fuera a romper a llorar.

No se había equivocado con Max, bajo toda esa fachada, se escondía un hombre tierno y encantador, capaz de enamorar a cualquier mujer.

—Lo sé —sonrió con timidez— y eso te hace el buen hombre que sé que eres.

La tarde terminó con un agradable paseo de vuelta al apartamento, lo hicieron en silencio, disfrutando de su mutua compañía. Como dos jóvenes normales de su edad.

Sintió un gran alivio cuando John soltó el amarre de sus muñecas, a esas alturas, ya enrojecidas. No es que no le gustara que la ataran, de hecho, adoraba la sensación de saberse a su total voluntad, de abandonarse a él, dejarle hacer. Se alegraba de que todo hubiera vuelto a la normalidad. El cuerpo de John cayó casi a plomo sobre el colchón, parecía haberse

desmayado por el esfuerzo realizado durante horas. Lena lo miró con disimulo, ese tatuaje de un dragón en el centro de su espalda, su pelo revuelto, ese respirar con pesadez... Era un sueño, un príncipe, su príncipe. Pocos minutos después parecía totalmente dormido, sino hubiese sido por la carcajada que soltó de pronto y que sobresaltó a la propia Lena, que sentada sobre la cama abrazando sus piernas, acariciaba con disimulo la piel enrojecida de sus tobillos.

—Ha sido brutal —confesó él dándose la vuelta y dejando la espalda sobre el colchón—. Me encantas —y besó su muslo izquierdo, que era lo que más cerca tenía.

Lena lograba ponerle a mil, con esa mezcla explosiva de sumisión y lascivia, a veces se preguntaba quien mandaba realmente allí, si ellos o ella. Alzando la mano atrapó su brazo y tiró con fuerza, para que se recostara a su lado.

—Mañana hace seis meses que te mudaste aquí —susurró mientras la acomodaba sobre su pecho.

—¿Seis? —Lena recordó ese primer día, ese primer contacto con el hombre que ahora abrazaba su cuerpo, si había accedido a esa locura, sin duda había sido por él.

—Deberíamos celebrarlo, seguro que los chicos están de acuerdo conmigo.

Lena remoloneó entre sus brazos y se apretó más contra su pecho, le gustaba escuchar el sonido arrítmico de su corazón. John bostezó y miró el reloj de la mesilla por encima del hombro de Lena, ella se dio cuenta de eso e inició el gesto de levantarse, había llegado el momento en que era desterrada a su habitación, pero en ese momento John la apretó un poco más para impedir que se moviera.

—Pasa la noche conmigo —le susurró besando después la curva de su cuello.

—Cla-claro —tartamudeó sin poder evitar esconder su emoción— John... puedo... —dudó un poco— ¿Puedo decirte algo?

—Dispara.

—Creo que te quiero.

John escuchó la confesión de Lena y no pudo evitar sonreír con tal afirmación. Besó de nuevo su pelo, y la atrajo más hacia sí.

—Buenas noches pequeña —susurró antes de dormirse.

Hacía tiempo que no dormía tan bien. La luz empezó a colarse por entre las rendijas de las cortinas, Lena observó como esa luminosidad se difuminaba por toda la habitación, dotándola de un halo casi mágico. John dormía con placidez a su lado, alargó la mano casi con temor y acarició su pelo revuelto. Tenía unas facciones perfectas, unos labios carnosos que invitaban a ser besados, y cuando se torcían en esa sonrisa enloquecedora, a Lena le costaba hasta respirar. Jamás una sonrisa había significado tanto para ella, hasta el punto de hacerle perder la razón y renunciar a su propia voluntad. Todo por esa sonrisa y esos ojos, que la invitaban a soñar con que cualquier cosa podía suceder.

—Buenos días —la voz pastosa de John llegó hasta ella sorprendiéndola.

El chico se giró sobre sí mismo y se estiró cuán largo era en el colchón, aún estaba desnudo y Lena no pudo evitar llevar la mirada a su miembro, totalmente endurecido y casi de forma inmediata se relamió.

—Hay que joderse —soltó John mirándola con picardía—. Eres insaciable.

—Lo siento.

—No te disculpes —rio entonces al mismo tiempo que la empujaba con delicadeza fuera de la cama— prepara café.

—Sí Amo —susurró con voz ronca, cargada de erotismo.

Desapareció por el hueco de la puerta. John saltó al suelo con energías renovadas, ese iba a ser un buen día, estaba seguro de ello. Tomó del armario unos vaqueros desgastados y se arriesgó con una camiseta de manga corta, a pesar de que los días aún eran frescos. Cuando llegó a la cocina, se dio cuenta de que era el último en aparecer. Max le dedicó una mirada de complicidad a la que simplemente respondió con una sonrisa.

—Vivimos en un mundo dónde los listos se hacen los tontos y los tontos van de listos —gruñó Heit dejando el móvil a un lado y fijó entonces la mirada en Lena, vestía simplemente una camiseta de John, un tanga blanco, y estaba totalmente despeinada. Era preciosa.

—Qué profundo —bromeó Max.

Heit volvió a dirigir la mirada hacia la chica y bufó molesto, más consigo mismo que con otra cosa.

—Una *nespresso*, vaselina y podríamos deshacernos de ella.

—¿Me la chuparías tú cuando tuviera ganas de una mamada? —inquirió con descaro Max.

—Ni lo sueñes, que asco —gruñó.

—¿Hoy es el día? —preguntó John sentándose frente a Heit.

—Sí.

—¿Tráfico de esclavos? ¿De armas? ¡Armas! Eres un señor de la guerra...

—Qué gilipollez —espetó John—. ¿Tú ves a este sujetando algo más grande que un revólver?

—Cierto— Max cogió una de las manos de Heit y la observó con detenimiento—. Es demasiado delicado.

Lena observaba desde al lado de la encimera, le gustaba verles así, divertidos, desenfadados, distendidos, con sus bromas y sus risas. A punto habían estado de echarlo todo a perder, pero por suerte, poco a poco todo parecía haber vuelto a la normalidad. Ella tenía su propia teoría sobre el posible empleo de Heit. Blanqueo de dinero, esa era su hipótesis pero no sabía si podía o no, participar en el juego. Así que se mantuvo callada viéndoles reír, sirvió el café con la sensación de que ese iba a ser un gran día.

—Pues suerte en tú presentación o lo que sea —le dijo John antes de que Heit abandonara la cocina.

—Como salga bien... —dijo este frotándose las manos solo de imaginarlo — Esta noche cenamos fuera, hasta podemos llevarnos a la mascota —soltó antes de desaparecer.

Le encantaba decir esas cosas, era divertido. Le gustaba ver como en los ojos de Lena cruzaba la sombra de la rabia, y como luchaba consigo misma para no decir nada. Repasó que tuviera todo lo necesario dentro de ese viejo maletín, regalo de sus padres y salió del apartamento.

—Hoy va a ser un gran día —exclamó mientras bajaba los escalones de dos en dos.

En la cocina los chicos seguían elucubrando sobre cuál era exactamente la

función de Heit, en esa gran empresa en la que se suponía que trabajaba. La verdad era que todo lo referente a su trabajo seguía siendo un gran misterio.

—Empiezo a decantarme por algo de la mafia, blanqueo de dinero o algo por el estilo —soltó Max y Lena asintió—. ¡Ves! Lena me da la razón.

—Te da la razón como a los tontos.

—Me da la razón porque la tengo. Todo encaja.

—Si tú lo dices... Voy a salir —cambió de tema John—, ¿quieres venirte conmigo? —ofreció a Lena—. Puedo dejarte en el centro repartiendo currículos y te recojo a la hora de comer.

Lena dudó, hacía semanas que había desistido de buscar empleo o puede que lo que realmente ocurriera, era que no deseaba encontrarlo.

—Venga vístete —la animó Max.

Sonrió y corrió por el pasillo para no hacerle esperar, pasar la mañana en el centro no le hacía especial ilusión, pero comer con John era una «cita» que la hacía enormemente feliz.

Sentada en la terraza de ese bar, viendo la gente pasar, jugó a imaginar qué oscuros secretos escondían tras esas fachadas de pura felicidad. En secreto se preguntó que, si alguien la viera a ella, ¿qué pensaría? ¿Podría alguien imaginar, con solo mirarla todo lo que estaba sucediendo a su alrededor?, ¿en su interior? Porque Lena era consciente que el mayor cambio había sido dentro de ella. No era la misma que había llegado a ese apartamento meses atrás. Miró el pliegue de papeles que tenía sobre la mesa. A su lado una pareja hablaba en susurros, intimidad solo rota de vez en cuando, por alguna carcajada de la chica. Lena se levantó de la silla con el vaso de cartón reciclado en la mano derecha, y se acercó hasta la papelera más cercana

donde lo arrojó, junto con todos los currículos.

Deambuló por los pasillos del centro comercial hasta que, tal y como habían quedado, John la recogió. Cuando lo vio de lejos caminar hacia ella se estremeció. Era el hombre perfecto, de hecho a su manera, los tres lo eran, y ella se estaba volviendo completamente loca. Sintiendo tantas cosas y todas a la vez. John llegó a su altura con una sonrisa pintada en el rostro, como siempre besó sus labios y se enredó en su cintura, Lena jugó a imaginar entonces qué era lo que debía pensar el resto, y solo podía ser una cosa, solo cabía una posibilidad, cuando el mundo la mirara en ese instante solo podía pensar que ella era la mujer más afortunada del mundo.

—¿Te ha cundido el día? —le susurró él bajando la cabeza y acariciándole el lóbulo con su aliento.

—Bastante —se sintió mal por mentir y a punto estuvo de decirle la verdad, que no quería encontrar un trabajo que hiciera que la situación entre ellos, entre los cuatro, cambiara—, sí, bastante —reafirmó. Sabía que mentirles estaba mal y traía consecuencias, pero no sabía si la verdad sería mucho peor.

—Pues venga, para casa —sonrió de medio lado de un modo tan seductor que a Lena se le olvidó respirar—. Max curra de tarde y de Heit no se sabe nada aún, tenemos el apartamento para nosotros solos —le susurró guiñándole el ojo.

John era como un caramelo relleno, duro, pero con un interior cremoso. Parecía dar una de cal y una de arena, lo que hacía que la relación con él fuese para Lena, una montaña rusa en la que nunca podía estar segura de si se encontraba subiendo o ya a punto de caer. Solía castigarla si hacía algo «mal», aunque no con la rudeza de Heit, pero al igual que Max, también era dulce y se preocupaba por ella.

Lena terminó de abrocharse el sostén bajo su atenta mirada, que seguía desnudo sobre su cama donde habían pasado las últimas horas.

—Nos hemos olvidado de comer —soltó él mirando el reloj— y casi que se nos pasa la hora de la merienda.

—Puedo preparar algo... —se ofreció Lena terminando de vestirse.

El sonido de algo estampándose contra la pared hizo que la frase muriera en sus labios, John se alzó de la cama como un resorte y tal como había venido al mundo salió de la habitación, a tiempo de ver a Heit pateando la banqueta que hacía las veces de estantería de chaquetas y demás piezas de ropa, sin ubicación específica.

—Joder qué asco —exclamó Heit girándose de golpe— vístete quieres, no tengo por qué estar viéndote la polla.

John rebufó, fue a contestarle pero prefirió callar. Cuando Heit tenía un mal día solía pagarlo con todo y con todos, agradeció que Max trabajara hasta tarde, pues en días como ese solían engancharse. Así que no hizo caso y simplemente se tapó sus partes nobles con una de las manos.

—No ha ido bien —no fue una pregunta sino una afirmación, cosa que encendió más al chico que lo fulminó con la mirada.

—¡Tengo pinta de que haya ido bien! ¡Joder! —volvió a chillar— ¡Mierda! —gritó entonces golpeando con el puño una de las paredes.

John sabía que el único modo de que se calmara era dejarle hacer, apartándose de su camino de furia. Cuando se hubiera desahogado rompiendo un par de cosas, volvería ser el mismo de siempre, que no se caracterizaba por tener mucho mejor humor, pero al menos no golpeaba ni chillaba, o no tanto.

—¿Toda la tarde follándotela? Eso es lo que necesito yo, echarle un buen polvo.

—Heit... —John dudó un poco, no quería enfurecerlo más, sin embargo, bajo ningún concepto permitiría que Lena se acercara a él en ese estado.

—Había en juego millones... ¡Millones! —volvió a exclamar— ¿Dónde está?

—Será mejor que te calmes.

—¡Estoy muy calmado!

—Sí, ya lo veo...

John retrocedió un par de pasos hasta quedar frente a su habitación e hizo un gesto a Lena, para que no saliera de allí y cerró la puerta después dejándola sola dentro.

—¡Esto es una auténtica mierda! ¡La he cagado John! He metido la pata hasta el fondo...

—Seguro que podrás arreglarlo, siempre lo arreglas todo...

—¡Ahí te he visto! —exclamó golpeando ambas manos.

—No hay nada que no puedas solucionar, ¿recuerdas cómo conseguimos este piso? —dijo guiñándole un ojo.

Heit sonrió, aunque ni por un segundo sus nervios se habían calmado, sentía la sangre bullir en sus venas, como si fuese ponzoña lo que le recorriera por dentro. Estaba furioso porque se le habían anticipado, él que presumía siempre de ir un paso por delante de los demás, le habían disparado con su propia arma. Y nada podía enfurecerle más que sentirse un completo estúpido, que era cómo le habían hecho sentir. Necesitaba gritar, romper, golpear... Buscó con la mirada a Max, pero supuso que no estaba en el apartamento, pues de haber sido así ya habría salido a soltar alguna de sus tonterías.

—Voy a vestirme.

—Eso tío, un poco de decoro —gruñó.

Lena aguardaba tras la puerta, escuchando ¿asustada? Negó con la cabeza, nunca había visto a Heit tan... ¿Enfadado? No, así no era como estaba, Heit estaba desesperado, perdido y decepcionado consigo mismo. Él era mucho más de lo que se podía ver en la superficie, todos ellos lo eran, y Lena había aprendido a mirar un poco más allá.

—Joder que cabreo lleva —dijo John entrando en la habitación y cazando del suelo sus calzoncillos— será mejor que no te dejes ver mucho, quédate aquí si quieres —ella negó con la cabeza—. Sshhhh pequeña, te lo digo en serio.

—Necesita desahogarse.

—Sí, contra una pared, no contra ti —John atrapó sus mejillas entre las palmas de las manos— Lena, lo digo en serio —y besó la punta de su nariz.

—Para eso estoy aquí, ¿no? Satisfacer vuestras necesidades.

—No digas gilipolleces —la reprendió.

—Heit me necesita.

—Ya, pero... —empezó— Mira, no voy a decirte lo que tienes que hacer, aunque si fueras medianamente lista, te quedarías aquí escondida.

—De ser medianamente lista, me habría largado de esta casa hace hoy exactamente seis meses.

—*Touché* —reconoció John terminando de ajustar la camiseta a su cuerpo. La miró y se apartó de la puerta, dejándole el paso libre. Si quería salir, al fin y al cabo, ella tenía razón—. Te va a hacer daño —la advirtió cuando pasó por su lado.

Pero ella no dijo nada y simplemente salió, dejándole plantado en la habitación.

Heit estaba en la cocina, para mayor desgracia suya se habían terminado las cervezas. Gruñó de desagrado, cuando tuvo que coger un refresco para calmar su sed. El día iba a peor, no tenía pinta de...

—Mejorar —susurró cuando la vio aparecer—. Vaya, ¿has venido a traerme las zapatillas como la buena perrita que eres? —Lena no dijo nada, había aprendido a base de golpes, que con Heit era mejor bajar la mirada y dejarle hacer—. Eres una perra consentida —escupió con desdén.

Heit dejó la lata sobre la encimera y pasó por su lado sin tan siquiera rozarla, dirección a su habitación. La furia recorría sus venas y se evaporaba por todos los poros de su piel. Lena sintió su tensión, cómo todo su cuerpo caminaba rígido hasta el final del pasillo, sus manos se habían tornado puños durante un instante, acumulando todo ese mal estar en su interior, como si tuviera miedo a explotar de pronto. ¿De explotar contra ella? Desapareció tras la puerta del dormitorio. Lena dudó un instante, antes de dirigir sus pasos hacia allí. Su cabeza le decía que no se acercara, su corazón le exigía hacer algo por él. Golpeó con los nudillos y esperó a qué él hablara, pero al no obtener respuesta se atrevió a entreabrir.

—Amo Heit —susurró con temor.

Heit estaba tirado en la cama con la cabeza hundida entre los almohadones. Sus hombros temblaron un instante, antes de volver a la rigidez habitual.

—¿Qué mierda haces aquí? —masticó cada palabra, que salió teñida de rabia contenida.

—Si necesita algo Amo...

—Una puta máquina del tiempo, ¿tienes una? —ella negó con la cabeza.

—Pero si yo puedo hacer algo por...

—Desaparece.

—No.

—Lena, no me toques los cojones, hoy no... No quiero...

Lena caminó un par de temblorosos pasos en su dirección, él se levantó de la cama y la observó sorprendido, ella se arrodilló ante él, bajando la mirada, totalmente sumisa y a su merced, él tenía el control, al menos en esa habitación él estaba al mando. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, le gustaba tener el control.

Alzó la mano y la descargó contra el rostro de ella.

El sonido de la cremallera del pantalón de él rompió el silencio.

—A tragar que está salado.

Unas horas después, Heit dejó que el agua caliente de la ducha terminara de disipar su mal humor, mañana sería otro día y no dejaría que su desliz marcara el resto de su carrera, que sin duda no había hecho más que empezar.

En ese mismo instante Max miró el reloj, había salido tarde, demasiado. Subió los escalones de dos en dos hasta la puerta del apartamento. Estaba cansado, una ducha y dormir, en sus planes no entraba ni cenar, no tenía hambre, odiaba el turno de tarde. Cuando entró, le llamó la atención que las luces del salón estuvieran apagadas y que la casa pareciera sin vida, a esas horas solían estar todos cenando. Dejó caer la mochila al suelo, al lado de la puerta y dio su habitual grito de bienvenida al que nadie respondió. Tras la puerta del baño se escuchaba el sonido del agua correr, maldijo por sus adentros, le tentó la posibilidad de golpear la puerta hasta que Heit o John, el que fuese saliera, pero decidió pasar de cena, de agua y tumbarse en la cama.

—Pero qué... —dijo al encender la luz.

Lo primero en lo que se fijó no fue en Lena, replegada sobre sí misma a los pies de la cama de Heit, lo primero que vio fue el desorden, la silla en el suelo, las cosas de la mesa esparcidas por doquier y su cama desecha. ¿Habían follado en su cama? El repaso general paró entonces en esa mujer hecha ovillo.

—¡Lena! —corrió a agacharse a su lado y la recogió entre sus brazos— Hostias Lena... ¡John! —gritó entonces— Venga nena, arriba.

Cargó con ella hasta su habitación mientras volvía a vociferar el nombre de su compañero. Lena tenía marcas en su cuerpo desnudo, estaba despeinada, sudada y bien podía ser que cubierta de otras cosas, en las que Max de nuevo prefirió no pensar. Un hilillo de sangre ya reseca, cruzaba en diagonal desde su labio a todas luces hinchado, hasta perderse por la mandíbula, y en sus nalgas se apreciaban las marcas de los recientes azotes. La dejó con delicadeza sobre el colchón.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Max cuando vio entrar a John.

—Que Heit estaba cabreado, lo de esta mañana ha salido mal.

—Maldito hijo de...

—¡Frena! —dijo John interponiéndose— Advertí a Lena que no se acercara a él y pasó de mí, ella fue a buscarlo.

—Y una mierda —gruñó mirando hacia la cama donde la chica parecía dormir—. ¿Y tú no has hecho nada?

—¿Qué querías que hiciera? Le dije que se quedara conmigo y eligió irse con él. Voy a por el botiquín y un paracetamol.

Max se sentó al lado de la chica, apartó con cuidado el mechón de pelo que cubría parte de su rostro y lo colocó tras su oreja. Se levantó con todo el cuidado que era capaz y cogió del armario una toalla, que humedeció con agua del botellín que había en la mesilla. Se sentó de nuevo y empezó a limpiar su rostro. Ella sollozó entonces, pero no se despertó.

—Está bien ¿no? —le preguntó a John que se había sentado al otro lado de la cama.

—Cansada y dolorida, nada más —aunque por un momento dudó que a Heit no se le hubiera ido de las manos, pues tenía algunas contusiones en la espalda.

Max siguió resiguiendo la curva de su cuello con la toalla hasta que logró eliminar el rastro de sangre reseca. Después fue John quien con unas gasas, curó algunas de las heridas y con la ayuda de ambos la incorporaron para que se tomara un analgésico, que la ayudara a descansar.

—Hoy será mejor que duermas aquí —le sugirió John, más por el temor de que él y Heit coincidieran solos en la misma habitación, que por otra cosa.

—Voy a atizarle igual —advirtió—. Puede que un poco más flojo por no pillarme en caliente, pero la hostia se la va a llevar de todas formas puesta.

—Me parece perfecto.

—Lo digo en serio John...

—Si ves que le cuesta dormir puedes darle otro, te dejo aquí el bote —dijo ignorando su último comentario—. Si me necesitas llámame.

Cerró la puerta de la habitación de Lena una vez hubo salido de ella y no dudó un instante, hacia dónde dirigir sus pasos. Heit estaba tumbado en la cama, el pelo aún húmedo había creado un pequeño charco en ella. No alzó la mirada de su *tablet* cuando John entró. Puede que sí lo hubiese hecho, si el que

entrarse hubiese sido Max.

John deambuló un poco por la desorganizada estancia, el pulcro de Heit y el cerdo de Max compartiendo el mismo habitáculo. No deberían haber sorteado las habitaciones, solo había enrarecido la convivencia y dificultado más las cosas. Se sentó a su lado.

—¿Qué? —bufó dejando la *tablet* al lado.

—Te has pasado.

—Es tu opinión.

—Es una evidencia.

—Ella me ha buscado.

—Lo sé. Ella quería que te desahogaras, que te sintieras mejor. ¿Te sientes mejor?

Heit fue a responder, abrió la boca y la volvió a cerrar. Dudó. Por segunda vez en mucho tiempo se quedaba sin argumentos, la primera había sido durante la nefasta reunión. Se levantó de la cama tal como había hecho John, ambos se miraron un segundo.

—Encaja el golpe —le advirtió John y acto seguido estampó su puño en la mandíbula de Heit, que se tambaleó contra el escritorio haciendo caer diversos libros al suelo.

—Joder... —gritó Heit. Se levantó aturdido, pero no dijo nada más, solo lo miró de frente y cerró los ojos cuando intuyó un nuevo golpe de John, directo a la ceja. La sangre empañó su mirada —¿Ya? —preguntó y el sabor a sangre se coló dentro de su boca.

—Suficiente.

—Pegas como una nenaza.

—Si quieres le digo a Max que termine él... —Heit negó con la cabeza.

—Gracias —le susurró Heit antes de que le dejara solo en la habitación, consciente de que de algún modo John le había salvado de algo peor.

Le dolía la mano. No era de los que solucionaba las cosas con violencia, a decir verdad era la primera vez que golpeaba a alguien, para defenderse siempre había contado con la inestimable ayuda de Max, el mismo que en ese instante abría la puerta de la habitación de Lena, para saber qué estaba ocurriendo. John sacudía la mano entumecida y Max lo miró sin poder evitar la sorpresa.

—No te vas a llevar siempre tú la parte divertida —dijo John al pasar por su lado.

—¿Le has dado fuerte? —John asintió— ¿Seguro?

—Seguro —afirmó—. Tema zanjado.

—Eso ya lo veremos.

—Asunto zanjado —repitió John.

—Zanjado, pero no olvidado —gruñó a regañadientes— y eso te tiene que valer —advirtió antes de que él protestara.

El apartamento quedó a oscuras. Ni un solo sonido que rompiera esa aparente paz. Heit pasó la noche en vela, observando el techo de su habitación, pensando y trazando un nuevo plan, una nueva estrategia para lograr compensar su error. Había subestimado al adversario, algo sin duda impropio de él. En ningún momento pensó en Lena o en lo que en ese colchón había ocurrido, y solo el dolor de su ceja le hacía distraerse de su propósito.

Al otro lado del pasillo, en la puerta que quedaba frente a esa habitación, John maldecía el momento en que había evitado que Lena se marchara. Si la hubiese dejado ir ese primer día, ahora todo sería distinto, menos excitante y morboso pero más tranquilo y apacible seguro. Le dolía la mano. Se durmió pensando en ese dolor, pero en lo divertido que había sido pegar a Heit, bueno no a él sino pegar a alguien en general. Una nueva experiencia, ahora entendía

porque a Max le gustaba tanto meterse en peleas.

Lena se movía inquieta entre las sábanas. Sentado a su lado Max no perdía detalle de cada movimiento, cada quejido, cada gesto que pudiera delatar dolor. Veló su sueño hasta que salieron los primeros rayos de sol. Hacía tiempo que no veía amanecer al menos, no sin estar bajo los efectos del alcohol. Se levantó y se acercó a la ventana, el verano estaba cerca y se preguntó qué pasaría entonces con ella, con todos. Estaba claro que algo no funcionaba con el acuerdo, al principio todo era nuevo y divertido, someterla, follársela, ver como los otros lo hacían... era todo un juego. Pero de un tiempo a esa parte no era así, algo había cambiado, aunque no sabía exactamente el qué.

El murmullo de Lena hizo que se girara hacia la cama, donde bajo la maraña de sábanas se escondía el menudo cuerpo y tuvo claro, que si algo fallaba en esa ecuación era Heit. Él era la manzana podrida en esa relación a cuatro.

—Buenos días —susurró volviendo a su lado—. ¿Estás bien?

Ella asintió algo entumecida, no recordaba cómo había llegado a su habitación, y por un segundo no supo lo que había pasado, hasta que los fríos ojos de Heit volvieron a su recuerdo haciéndola estremecer.

—Me duele un poco la cabeza.

—¿Solo la cabeza? Has tenido suerte entonces —Max la observó unos instantes, sentía una enorme curiosidad por saber qué era lo que pasaba por su mente.

—¿Podrías darme otra de esas? —preguntó Lena señalando el frasco de analgésicos de la mesilla de noche.

—¿Por qué?

Lena dudó.

—Porque me duele la cabeza —dijo sin pensar en que esa respuesta y el tono, podrían ser considerados una posible falta de respeto.

—No, por qué sigues aquí.

—No... no lo entiendo.

—Lena, eres una tía lista, muy guapa... ¿Qué mierda haces soportando todo esto? ¿Eres adicta al dolor o alguna de esas cosas raras?

¿Lo era? No podía negar que todas esas cuestiones y algunas más, rondaban su cabeza los últimos tiempos. Sentía placer en el dolor, sentía placer cuando era sometida, cuando les complacía, cuando follaban, cuando le hablaban, cuando...

—Creo que no —dijo entonces.

—¿Crees?

—No lo sé... Una vez que sabes que no te rompes, solo te sientes vivo comprobando hasta donde puedes aguantar.

—No puedes estar hablando en serio —exclamó Max levantándose de la cama, para instantes después volverse a sentar a su lado—. ¿Se puede saber qué pasa por tu cabeza? ¿Por qué sigues aquí? —repitió de nuevo esperando que le diera una respuesta, que él fuese capaz de comprender.

—Supongo que porque os quiero.

—¿Qué nos quieres? Hablas de... ¿Amor?

Lena alzó los hombros, no sabía qué debía responder a eso.

—Sé que no es muy normal, pero... lo normal es solo algo a lo que uno se

acostumbra.

—¿Quieres decir que estás enamorada de mí? —Lena asintió bajando un poco la mirada— ¿De John? —Lena volvió a asentir— De Heit —esa vez el tono no era una pregunta, sino que escapó de entre sus labios como una sentencia, una afirmación lapidaria que amenazó con atragantarle.

—Sssssí —dijo aún sin ser capaz de alzar la mirada.

—Lena yo... No sé qué decir.

—Pues no digas nada —sonrió con timidez.

—¿Quién te ha hecho tanto daño como para pensar que esto es amor? —dijo señalando las marcas de sus muñecas y los arañazos de sus muslos. Iba a volver a hablar, cuando la aparición de John les interrumpió.

—Buenos días —saludó dejando la puerta abierta, como estaba habitualmente—. ¿Cómo está?

—Pregúntale a ella —dijo Max aún aturdido por la confesión de la chica.

—Cierto —John dirigió entonces la mirada a Lena, que estaba inusualmente sonrojada, supuso que debido al malestar—. ¿Te encuentras mejor? ¿Me dejas que mire si tienes fiebre?

—Estoy bien —susurró bajando de nuevo la mirada.

John rozó su frente para asegurarse de que no tuviera fiebre y examinó las heridas de sus muslos, tobillos y muñecas.

—Tengo que salir, pero podéis llamarme si necesitáis algo.

—¿Y Heit? —preguntó Max, sin evitar el tono de desdén al pronunciar el nombre de su «amigo».

—Ha salido. Max, ayúdala a lavarse un poco y deberías comer algo —añadió mirando entonces a Lena.

—No te preocupes, yo me encargo de ella.

—Bien. Oye Max... —con un gesto le indicó que saliera de la habitación.

Lena se incorporó como pudo en el colchón, pegando la espalda al cabezal de la cama. Estaba dolorida y amoratada, seguía desnuda y sentía como el interior de sus muslos estaban pegajosos. Intentó alcanzar a escuchar lo que fuera hablaban, pero ellos se habían alejado un poco. Sabía que Max estaba enfadado, incluso esa apreciación se quedaba corta, sin embargo John se mantenía impassible como siempre. ¿Qué pasaría con ella si Max le decía al resto lo que le había confesado? ¿Sentían ellos lo mismo?

Notó un fuerte pinchazo en medio del pecho, ¿y si ellos no la querían? Necesitaba desesperadamente que ellos también la quisieran.

Capítulo 6

Los siguientes días fueron inciertos y les precedieron noches aún peores. La tensión en el apartamento no había descendido en ningún momento, al contrario cada día que pasaba, parecía más difícil recuperar la normalidad. Lena sufría por ello. Después de mucho tiempo había encontrado el lugar donde quería estar, entre los brazos de John, enredada en las sábanas de Max, a los pies de Heit... Había rozado con la punta de los dedos la felicidad, aunque mucha gente bien habría podido cuestionársela, pero por desgracia la había perdido, esta se esfumaba de entre sus dedos, era como intentar retener el agua con las manos, un trabajo imposible.

Esa mañana fue como las anteriores. Lena se levantó, hacía ya calor, lo que le permitía ir con menos ropa, preparó el café que sirvió en cuatro tazas. El primero en entrar fue Heit, que la saludó con un simple movimiento de cabeza, sus humillaciones y golpes dolían menos que su actual indiferencia.

—Amo —dijo ella llamando su atención— hace días que no... y...

—¿Y...?

—Me preguntaba si podía hacer algo para...

La puerta se abrió, Max clavó su profunda y oscura mirada en Heit. Desde ese día apenas hablaban entre ellos. Un muro posiblemente insalvable se había alzado entre los dos y aunque Max había dado por bueno el escarmiento de John, seguía con ganas de golpearlo un poco más. Pero había prometido zanjar el tema y aunque le estaba costando, era hombre de palabra.

—Buenos días pequeña —susurró John atrapando sus labios, y como cada vez que él hacía eso, el corazón de Lena dio un brinco y su piel se erizó—,

estás preciosa esta mañana— continuó sabiendo lo que sus palabras provocaban en ella.

John miró a su alrededor. La situación empezaba a ser insostenible y de no hacer nada al final lamentarían lo sucedido, alguien debía poner cartas en el asunto, y ese alguien era él. Dejó el café sobre la encimera y se encaró visualmente a Max, el chico fue a decir algo, pero Jon alzó la mano para detenerlo.

—Vete a tu habitación —le ordenó en un susurro a Lena.

La observó mientras desaparecía de la cocina y esperó unos instantes prudenciales antes de empezar.

—Ya está bien de tanta gilipollez —exclamó con enfado—, tenéis que arreglar esto.

—No hay nada que arreglar —dijo Max cruzando los brazos a la altura del pecho, poniéndose a la defensiva— Heit es un cabrón.

—Cuidado —dijo el aludido bajando del taburete donde estaba sentado— que, aunque me saques una cabeza, te puedo dar un buen par de hostias.

—Me gustaría ver cómo intentas hacer eso —Max adelantó un paso hacia él.

—Joder, parecéis niños en el patio del colegio. ¿Vais a daros de tortas? — Les miró a ambos inquisitivamente, pero ninguno de los dos movió un solo musculo— Ya decía yo —sentenció al fin—. ¿Os tengo que recordar lo que pasó con Danielle en el último año de instituto?

—No es lo mismo —exclamó Max retirándose un poco, pues estaba casi pegado a Heit con la clara intención de intimidarle, aunque no hubiese resultado.

—Ni remotamente —confirmó el otro.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

—Puede que no sea igual —les concedió John a ambos— pero todos hicimos una promesa, ¿o es que vuestra palabra no vale una mierda? —los dos quedaron callados— Prometimos que jamás dejaríamos que una tía se interpusiera entre nosotros —les recordó.

—No se trata de un ligue o una tía cualquiera —empezó Max—, se trata de Lena —y para él, esa afirmación, era explicación suficiente.

—Oh venga.

—¿Qué quieres decir con «oh venga»?

—«Se trata de Lena...» —se burló Heit—. Se trata de alguien que ha firmado un contrato cambiando sexo por... una habitación —soltó y aunque su tono era neutro, se podía adivinar en sus palabras cierto desprecio—. No, espera —instó Heit viendo que iban a interrumpirle— se trata de una tía, que deja que la mantengan a cambio de polvos, que tiene una palabra de control que puede usar en cualquier momento y te aseguro Max, que no usó. Lena vino a mí ese día y en ningún momento me pidió que parara, que me detuviera, éramos dos adultos disfrutando de una buena sesión de sexo, duro pero consentido. Lo siento Max, lamento tener que decirte esto, pero Lena disfrutó con lo que hicimos, joder, ¡si se corrió como una perra en celo!

—Vete a la mierda —soltó empujándole contra la nevera.

—Max, no voy a negar que me sobrepasé, estaba muy cabreado y te prometo que no volverá a ocurrir, pero no me eches toda la mierda a mí, te juro que ella vino buscando lo que se llevó.

—Te pasaste.

—Me pasé y lo lamento.

—No es conmigo con quien tienes que disculparte.

—No pienso disculparme con ella —le aseguró—. Creo que todos tenemos claro, en qué consiste este juego...

—Bueno va —intervino entonces John bastante satisfecho—, que somos amigos desde hace mucho, no podemos dejar que esto nos joda... Heit, siento haberte golpeado —dijo alargando la mano que el otro encajó.

—Olvidado, tampoco es que pegues muy fuerte —bromeó.

Ambos miraron a Max, parecía mantener una lucha interior consigo mismo, era como si de un momento a otro su cabeza fuese a estallar, salpicando las paredes de ideas. En el fondo sabía que Heit tenía parte de razón. Era un gilipollas integral, lo había sido siempre, pero Lena tenía una palabra de control, ella podía detenerles en cualquier momento y no lo había hecho, en los más de seis meses que llevaba en la casa jamás había dado muestras de no poderlo soportarlo, al contrario, parecía que disfrutaba y muchas veces Max se preguntaba quién dominaba a quien, pues Lena parecía tener el papel de sumisa muy bien aprendido. Suspiró. Tan solo había usado la palabra en una ocasión y no fue para ella... La cabeza de Max bullía de ideas.

—Lo siento —gruñó al fin—, he sido un capullo.

—No podemos dejar que esto termine con nuestra amistad —susurró John visiblemente más tranquilo de que las cosas volvieran a su cauce.

—Tienes razón —Max cogió de nuevo su café y se sentó.

—Sigo pensando que le gustó —susurró Heit al oído de John—. Es toda una cerda.

John lo empujó divertido, antes de que Max se diera cuenta o escuchara algún comentario, no estaba el tema para bromas entre ellos. Y de pronto tuvo una idea.

—Salgamos esta noche —propuso—, hace tiempo que no salimos. Corrámonos una juerga como las de antes.

—A bebernos hasta el agua de los jarrones.

—Por mí perfecto —dijo Heit— necesito despejarme un poco.

—Decidido, esta noche salimos los cuatro. Será divertido.

En la otra punta de la casa, Lena llevaba rato paseando por la habitación, muriéndose de ganas de saber qué pasaba, suplicando calladamente que John fuese capaz de solucionarlo, aunque sin duda si alguien podía lidiar con la situación, ese era John. Al rato escuchó la puerta de la calle cerrarse, el sonido metálico hizo que le diera un vuelco el corazón. ¿Quién se habría ido? ¿Por qué? ¿Lo habrían arreglado? Miles de preguntas y la respuesta estaba si salía de la habitación, pero no podía. Aguardó impaciente a que alguno de los dos chicos que quedaban en el apartamento fuese a decirle algo, lo que fuera. Se sentó en la cama y se volvió a alzar al minuto. Abrió la ventana y dejó que el aire fresco de la mañana, se colara en la habitación y la ayudara a despejarse un poco. Pensó entonces que hacía días que no salía de esas cuatro paredes, se había acostumbrado tanto a estar ahí que cada vez se le hacía más difícil eso de salir al exterior, socializar, cruzarse con gente...

—Me marcho —dijo John desde el pasillo.

Quiso preguntar, pero no sabía si debía hacerlo, aunque a esas alturas ya daba un poco igual, temía que todo se hubiese estropeado sin posibilidad de solución.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién se ha ido? ¿Están muy enfadados? —las palabras salieron de manera atropellada.

—Eh respira —sonrió— todo está solucionado —dijo enarcando una ceja en señal de suficiencia, gesto que encantó a Lena— Heit se ha ido a recoger no sé qué, de no sé dónde y yo me voy al cumpleaños de mi hermana, pero esta noche hemos decidido que saldremos —dijo guiñándole un ojo.

—¿Salir?

—De fiesta.

—Ah...

—¡Joder! Llego tarde.

John salió a toda prisa, cruzándose en el pasillo con Max que estaba pensativo. El sonido de la puerta le sobresaltó, pues a pesar de que John se había despedido, este no le había escuchado. Se alegraba de haber aclarado las cosas con Heit, pero era mucho más fácil pensar que este era un cabrón psicópata a no que Lena... Y sin pretenderlo estaba frente a su habitación observándola. Llevaba puesta una camiseta blanca de tirantes, que dejaban entrever sus rosados pezones. Bajo esta, unas simples braguitas de algodón del mismo color, estaba descalza y su pie derecho se movía de manera nerviosa sobre el colchón. Con esa descripción no habría llamado la atención de nadie, pero Lena poseía un encanto especial, un embrujo de sirena, no le hacía falta valerse de artificios para resultar tremendamente atrayente.

—Me alegro que todo se haya arreglado —dijo, pues con Max siempre podía mostrarse un poco menos temerosa, pues él no era como John, y mucho menos como Heit.

—Supongo que sí —él forzó una sonrisa, tenía ganas de preguntarle por qué no había hecho que Heit se detuviera, por qué había dejado que la golpeara y Dios sabía que cosas más, pero temió escuchar la respuesta, una que se negaba a aceptar—. Voy a tocar un rato.

—¿Es una invitación? —exclamó contenta.

Lena salió de la habitación siguiendo la estela de ese hombre de contrastes. Tan frío por fuera, tan cálido por dentro. Era fácil estar con él, si sabías superar la barrera de la primera impresión. Se sentó silenciosa en el sofá y recogió las piernas contra su pecho, rodeándolas con ambos brazos después. Adoraba escucharle tocar. Era su momento. Cuando tenía la guitarra entre las manos se transformaba y era verdaderamente él.

Los primeros acordes de *Fade to black* inundaron el salón, Lena se dejó arropar por el sonido de la guitarra, cerró los ojos un instante dejando que la música penetrara en ella. Le encantaba esa canción, lo que no sabía era cómo podía saberlo él.

—Life it seems to fade away...

La grave voz de Max la sobresaltó, jamás en los más de seis meses que llevaba en esa casa le había escuchado cantar. Abrió los ojos y se sorprendió al ver la oscura mirada de él sobre ella, sus ojos quedaron imantados, mientras la profunda voz de Max seguía engulléndola, cortándole la respiración. No podía moverse, subyugada a ese momento, a esa música, esa letra y esa voz. Su corazón empezó a latir con fuerza dentro de su pecho, que ascendía y descendía al ritmo de su acelerada respiración.

—No one but me can save my self but it's too late...

—Nadie más que yo puedo salvarme, pero es demasiado tarde —susurró Lena presa del embrujo.

Ni siquiera se dio cuenta del instante en el que había terminado la canción, cuando volvió a la realidad de ese salón se encontró con que él seguía mirándola, Lena abrió la boca pero no supo que decir.

—Muy sutil —le recriminó al fin, obviando el hecho de que le debía «sumisión y respeto».

—He estado pensando en lo que me dijiste —Max habló despacio, mientras apretaba más la guitarra contra su cuerpo, seguramente para esconder sus nervios.

—¿Sí?

—Sí, le he dado vueltas y creo que no tienes ni puta idea de qué es el amor.

Se quedó atónita. Esas palabras la molestaron, ¿quién era él para poner en

duda lo que sentía? Quiso defenderse de tal ataque, pero no sabía muy bien que decir.

—Esto es muy injusto, tú no puedes saber qué es lo que siento.

—Lena, cuando te enamores de alguien, lo entenderás.

—No sabes nada de mí...

—Sé que estás enganchada a esta mierda, ¿no puedes vivir sin nosotros?, ¿nos necesitas?, ¿solo aquí te sientes a salvo?, ¿todo tu mundo gira en torno a esto? No es amor Lena, es dependencia, obsesión insana, nada tiene que ver con estar enamorado...

—Que sabrás tú —escupió arrepintiéndose de inmediato.

—Lo sé porque...

—¡Eh! Hacía mucho que no sacabas la guitarra —exclamó Heit sorprendiendo a ambos entrando al salón— No me digas que solo tocas para ella, que romántico —se burló.

Lena observó a Max y vio como descendía la mirada un instante, un gesto que pasó inadvertido a Heit, pero no a ella. Tan solo había transcurrido un segundo, pero suficiente para que Lena se replanteara muchas cosas, tantas que sintió una punzada en la sien, ¿estaba él enamorado?

—Tan romántico como la hostia que te voy a soltar —respondió Max recobrando el aplomo y enfundando de nuevo el instrumento.

—Tranquilo fiero, que acabamos de reconciliarnos, por cierto me debes un polvo.

—O tú a mí, ya sabes que me gusta que grites mi nombre.

—Marica —gruñó Heit—. Tú qué perrita, ¿disfrutando del concierto?

Max dejó la guitarra apoyada en la esquina del mueble, desde que se había mudado a la habitación de Heit no tenía otro sitio donde dejarla, cogió de la mano a Lena antes de salir y tiró de ella para que le siguiera. Heit protestó viendo como se llevaban su objeto de distracción favorito. Odiaba los fines de semana y no tener que trabajar, aunque reconocía que estos eran menos tediosos desde que ella se había mudado. No tener que esforzarse por follarse era un lujo al que le iba a costar renunciar, pues sabía que los días de Lena en ese apartamento estaban contados.

Se dejó caer en el sofá y encendió el televisor subiendo el volumen, por si Max tenía pensado hacer algo con ella, no tenía ganas de calentarse inútilmente si no le iban a dejar desfogarse, por suerte al día siguiente cuando Max y John sucumbieran a la resaca, Lena sería toda suya, iba a empezar la mañana cobrándose todos los que no le había echado los últimos días.

La tarde había pasado lentamente, los nervios iniciales dieron paso a las ansias de salir a divertirse. Lena se sentía entusiasmada, delante del armario repasó la poca ropa que tenía. Eligió una minifalda negra que combinó con un top del mismo color, que dejaba parte de su plano vientre al aire. Se miró al espejo satisfecha de su elección, cerró el armario y se dirigió a la puerta de la habitación, detuvo sus pasos antes de salir, había algo que no estaba del todo bien y esa noche tenía que ser perfecta, volvió a mirarse sin saber, qué era lo que fallaba en su elección. Se giró a derecha e izquierda, observando su propio reflejo, se miró por delante y por detrás... metió ambas manos bajo su falda y alcanzando la goma del tanga tiró de él para hacerlo descender hasta que cayó a la altura de sus tobillos. Dio un paso al frente dejándolo olvidado en el suelo. Volvió a observarse.

—Ahora sí —susurró.

—Wow —exclamó John palmeándole en el culo cuando la vio aparecer—
Estás que rompes, ¿lista?

—Lista.

—¿Dónde vamos a ir? ¿Al Manhattan, Cosmo...?

—Me han hablado de un sitio nuevo... —propuso Heit— además no está

lejos de aquí.

—Genial, vamos —respondió John poniendo una mano en la espalda de ella para acompañar sus pasos.

Las noches empezaban a ser ya calurosas. Decidieron coger un taxi para que fuese más cómodo el regreso y no se tuvieran que preocupar. El local era una nave industrial rehabilitada, una gran pista de baile en el centro circunvalada por distintas barras de bar. La música sonaba atronadora y a esas horas el ambiente era ya asfixiante. Lena siguió de cerca a Max, que abría la comitiva, detrás de ella con una mano en su cadera, iba John, a Heit le había perdido la pista poco después de entrar. Max eligió una zona ligeramente apartada, cerca de una de las barras laterales, hizo un gesto al barman y pidió una cerveza para empezar.

—¿Qué te pido? —le susurró al oído.

—No sé... un cubata...

—Perdón —se disculpó entre gritos Heit— había alguien del trabajo... Joder, ¿una cerveza? Pídete algo más fuerte, hoy tenemos que terminar doblados.

—Bueno, acabamos de llegar.

La música seguía sonando, cientos de cuerpos se movían a la vez, al ritmo desacompañado de una música que jamás había oído instrumento alguno. El calor era opresivo y las bocanadas de humo que soltaban los cañones de vez en cuando, no ayudaban a facilitar el poder respirar. Tras la segunda copa Lena ya se sentía mareada. A su lado una pareja había empezado a besarse con frenesí, las manos de él llevaban rato buceando bajo la falda de ella. Lena no podía dejar de mirar de vez en cuando, primero con disimulo pero después, ya con cierto descaro. No muy lejos de esa pareja, un par de chicas bailaban de tal modo que tenían toda una cohorte de mirones a su alrededor, algunos se aventuraban a acercarse a ellas, que se dejaban magrear sin pudor.

Y su cabeza seguía dando vueltas.

Tras dos cervezas, tal como le habían sugerido, Max empezó con algo más fuerte. Hacía tiempo que no salía de fiesta. Posiblemente la última vez que lo hizo fue cuando se folló a Lena, antes de que esta fuese «su» Lena. Sentado al lado John observaba divertido cada escena del local. Le maravillaba la facilidad de perder el control cuando te creías en el anonimato, esa disposición a perder las formas.

—Baila —le susurró entonces John a Lena—, enséñales a todas estas cómo se pone cachondo a un tío.

—¡Ja! —se carcajeó Heit.

Lena dio un par de pasos alejándose de ellos. Hacía tanto tiempo que no bailaba... Empezó a moverse con timidez, mirando a todos lados, sintiéndose fuera de lugar entre tanta gente, pero cuando se giró y se cruzó con el destello de deseo que desprendían los ojos de John se animó. Empezó a moverse un poco más, a contonearse mejor.

—Así se hace nena —vitoreó Max con un vaso de tubo en la mano.

Poco a poco dejó que fuese la música la que se moviera a través de ella, sentía la melodía y simplemente se dejaba llevar. Siempre le había gustado el juego de seducción que podía desprenderse de un solo baile. Le encantaba sentirse observada, deseada, despertar los más bajos instintos de todo el que la miraba. Le gustaba saberse objeto de deseo de todos a su alrededor. Pero en ese instante, lo que la animaba a seguir, no era el gesto lascivo del hombre a su derecha, o el casi imperceptible roce del chico que tenía justo detrás, ni las miradas de deseo del barman que se había detenido a observarla, lo que la estaba encendiendo de un modo que no podía ni explicar era el gesto de aprobación y orgullo de sus amos.

Un chico se acercó por su retaguardia y pegó la cadera a la suya,

acoplándose al movimiento rítmico que ella llevaba, sintió las manos de ese desconocido descender desde su cintura hacia sus caderas, pero se encontraba fuera de sí, había perdido el control. Heit clavó los ojos en esa escena que transcurría a tan solo unos metros de él y cuando el tipo arrimó su entrepierna a las nalgas de Lena, sintió una punzada en medio del estómago. Un dolor real al que no quiso poner nombre. Cuando la mano de ese chico estaba a punto de descubrir que bajo la tela de la falda no había nada, algo lo arrancó de su lado de un fuerte empujón.

—Joder Lena eres puro vicio —rugió Heit con voz encendida y totalmente fuera de sí.

Esas palabras turbaron aún más su consciencia, si es que quedaba resquicio alguno de ella. La rodilla de Heit se situó entre sus piernas, su muslo peligrosamente cerca de su sexo, cerró los ojos y se dejó llevar, cuando unas nuevas manos se aferraron a su cadera de manera ruda, no le hizo falta nada más para saber que eran las manos de Max las que ahora ascendían en dirección a la curva de sus pechos. Le costaba respirar, todo a su alrededor era fuego y cada bocanada de aire ardía más que la anterior. John le acercó un vaso a los labios y ella bebió como un sediento en el desierto. Ya no sabía si era ella la que se movía o lo hacía todo lo demás a su alrededor.

Sentía como diversas manos se movían por su cuerpo, dejó caer la cabeza hacia atrás encontrando el pecho de John como tope. Y de pronto sintió los labios de Heit sobre los suyos, esos besos despertaron su lado más salvaje, era la primera vez que él la besaba. Mordió con saña esos durante meses tan deseados labios, él respondió apretando con fuerza uno de sus muslos hasta lograr que gimiera de dolor y placer. Todo daba vueltas. John, tras ella, las manos de Max hurgando descaradamente bajo el top, Heit apretando contra ella su erección, John, Max, Heit... John, Max, Heit... Todo se nublaba a su alrededor...

Los primeros rayos de sol impactaron dolorosamente contra sus ojos cerrados. La cabeza le iba a estallar y sabía que si intentaba moverse, sería

aún peor. No recordaba nada, desde que estuvo viendo como Lena bailaba y calentaba al personal no recordaba nada más. ¿Tanto había bebido? Se estaba haciendo mayor. Intentó abrir los ojos, pero un zumbido retumbó dentro de su cabeza y sintió náuseas, ganas de vomitar. Pegado a su espalda notaba un cuerpo desnudo, lo curioso de la situación era que su brazo rodeaba a alguien que dormitaba contra su pecho. Ese fue el motivo determinante de que, a pesar del dolor, decidiera abrir los ojos y fue entonces cuando descubrió el cuerpo de Lena, que acurrucada contra él respiraba con placidez. No puedo evitar sonreír al observarla, tan tranquila, tan guapa, tan perfecta... Entonces alguien a su espalda se movió. Heit se giró todo lo rápido que le permitía su mareo...

—¡Mierda! ¡Max! ¿Qué cojones haces en mi cama? —chilló Heit y empujó con fuerza el cuerpo de su fornido amigo, que cayó con estruendo al suelo— ¡Estás desnudo!

—Sssssssshhhhh —chistó el chico desde el suelo sin levantarse— me duele todo, creo que me he roto algo...

—La cabeza te voy a romper —rugió furioso Heit entre dientes—. ¿Se puede saber qué ha pasado?

Cuando se giró vio a Lena despierta observando la escena en silencio. Se había cubierto el cuerpo con parte de la sábana y estaba sonrojada, como si sintiera pudor.

—Oh venga, a estas alturas —dijo dando un tirón a la sábana para dejar su desnudez al aire— y tú, levanta— pateó a Max.

—¡Anda! —rio este levantándose del suelo— ¿Qué ha pasado aquí? ¡Joder! ¿Te duele el culo? —preguntó de pronto.

—¡Vete a la mierda!

—La leche, qué resaca —exclamó Max llevándose las manos a la cabeza y apretándola con fuerza—. Espero que lo pasáramos bien porque yo no recuerdo nada.

—Lárgate a tu habitación —le gruñó a Lena y tú, tápate eso.

—La tengo grande eeehhhh...

Lena se precipitó al pasillo, cerrando la puerta tras de sí y corrió a su dormitorio. Estaba algo confundida, no por la posibilidad del sexo en grupo, eso no era algo nuevo, tampoco lo era lo de no recordar lo acontecido la noche anterior, aunque a decir verdad hacía tiempo que no le pasaba, su confusión se derivaba de pequeños flashes en forma de recuerdos que llegaban a su mente, porque vagamente recordaba los labios de Heit, sus besos y una mirada que jamás había visto en él. Pero la noche anterior estaba tan borrosa, que no podía saber si esos retazos eran o no de verdad. Se tiró sobre la cama, la cabeza le iba a estallar, se concentró en el lacerante dolor en sus sienes y en esa sensación de tener la boca pastosa, con miles de horribles sabores mezclados a la vez. No escuchó pasos a su espalda, ni notó como se hundía el colchón a su lado, solo se dio cuenta de que no estaba ya sola cuando la mano de John se posó en su nalga desnuda. Levantó la cabeza con un gesto rápido, o esa era la sensación que ella tenía, bastante alejada de la realidad, pues todos sus movimientos eran farragosos, como si le costara hasta respirar.

—Menuda juerga ayer —le alargó un vaso de agua y una pastilla—. Para la resaca— le aclaró— ¿Recuerdas algo?

—Vagamente.

—Bebiste mucho, los tres lo hicisteis.

—¿Y tú?

—¿Yo? —John sonrió de medio lado— ¿Me guardas un secreto? —Ella asintió y se medio incorporó sobre el colchón, John perdió por un segundo el hilo de sus pensamientos observando su desnudez, tenía un cuerpo perfecto— Yo no bebí.

Lena entrecerró los ojos y lo miró inquisitivamente. Él soltó una carcajada que inundó la habitación e hizo que ella, casi por contagio, también riera.

—¿Nada?

—Ni una gota.

—Entonces, tú sí sabes lo que ha pasado.

John se levantó cogiendo de nuevo el vaso de cristal para devolverlo a la cocina, caminó hacia la puerta pero se detuvo un segundo y se giró de nuevo a mirarla, su expresión era de desconcierto y no pudo evitar volver a reír de la situación. Podría hacerla sufrir un poco más, como estaba dispuesto a hacer con ellos, pero se apiadó, le supo mal y sabía que Lena no les diría nada, si él le decía que no lo hiciera.

—No pasó nada. Estabais muy bebidos, me costó un buen rato lograr meteros en el apartamento, no digamos en la cama.

—Pero...

—Oh bueno —dijo adivinando por donde iba la pregunta de Lena—, pensé que sería divertido. La verdad es que cuando me acosté tú estabas entre medio de los dos —alzó los hombros y su rostro mostró cierto desconcierto— esta mañana Max y Heit estaban abrazados, y tengo una foto que lo demuestra... Creo que no voy a volver a fregar un plato en la vida.

—Bueno, los friego yo.

—Me refiero a cuando te vayas.

Capítulo 7

Esa semana había sido de lo más diferente, John pasaba mucho tiempo en el apartamento, cosa que agradaba a Lena, aunque echaba de menos escuchar tocar a Max, que nunca lo hacía si no estaban solos. Por otro lado, algo había cambiado en Heit, que seguía maltratándola, sobre todo verbalmente, pero Lena había encontrado algo en sus ojos, una luz, un brillo especial, esa nueva forma en que la miraba a veces, su mano sobre su brazo más tiempo de lo habitual o una sutil caricia disfrazada de roce fortuito.

Esa mañana abrió los ojos entre los brazos de John, no había mejor lugar en el mundo donde despertar y si lo había, Lena no quería ni saberlo. Porqué para ella el nirvana se encontraba en esa cama, junto a ese cuerpo. Aspiró el aroma de su colonia mezclada con el propio olor de su cuerpo y se abandonó a esa caricia, que empezó de manera sutil en la curva de su espalda y que ascendía y descendía unos centímetros, esos dedos que dibujaban círculos en su piel...

John seguía con los ojos cerrados, notando la calidez del cuerpo de ella pegado al suyo. Acariciaba de manera distraída su espalda, habían pasado del sexo salvaje a todas horas, en todas las posiciones y de todas las maneras imaginables, a una relación más tranquila, pausada, siempre basada en el sexo, pero de un modo mucho más relajado, sin prisa por terminar para poder volver a empezar. Empezó a hacer descender sus caricias hasta donde la espalda pierde su casto nombre, ella separó sutilmente las piernas para facilitar la incursión de sus dedos entre sus muslos. John abrió entonces sus ojos y descubrió la tierna mirada de Lena sobre él, para entonces dos de sus dedos ya la habían penetrado.

—Buenos días pequeña...

—Buenos días —dijo con voz encendida.

—Vaya... no perdemos el tiempo —sonrió al notar la humedad de su sexo.

Y sin más, en un rápido movimiento, se tumbó sobre ella que quedó atrapada entre su cuerpo y el colchón. Sintió la primera penetración de manera profunda y a pesar de haberse saltado los preliminares, estos no eran necesarios, pues desde hacía tiempo podía encenderse solo con una mirada, una caricia, una palabra, cualquiera de esos tres hombres conseguía que su ropa interior se humedeciera casi sin proponérselo. Las manos de John sujetaban con fuerza su cadera, se movía a un ritmo cadencioso, midiendo con exactitud cada nuevo embiste, haciéndola enloquecer. La primera nalgada la cogió por sorpresa, un pequeño hormigueo nació justo en esa zona, pero antes de poder reaccionar la mano de él se había estampado contra su trasero una segunda vez. John era un experto en eso, sabía encontrar el punto exacto entre dolor y placer. Así se lo hizo saber Lena, cuando entre jadeos le pidió más. Quería sentirlo más fuerte, más duro... A pesar del poco margen de maniobra que esa posición le dejaba, Lena movía las caderas como loca, de manera casi impúdica. No tardó en llegar al orgasmo, tuvo que enterrar su rostro en la almohada para evitar que sus gritos reverberaran en todo el apartamento. Chilló mezcla de placer y dolor, pues sus nalgas no habían dejado de ser fuertemente castigadas ni un solo instante. Sintió que a sus convulsiones se unían las de él, que se vació en su interior de manera animal.

—Eres una chica muy mala —susurró dejándose caer a su lado— no te he dado permiso para correrte.

—Lo lamento mucho, supongo que deberé ser castigada.

—Deberás... pero no ahora... Haz el café.

Lena sonrió divertida, le excitaba la idea de pensar que en algún momento John le daría su correctivo, salió a hurtadillas de la habitación para meterse en la suya y prepararse algo de ropa, sin duda necesitaba una ducha, olía a sexo y descontrol.

Heit la vio meterse en el baño, pero no dijo nada, ya en la cocina se sentó

en uno de los taburetes que daban al salón, no tenía mucha prisa, esa mañana se avecinaba tranquila o eso creía.

—Oh que bonito, durmiendo abrazaditos —dijo burlón cuando John cruzó la puerta.

—Cuestión de gustos, prefiero dormir abrazado a Lena que a Max.

—Imbécil.

—¿Celoso? Sabes que tú también podrías hacerlo si quisieras...

—Tú lo has dicho, si quisiera.

—Eres humano, se te permiten tener sentimientos.

—Lo anotaré en la agenda, en el apartado «me importa una mierda».

—Tú mismo, no sabes lo que te pierdes, tan calentita y suave... —susurró guiñándole un ojo.

—Me largo.

—¿Sin desayunar?

—Habría desayunado si tu «cosa» calentita y suave, se hubiera levantado antes —gruñó molesto.

—Eres un amargado —le gritó antes de que desapareciera.

Heit luchó por no delatarse, de hecho llevaba días haciéndolo, desde que se había dado cuenta que estaba a punto de arriesgarlo todo en una partida que tenía perdida de antemano. Lena se había colado en su organismo, como una droga y no era persona de dejarse vencer por los vicios, pero empezaba a sentir que moría un poco cada día si no la tenía cerca, si no sentía el roce de su cuerpo junto a él. Una debilidad que debía erradicar antes que fuese tarde.

La casa quedó silenciosa una vez que dos de los tres chicos se marcharon. Era un día más, un día normal, uno de tantos, había empezado igual que el anterior y como posiblemente lo haría el siguiente. Lena terminó de recoger la cocina, deambuló por el salón y se abstrajo un momento de su realidad mientras perdía la mirada por la ventana. Las manos de John la sorprendieron

agarrándola por detrás. Su corazón se aceleró al pensar que, posiblemente, iba a darle su castigo. Pero al girarse se encontró con una dulce sonrisa pintada en el rostro del chico. Quería a los tres, ahora ya no tenía duda alguna, aunque Max no la creyera y pusiera en duda sus sentimientos, se había enamorado de esos tres hombres, pero sin lugar a dudas John era su favorito. Era cariñoso, atento, amable, siempre se preocupaba por ella y por su bienestar, también era duro e inflexible cuando correspondía y su corazón se aceleraba con tan solo una mirada suya. No quería enturbiar con sentimientos todo lo que estaba viviendo, pero había sido imposible mantener a raya su corazón. A esas alturas era absurdo negar que no haría cualquier cosa por él, por Max o por Heit.

—¿Qué piensas? Pareces preocupada. ¿Estás bien?

—Sí.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad? —ella asintió— Si algo te duele o te inquieta...

El dedo de John resiguió casi sin rozarla desde el codo a la mano, lugar donde se detuvo para que sus dedos quedaran enlazados. Lena miró sus manos unidas y sintió que no quería que la soltara jamás. Ellos eran todo lo que deseaba.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —susurró con voz contenida.

—Lo que quieras —John tiró de ella en dirección al sofá donde ambos se sentaron muy cerca el uno del otro— ¿Estás bien? —preguntó de nuevo ahora sin poder esconder su preocupación por que realmente le sucediera algo.

—Te quiero.

Soltó sin más, sin previo aviso, cogiendo a John tan desprevenido, que por un segundo se quedó sin saber qué decir y mucho menos cómo decirlo.

—Eso no es una pregunta —sonrió, pero Lena tenía una mirada muy seria—. Bueno, yo también te quiero Lena, en cierto modo todos te queremos... Sé que es un poco extraño, pero... la verdad es que jamás pensé que ocurriría todo esto, para ser sinceros siempre pensé que te largarías antes...

—No —Lena sacudió la cabeza— no me has entendido, claro que os quiero, a los tres y ya no podría vivir sin vosotros, os quiero demasiado a todos, y no quiero que nunca cambie nada, pero... —dudó, bajo la mirada pero se obligó a alzarla y enfrentar esos ojos verdosos— no sé cómo explicarlo... Estoy enamorada de ti John, creo que desde el primer día, por eso me quedé...

—Lena yo... No sé qué decir...

—Dime que tú también me quieres, dime que me amas... —la esperanza tiñó el tono de voz.

—No puedo decirte eso.

—¿Por qué no? —preguntó angustiada.

—Porque no sería cierto.

John se levantó del sofá dejando un vacío a su lado, no solo de su presencia y calor, sino de todo lo que estaba manteniendo en pie su mundo, de todo a lo que inconscientemente se aferraba para poder aguantar. No podía creer que él no sintiera nada por ella, él era tan tierno, tan sensible... Sus besos siempre eran dulces y sinceros... El mundo de Lena daba vueltas.

—¿No me quieres? —y no pudo evitar que gruesas lágrimas empezaran a descender indómitas por sus mejillas.

—¡Sí! Ya te lo he dicho, claro que te quiero... Te quiero muchísimo, pero no estoy enamorado de ti... Lena... Entre tú y yo, jamás habrá nada más allá de ese contrato. Cuando decidas marcharte lo harás y yo no haré nada por retenerte con nosotros...

Esas palabras, pronunciadas en voz baja, de manera dulce, de forma tan tranquila y sosegada, estaban quebrando su alma, estaban desgarrando su vida y partiéndole el corazón, cosa que jamás pensó que pudiera doler tanto y en esos meses, había aprendido mucho sobre el dolor. Lo miró a los ojos una vez más y su mirada le escupió que sus labios no mentían.

—Me has hecho creer que...

—Lo siento pequeña, jamás quise confundirte —dijo hincando una rodilla al suelo frente a ella e intentando coger una de sus manos, aunque Lena la apartó.

—No me toques —exclamó.

—Lena, cariño...

—¿Cariño? —negó con la cabeza.

Se levantó como empujada por una fuerza invisible, necesitaba salir de ahí, huir de él, de esa casa, de todo lo que sentía, aunque posiblemente el dolor la seguiría allí donde decidiera ir. Corrió atropelladamente hacía la puerta de la escalera, John a su espalda no hizo nada por impedirle que se marchara, el sonido metálico de la puerta al cerrarse les sobresaltó a ambos. Lena suspiró y aguardó tras la puerta unos instantes y cuando comprobó que esa no se abría, no pudo evitar echarse a llorar. «Detenme» pensó mientras empezaba a descender la escalera.

John se dejó caer con suma confusión en el sofá y así siguió durante horas, hasta que el sonido de la llave al girar hizo que reaccionara de ese trance en el que se había sumido.

—¡Lena! —exclamó.

—No —Max entró en el salón— Pero me encanta que me recibas en la puerta, qué lujo —soltó con una sonrisa, pero pronto vio la mirada de John—

¿Ha pasado algo?

—Nada —mintió— ha salido a llevar unos currículos y se ha dejado el móvil.

—Eres como papá oso, toooooodo preocupación —se carcajeó.

—Ese soy yo —sonrió y descubrió que mentir se le daba bastante bien.

¿Volvería? La duda atormentaba a John. Le había hecho daño, la había herido, él no quería eso, pero no podía mentirle. ¿La quería? ¡Claro! Todo lo que habían pasado juntos... Siguió como un autómeta a Max en dirección a la cocina y lo miró sin verle, mientras se preparaba algo para merendar. No, no estaba enamorado de Lena, ella simplemente era...

—Estás muy raro.

—Puede...

—¿Seguro que no ha pasado nada?

—¿Pasar algo de qué? —quiso saber Heit que acababa de llegar—. Hoy Lena es mía —les dijo tajante y alzó ambas manos para reforzar esa afirmación, antes de que ninguno pudiera objetar nada.

—Hola a ti también, después el que no tiene modales soy yo, hay que joderse.

—Solo os lo recordaba, porque no quiero que quepa lugar a dudas que Lena es una propiedad y como tal, podemos disponer de ella como nos guste —insistió.

—No hay dudas, Lena es tuya —concedió John con su habitual neutralidad.

—Perfecto.

Abrió la nevera y sacó una lata de refresco, intentando aparentar una total normalidad, algo que no sentía desde hacía días. Necesitaba hacer eso, se recordó a sí mismo, recuperar el control de sus anestesiados sentimientos.

Heit sabía que lo que estaba a punto de hacer precipitaría el final, pero no podía hacerlo de otro modo. Necesitaba a Lena fuera de esa casa antes de cometer una locura, no estaba dispuesto a dejarse ganar en un juego al que ni sabía que estaba jugando.

—¿Tienes planes especiales? —le preguntó John, más para evadir su mente que porque sintiera curiosidad en que pensaba hacer Heit con ella.

—Sí, me la voy a llevar de cena.

—¿De cena? —casi se atragantó Max— ¿Qué tipo de cena? ¿Una de esas caras? ¿Una cita? ¿Vas a pedirle una cita? ¡Joder! ¡Vas a pedirle que se case contigo!

—Nooooooo.

—Ahhh... —suspiró aliviado.

—¿Han sido celos lo que he intuido? —Heit frunció el ceño y observó las reacciones de Max.

—¿Celos? ¿Qué? ¡No!

—Yo creo que sí. ¿Te has enamorado de la perrita? —se burló Heit, sabiendo que él podría perfectamente ser el blanco de esas mismas burlas, pues estaba claro que, sin saber cómo ni cuándo, él si se había enamorado de Lena— ¿Qué opinas John? —preguntó esperando el veredicto de su amigo, lo de ser tres solía ser una ventaja para poder desempatar, aunque fuesen opiniones, pero John no dijo nada y Heit se impacientó y cansó de esperar.

—Bueno y qué tipo de cena —Max tampoco se caracterizaba por ser extremadamente paciente.

—Ya sé cómo arreglar mi cagada en el trabajo —les explicó con fingido orgullo—. Cometí un error, peeeero ya tengo la solución. Solo necesito a Lena.

—¿Para qué?

—A ti que más te da —gruñó molesto ante tanta pregunta.

—Me da pues porque... —Max se quedó pensativo— pues ¡por qué sí

joder!

—Bah —le ignoró y salió de la cocina— ¡Lena! —gritó, pero no apareció —joder con la perra indisciplinada.

—Es que no está —dijo Max que le había seguido por el pasillo.

—¿Cómo que no está? Pues necesito que se vista, he quedado en... —no terminó la frase cuando la puerta de la calle se abrió— ¡Bien! Justo a tiempo —exclamó.

Ninguno de los dos se fijó en los ojos hinchados y enrojecidos de la chica, ni en las marcas que las lágrimas habían dejado en su rostro. John suspiro aliviado cuando la vio aparecer, por un momento había temido que no lo hiciera.

—Hoy te vienes conmigo —dijo Heit agarrándola del brazo y tirando de ella— ponte un vestido.

—Claro Amo... —pero no pudo evitar desviar su mirada a John.

—Hoy te lo vas a pasar de puta madre, ya verás.

—¿Qué pretendes? —Max se interpuso entre ambos.

—Solo que haga felices a un par de personas, necesito que pierdan la cabeza y que se desfoguen un poco para que me firmen unos documentos.

—Espera, espera, espera... ¿Qué? —gritó y ahora sí cogiendo a Lena del brazo tiró de ella hacia atrás, para apartarla de Heit.

—Oye tú, gilipollas —rugió entre dientes—. ¿Me estás desautorizando delante de ella? Te recuerdo que podemos hacer con esta perra lo que nos dé la gana.

—Y una mierda —contestó amenazante.

Lena observaba la escena desde un segundo plano y a pesar de que era su cuerpo el que zarandeaban, como si se tratara de un juguete entre las manos de

dos niños, era como si la discusión no fuera con ella, como si no estuviera allí, como si ella solo fuese un pretexto para por fin, hacerles estallar. John estaba observando la escena del mismo modo que ella, manteniéndose alejado sin osar interrumpir.

—Lena, vístete —ordenó Heit.

—Sí Amo...

—¡Qué no! —Max la retuvo— ¿Te has vuelto loco o qué?, no te la vas a llevar para que se la folle cualquiera.

—Que más te da quien se la vaya a follar, para eso está ¿no? Para follar —¿Si? ¿Para eso estaba? La voz de Heit tembló y volvió a sentir la misma punzada de celos que llevaba semanas sintiendo, cada vez que alguien que no era él rozaba el cuerpo de Lena, las mañanas que la veía salir de una cama que no era la suya, pero se obligó a recordarse a sí mismo que sí, que tan solo era un objeto del que disponer cuándo y cómo se le antojara.

—¿Pero tú te estás escuchando? —gritó Max— ¿Desde cuando eres tan gilipollas? Lena no se va y punto.

—Tenemos un contrato, y en él se dice que ... —recordó Heit.

—El contrato —pronunció despacio cada palabra manteniéndole la mirada — me lo paso yo por donde tu sabes... ¿John? —dijo Max girándose hacia él, buscando que su amigo le diera la razón.

De pronto se hizo el silencio y todos se quedaron observándose. Sabía que al final todo se desmoronaría, pero jamás hubiera pensado que las cosas terminarían así. John tragó saliva de manera nerviosa. Desde que Lena había aparecido en sus vidas, había intentado hacer lo correcto con ella. Él no era como Heit, tan frío y sumamente maquiavélico, tampoco era como Max, patrón de las causas perdidas y que sin duda, había perdido la cabeza por Lena casi desde el primer día. Quería a Lena, no quería que le pasara nada malo, pero ella se había prestado a un juego, y era la única que lo podía detener, si quería. Pero era obvio que Lena, ni tan si quiera se había planteado esa

posibilidad. Y eso lo tenía totalmente confundido, ¿por qué no lo dejaba ya?, ¿hasta dónde pretendía llegar?, ¿qué intentaba demostrar? Clavó los ojos en ella y calladamente suplicó que dijera algo, lo que fuese, que se negara a ir con Heit, que detuviera ya ese estúpido juego. Todos sabían que, aunque ella decidiera parar y romper el contrato, no la echarían de allí. Eso ya nunca ocurriría. Solo tenía que decir algo, solo ella podía detener eso, y si lo hacía, sería un alivio para todos, pues la situación era ya insostenible. «Di algo» suplicó en silencio John, pero ella no dijo nada.

—Bueno —susurró al fin viendo que ella no pensaba hablar—, el contrato dice que cada uno puede disponer de ella como le plazca...

—¡A la mierda el contrato! —exclamó furioso Max.

—Un contrato es para respetarlo, sino ¿para qué mierda lo firmamos? —defendió Heit.

—Puedo hacerlo —la voz de Lena, tan suave y comedida, hizo que todos se callaran—. Si el Amo Heit necesita que lo haga, puedo hacerlo. El contrato es el contrato ¿no? —buscó con la mirada a John— Y todo va de esto, del contrato, después de él no hay ni habrá nunca nada.

—¿¡Es que os habéis vuelto todos locos!?! —gritó Max fuera de sí.

—Tranquilízate —le aconsejó John.

—No me jodas, estoy muy tranquilo, cuando pierda los nervios lo notarás porque le partiré la cara a ese gilipollas —bramó mirando a Heit.

—¡Inténtalo! —le retó este, aunque sabía que, si Max decidía empezar una confrontación más allá de la verbal, no tendría mucho que hacer.

—Te juro que ganas no me faltan —masticó cada palabra y la dejó salir con tanta rabia, que heló el ambiente de la habitación—. Ponle una sola mano encima a Lena y por lo más sagrado que te la corto.

La mano de Heit quedó suspendida en el aire durante un instante hasta que la hizo descender. Sabía que Max decía la verdad. Puede que no de manera literal, su mano no corría el peligro de ser separada de su brazo a la altura de

la muñeca, pero si continuaba con eso, sí saldría mal parado. Él y Max habían chocado siempre, desde pequeños, su amistad se mantenía en pie por esa pequeña línea de flotación, que ninguno de los dos por respeto, se atrevía a pinchar.

John aguardaba expectante por si tenía que intervenir, aunque aún no había decidido en favor de quien. Suspiró aliviado cuando el lenguaje corporal de Heit dio a entender que se retiraba y Max pareció intuirlo también, porque se relajó.

—Está bien, tú ganas —escupió Heit— igualmente dudo que esta me sirviera de nada, necesito una mujer de verdad, alguien capaz de hacerles enloquecer. Disfrútala —dijo empujándola en dirección a Max.

—Eres un bastardo —rugió entre dientes, con los ojos cargados de ira, furia que desapareció cuando descendió la mirada para posarla en ella que había ido a parar entre sus brazos—. ¿Estás bien? —Lena asintió— No te va a hacer nada, te lo juro.

Ella no pronunció palabra, no sabía qué decir. Estaba colapsada, demasiadas emociones contenidas, demasiados sentimientos confrontados, demasiada tensión a su alrededor. Se sentía agotada y no solo de un modo físico. Se dejó arrastrar hasta su habitación y antes de que Max cerrara la puerta, aún pudo ver a John ahí de pie, sin decir nada, sin hacer nada, sin sentir nada. Había pensado que Heit era de hielo, pero sin duda John la había engañado, era el más frío y siniestro de los tres.

Lena se despertó a la mañana siguiente presa de un gran dolor de cabeza, todas las emociones, sentimientos, ideas, y palabras del día anterior aún turbaban sus sentidos. Se dejó caer de la cama y arrastró los pies, hasta quedar frente a las dos puertas del armario, le sobraba una. Casi seguía con tan poca ropa como la que había traído al llegar. Se enfundó unos pantalones cortos de *sport* y una camiseta de un color a medio camino entre el rosa y el blanco. Agudizó el oído antes de atreverse a salir de la habitación, Heit no había

vuelto la noche anterior, lo sabía porque no había podido conciliar el sueño ni un solo segundo. Al poco de que él se fuera también lo hizo John, pero este sí había regresado, lo hizo bien entrada la madrugada. Empujó con desánimo la puerta de la cocina y como cada día, siguiendo la misma rutina que los últimos meses, preparó el café y se dispuso a hacer unas tostadas, en el momento que cogía del armario el pan, la puerta se abrió.

—Buenos días —la saludó John.

Lena aguardó con contenida emoción, ese beso que solía darle cada mañana desde el primer día, esperó pero no llegó. El corazón de Lena se arrugó como el papel de un caramelo en las manos de un niño. Sintió ganas de llorar, pero se las tragó con el primer sorbo de café y se obligó a sonreír a Max que acababa de entrar. Los oscuros ojos del chico se clavaron un segundo en ella antes de desviarse a su compañero, al cual no saludó. El silencio en ese momento se hizo incómodo, se condensó a su alrededor, como si amenazara con asfixiarles a los tres. John fue el primero en abandonar la estancia, recogió algunas cosas de su habitación y las metió dentro de su porta documentos, dudó si decir algo o no antes de salir, finalmente se despidió, indicándole a Lena que seguramente no regresaría a la hora de comer. Los ojos de ella se quedaron fijos en esa puerta recién cerrada.

Todo había terminado.

—Lena —dijo Max desde el salón llamando su atención.

Ella lo miró, sus ojos siempre tan oscuros, ahora parecían transparentes y un inmenso dolor emanaba de ellos, lo delató también el temblor de sus manos, cuando una de estas se alzó hasta quedar frente a ella. Dudó un instante y al final tomó lo que Max le ofrecía. Dinero.

—¿Qué es esto?

—Dinero.

—Eso ya lo sé.

—Es para ti —le aclaró él, maldiciéndose de que la fortuna no le hubiera obsequiado con un mejor don de palabra.

Lena miró el fajo de billetes que él sostenía.

—Pero... —Lena giró sobre sí misma y buscó con la mirada en el rincón, al lado del mueble del comedor, pero no había ni rastro de lo que esperaba ver allí— ¡Has vendido la guitarra! —chilló y apartó las manos del dinero como si quemara.

—Lena, tienes que marcharte de aquí.

—¡No! —gritó presa del pánico— No... —repitió conteniendo la emoción de su voz— Max yo... puedo arreglarlo, de verdad, dejadme que lo arregle...

—No hay nada que arreglar Lena, ¿es que no lo entiendes?

—Por favor Max, ¿por qué quieres que me vaya? —notó como se le quebraba la voz y el terror se apoderaba de ella— ¡Déjame que me quede! —sus fuerzas flaquearon y sus rodillas cedieron a su peso, cayendo sobre ellas en el suelo, aferrándose a las piernas de él.

—Joder Lena... —se arrodilló frente a ella y con suma facilidad la volvió a alzar— No entiendes una mierda... No puedo dejar que te quedes.

—Pero... ¿Por qué?

—¡Porque te quiero! ¡Vale!? —su profunda voz resonó fuerte y furiosa por toda la estancia desgarrando cada rincón—. Porque yo sí me he enamorado de ti —reconoció entonces en un susurro apenas audible—. Porque no soporto ver cómo te hacen daño, cómo tú misma te lo haces... Joder Lena, ya no puedo aguantarlo más.

Lena sintió como él clavaba su mirada en ella y se estremeció por

completo, si sus palabras habían arañado su alma, esa mirada la estaba confundiendo aún más, quiso replicar, quiso chillarle ella también, quiso rebatir sus argumentos, pero la había desarmado y supo que no tenía nada que decir. No podía. Notó como él la agarraba de los hombros y con un ligero pero firme tirón, la acercó hacia su pecho, enterrando después la cara entre su cabello. ¿Estaba llorando? El corazón de Lena se rompió.

—Tienes que irte —dijo entonces él apartándola de golpe—, lárgate de este piso, deja la ciudad, termina la carrera, busca un buen trabajo y alguien que te quiera, te respete y te haga feliz. Olvídate de nosotros y de todo lo que has vivido aquí. Por favor Lena... —volvió a alzar la mano con el dinero que ella había rechazado tan solo un momento antes— Vete.

La mano de Lena se alzó casi en contra de su voluntad, era como si se hubiese escindido y observaba la escena desde fuera de sí misma, como si esa que ahora agarraba los billetes no fuese ella, sino alguien que había ocupado su lugar.

—Max yo... —pero no supo que decir.

—Lo siento —dijo él y a pesar de que su padre siempre le había dicho que los hombres jamás lloraban, no pudo evitar que una lágrima bañara su mejilla—. Debería haberlo sabido, debería... Lena siento mucho el daño que te he hecho, espero que algún día puedas perdonarme.

—No hay nada que perdonar —exclamó saltando a su cuello y rompiendo a llorar.

—Joder nena, te quiero tanto —susurró acunándola contra él.

—Yo también te quiero.

Y fue una pena que no pudiera creerla, Max sabía que, a pesar de que ella lo sintiera como cierto, nada de eso era real. Y eso le estaba matando porque él si la amaba, demasiado, quererla era dolor por no poder tenerla, porque no

podía ser suya. Jamás le había pertenecido, a ninguno de los tres.

Cuando Lena cerró la puerta del apartamento el sonido la despertó, como si esos siete meses se trataran de un largo letargo. Bajó los escalones de manera pausada, sin prisa y sin mirar atrás. Cruzó la calzada, sabiendo que posiblemente él la estaría observando desde la ventana del salón. Tomó una profunda bocanada de aire y se marchó sin tan siquiera decirles adiós.

JUEGOS SALVAJES: Max

Capítulo 1

Se había marchado.

Sin más, ni siquiera se había girado, la había observado desde la ventana del salón, tragándose las ganas de salir corriendo tras ella. Pero algo le había anclado los pies al suelo, incapaz de moverse, hasta verla desaparecer de su campo de visión y de su vida.

¿Cómo habían llegado tan lejos? No tenía respuesta para eso. No la tenía y no creía llegar a tenerla nunca. Puede que ni siquiera, quisiera conocer una para eso, pues lo dejaba a él, en un muy mal lugar, como hombre y como ser humano. Un juego, un simple pero peligroso juego y todo, se les había ido de las manos incapaces de poner freno a esa locura. No estaba orgulloso de ello.

Puede que fuese mejor de ese modo, sin ser plenamente consciente de qué era lo que había sucedido. A veces, la ignorancia era una gran aliada para evitar el dolor y en parte, los remordimientos. Porque le dolía. Lena le dolía en el alma. Todo lo que ellos le habían hecho, todo lo que ella se había dejado hacer, le atormentaba haberse enamorado de ella, le pesaba haberla visto marchar sin mirar atrás, aunque más le habría dolido que se hubiese quedado. Pues no podría soportarlo, tal como le había confesado hacía tan solo unas horas. No soportaba ver como la maltrataban, cada vez que John o Heit la tocaban, sentía como algo se retorecía por dentro y tenía que aguantar las ganas de chillar, de acercarse hasta ellos y arrancarla de entre sus brazos. Él la quería y no deseaba que nadie le hiciese daño, ella no merecía eso. La quería y podría haberla hecho feliz.

Le costó todavía un buen rato poder apartarse de esa ventana, donde su mirada se había quedado fijada, en el punto exacto donde ella se había fundido con el resto de los viandantes. Caminó midiendo la estancia a grandes zancadas, dejando que todo ese dolor se tornara rencor, odio, rabia. Un gusto

amargo que subía de sus entrañas y emponzoñaba todo su ser, inundándolo todo. El regusto amargo de la pérdida, se clavó en sus papilas gustativas y dudaba, que jamás fuese capaz de deshacerse de él. Dejó que una hora muriera tras otra, en un suicidio temporal sin precedentes, sentía que la soledad del apartamento terminaría por aplastarle, pero no quería irse, tenía que estar allí cuando él llegara, escupirle a la cara todo lo que durante las últimas semanas se había callado. Era culpa suya. Él era el único responsable, de que todo se hubiese ido al traste entre ellos. Podrían haber sido felices. Una relación rara, atípica, diferente, criticable, ¿y qué? Habría podido soportar el compartirla, podría haberlo intentado al menos. Ellos estaban bien o lo habían estado, hasta que Heit lo había estropeado todo. Como solía hacer siempre. Era un experto en boicotarlo todo, llevaba haciéndolo desde el instituto, no entendía por qué seguían siendo amigos.

Cuando la llave giró y la puerta crujió sobre sus goznes, Max contuvo el aliento, se quedó inmóvil en medio del salón, como si una fuerza magnética totalmente superior a él lo hubiese anclado en ese punto. Aguardó hasta verle entrar. Era él. Sabía que sería él. John iba detrás, pero en ese instante no importaba, de hecho, apenas le vio.

Se abalanzó sobre Heit, sin darle tiempo a reaccionar. El primer golpe impactó en su cara, fuerte y certero, abriendo brecha en su ya maltrecha ceja. El segundo fue directo al estómago. Notó como John lo agarraba por la espalda e intentaba inmovilizarlo, momento que Heit aprovechó para golpearle a traición, uno en el labio, otro en el costado, directo a las costillas. Cuando Max se zafó de John, arremetió con todas sus fuerzas de nuevo contra Heit, haciéndolo caer al suelo. Ambos lo hicieron.

—¿Estás intentando matarme?

—No voy a intentarlo, ¡voy a hacerlo! —gritó escupiendo la rabia que tenía dentro y que le asfixiaba.

Golpeaban al azar, sin ser conscientes de dónde impactaban sus puños. Rodaron por el suelo, haciendo caer todo a su paso.

—¡Joder! Parad yaaaaa —voceaba John sin entender o al menos no del todo, lo que pasaba, ni el por qué en ese momento.

Aún tuvieron que pasar unos minutos más, hasta que los dos chicos detuvieron la pelea. El sofá, el suelo y una de las butacas habían quedado salpicadas de sangre. Max fue el primero en intentar levantarse, John lo ayudó y lo sujetó, para que pudiese sentarse en una de las sillas, la única que había quedado en pie. Heit tardó un rato más en poder moverse y cuando lo hizo, escupió una cuantiosa cantidad de sangre que formó un charco en el suelo, de dónde no podía moverse.

—Debería matarte —gruñó Max, que sin duda no había quedado satisfecho.

—¿Se puede saber qué mierda está pasando? —inquirió John y en ese momento, reparó en la ausencia de Lena, puede que, debido al escándalo se hubiese escondido en la habitación, aunque no era propio de ella— ¿Dónde está Lena?

Continuará...